
HARLEQUIN
Jazmin
BÚSCAME UNA CITA
ALICE SHARPE

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid


Búscame una cita, n.º 1889 - octubre 2016
Título original: Make Me a Match
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2004



I.S.B.N.: 978-84-687-9020-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

# Capítulo 1

Lora Gifford, que sujetaba un furioso gato atigrado en los brazos, se preguntó quién diablos sería el guapo que entraba a la sala de consulta. ¡Aquél no era el veterinario a quien ella quería interrogar… ejem, conocer!

Para empezar, aquel hombre no parecía necesitar el amor de una buena mujer. Segundo, ella sabía de buena tinta que el doctor Reed era sesentón y aquel hombre parecía tener la mitad de esa edad. Además, con su bronceado caribe y su aspecto, parecía más un actor de cine que un veterinario, hasta en la forma de quitarse las gafas de fina montura. ¡Cuernos!

De acuerdo, tendría que adoptar el plan B. Lo que tendría que hacer ahora sería encontrar una buena excusa para marcharse. Él le sonrió y a ella se le ocurrió que quizá él le pudiese dar información. Tal vez valiese la pena quedarse y preguntar.

–¿Quién es usted? –preguntó, y, para no parecer acusadora, añadió–: Es que esperaba que fuese el doctor Víctor Reed.

El señor Hollywood guardó las gafas en el bolsillo y alargó la mano.

–Víctor no está. Soy Jon Woods. Con gusto le echaré una mirada a su gato.

Cuando Lora sujetó el gato con una mano para alargar la otra y estrechársela al veterinario, Boggle aprovechó para intentar escaparse, clavándole las garras en el hombro.

Jon Woods le desenganchó el gato con suavidad y lo puso en la mesa de acero inoxidable con una firmeza que el animal pareció aceptar a regañadientes. Le acarició las orejas y le habló en voz baja, como si lo hiciese en algún lenguaje secreto. Lora intentó entender lo que decía, pero no pudo distinguir ninguna palabra. Finalmente, sujetando con firmeza al rebelde paciente, Jon le clavó a Lora una mirada penetrante.

–¿Qué problema tiene su gato? –preguntó.

Lora sabía que a Boggle no le pasaba nada que un tranquilizante para caballos no pudiese solucionar. No había ido allí por el gato, que era simplemente su tapadera. De hecho, ni siquiera era suyo.

–Prefiero esperar hasta que vuelva el Dr. Reed.

–Pues, tendrá que esperar un buen rato. Le han operado un pie, así que estará de baja unas semanas.

–¿Está internado?

–Sí…

–¿En «El Buen Samaritano»?

–¿Es otra de sus admiradoras? –le preguntó él, con expresión socarrona en sus ojos castaños–. No, espere, ¿acaso no es su primera visita a la consulta?

–No lo conozco –dijo ella. Haciendo caso omiso a la curiosidad del rostro masculino, añadió, intentando parecer despreocupada–: Entonces, ¿cuánto cree que estará internado?

–Unos días. Luego acabará la recuperación en su casa.

Un nuevo plan se comenzó a fraguar en la mente de Lora. Le devolvería a Boggle a su vecina, iría a la tienda, haría un arreglo floral y lo entregaría ella misma. Sería mejor que se cerciorase de qué hospital se trataba. Contenta por la flexibilidad de su plan, hizo ademán de volver a agarrar al gato.

–Le aseguro –dijo Jon, apoyando su mano sobre la de ella–, que estoy cualificado…

–Oh, no me refería a que no fuese capaz de «ocuparse» de Boggle.

–Lo siento –dijo él, confuso–, le tendrían que haber dicho en la recepción que tenía que pedir una cita para esa operación.

Le gustó cómo el rostro masculino reflejaba sus emociones y la forma en que el cabello desteñido por el sol le caía sobre la frente. Sus manos, una de las cuales seguía apoyada sobre la de ella, eran bonitas y su contacto extraordinariamente ligero.

Se mordió el labio inferior. ¿Sería aquel hombre diferente del resto? Si era socio de la veterinaria, ¿indicaría aquello una cierta estabilidad? Quizá debiese darle una oportunidad…

«No, no, no»

–No –dijo en voz alta.

La mano de él se apartó de la de ella y acarició el lomo de Boggle, que, sorprendentemente, comenzó a ronronear.

–Si lo castrase, su temperamento mejoraría, téngalo en cuenta.

Lora comprendió que él había entendido que con «ocuparse» ella se refería a castrar.

–Me refería a que Boggle está… –dado que su experiencia con animales se limitaba a su acuario, no se le había ocurrido pensar en

una enfermedad adecuada para un gato–. Está de mal humor –murmuró–. Creo que le pasa algo. Está muy arisco.

–¿Más de lo normal?

–Ah… no –dijo ella, pensando en las miradas de enfado que Boggle le lanzaba desde la escalera de su vecina–. No, siempre lo ha sido.

–¿Come bien?

–Normal, creo –dijo ella, esperando que aquello fuese verdad.

–¿Algún miembro nuevo de la familia que lo haya alterado: un esposo, o un novio?

¿Estaba tratando de ligar con ella? Lo observó, pero no fue capaz de darse cuenta de ello. ¿Y si se inventaba un marido celoso que le sacase de la apuesta cabeza masculina cualquier idea romántica que se le hubiese podido ocurrir?

–No tengo esposo –acabó murmurando.

–Ajá.

Sus ojos volvieron a encontrarse. Lora los bajó hacia el gato.

Jon sacó un tubo de crema de queso y lo apretó, haciendo una raya sobre la mesa. Boggle comenzó a lamerla inmediatamente.

–Echémosle un vistazo –dijo el veterinario, sacando el estetoscopio.

Lora no pudo evitar admirar la destreza con que Jon llevaba a cabo la exploración del animal. Se preguntó si el Dr. Reed lo habría hecho de forma tan adecuada.

No estaría tan guapo haciéndolo, eso seguro. Jon se hallaba en la flor de la edad. Fuerte. Competente. Unas manos geniales. Deseó haberse fijado más en cómo le quedaban las gafas. Seguramente que estupendas. Si se estiraba un poquito, podría ver qué tal era su trasero…

«¡Basta! ¡Concéntrate en el doctor Reed!»

Como penitencia, comenzó a hacer un arreglo floral mentalmente. Era primavera y el pueblo de Fern Glen se encontraba en la costa, así que se le ocurrió usar iris siberiano y hierbas de las dunas. Quizá narcisos también; a todos los hombres les gustaban los narcisos. Para ir a la clínica recurriría al arreglo floral, la misma triquiñuela que ahora con Boggle. Tenía que averiguar cuatro cosas: si Víctor Reed era una persona agradable, si tenía vicios, si era guapo para su edad y si estaba disponible.

–Creo que Boggle está bien –dijo Jon, colgándose el estetoscopio del cuello–. El corazón, los pulmones y el estómago suenan bien, no

hay ningún problema. Si nota algún síntoma más, tráigalo, pero, sinceramente, creo que es arisco por naturaleza. Y ya está castrado, así que, lo siento, pero no hay nada que hacer.

Se preguntaría cómo era posible que no supiese que su propio gato estaba castrado.

–Gracias, doctor –dijo ella.

–Llámame Jon.

No quería llamarlo Jon ni de ninguna otra forma. Bueno, aquello no era totalmente verdad, porque estaba para comérselo, pero ella llevaba tiempo sin estar a la caza de nadie. Por otro lado, aunque nunca lo volviese a ver, no quería darle una mala impresión. Aquélla era una comunidad pequeña y quizá algún día él se presentase en la floristería buscando algo para alguna novia. Seguramente sería una rubia de piel bronceada, con largas pestañas y una profesión emocionante.

–¿Te he mencionado que hace poco que tengo a Boggle? –le dijo, apartándose del rostro un mechón de ondeado cabello oscuro.

–Con razón –dijo él. Parecía aliviado al descubrir que ella no era tan imbécil después de todo. Sacó las gafas y se las puso. Efectivamente, le quedaban bien–. Parece que te has olvidado de darnos tu teléfono –dijo, levantando la vista.

–¿Para qué necesitas mi teléfono?

–Es política de la consulta –dijo él y tomó un lápiz.

Ella murmuró un número inventado y le volvió a dar las gracias. Agarrando al ofendido gato y la chequera, salió de la pequeña consulta. Una ayudante de bata con un estampado de perritos jugando le dijo que esperase y entró en la salita de la que ella acababa de salir.

Lora intentó calmar al gato acariciándole las orejas y hablándole suavemente, como había visto hacer a Jon. Durante un segundo, mirando los ojos tan verdes como los suyos, creyó conectar con él de una forma primitiva, pero luego él abrió la boca y lanzó un bufido de enfado que la dejó petrificada de miedo.

–¡Gato malo! –lo reprendió, preguntándose por qué tardarían tanto. La asistente apareció por fin.

–El doctor dice que no tiene que pagar nada hoy –dijo.

Sorprendida por la generosidad de Jon Woods, se dirigió a la furgoneta. Lanzando un aullido, Boggle se metió bajo el asiento.

–Prefiero los peces tropicales –protestó Lora.

Jon miró por la ventana, intentando ver a la dueña de su último paciente, pero lo único que vio fue una furgoneta azul que salía del aparcamiento. Soltó la cortina y agarró la ficha debajo de la de Lora.

Llevaba poco más de un mes en Fern Glen, un pueblecito de la costa norte de California y cada vez se sentía más aburrido. ¿Cuántas veces se podía pasear solo por una playa barrida por el viento, admirar árboles gigantescos o hablar con extraños? Echaba de menos Los Angeles, Trina, su vida.

Sin embargo, no podía negar que Lora Gifford había despertado su interés. Era tan… pues, tan real. No tenía ni un pelo de boba. Y, hablando de pelo, su cabello negro azabache era una gloria.

Lora. Parecía un poco nerviosa, como si alguien le hubiese hecho daño. Sintiendo una oleada de protección, sonrió ante su propia tontería. Su capacidad de empatía era algo muy positivo para su trabajo, pero no tenía que dejarse guiar por ella con la gente, y, menos todavía, las mujeres.

Dejó de pensar en Lora cuando comenzó a prepararse para su próximo paciente, un cachorro de labrador resfriado.

Cinco años antes de que Lora naciese, sus padres habían comprado un pequeño local en el centro de Fern Glen. Su madre soñaba con abrir una tienda de telas; su padre deseaba poner un negocio de artículos de pesca y carnada. Se decidieron por una floristería porque en aquella época no había ninguna en Fern Glen.

Ninguno de los dos se había salido con la suya. Así había sido todo siempre entre sus padres, deteriorando su relación.

Pero Lora había crecido rodeada de pétalos de flores. En la temporada baja, mientras su padre pescaba y su madre cosía edredones para ganar algún dinero extra, Lora se pasaba las horas después del colegio ayudando a un cultivador de lirios, un anciano minusválido ansioso por compartir con alguien sus amplios conocimientos del tema. Para ella, el cálido invernadero se había convertido en su santuario.

Hacía cuatro años, Lora había recibido una modesta herencia de un tío y había sorprendido a todos al comprarse una casa que, según opinaban sus padres, era pequeña y fea. Lora no les explicó que la había comprado por el invernadero que tenía en el fondo.

Dos años más tarde, su padre decidió que ya estaba bien de treinta años de matrimonio, enganchó su barca en el coche y se marchó. Su madre se quedó con la tienda. Cuando Lora comenzó a llevar la contabilidad, descubrió lo limitados que eran sus recursos económicos e invitó a su madre a mudarse con ella durante unos meses. Los meses se habían convertido en un año. Y luego, su abuela Ella, viuda, se había presentado en su puerta con tres maletas y cinco cajas. Había llevado el resto de sus posesiones a un guardamuebles. Se sentía sola.

¿Cómo iba a echar Lora a su propia abuela? Al menos Ella estaba dispuesta a compartir el dormitorio con la madre de Lora. Así que ahora las tres generaciones compartían la casita de Lora y ella estaba a punto de volverse loca.

Todo era culpa de Calvin. El muy canalla la había dejado, abriendo al marchase la puerta para que sus parientes entrasen enarbolando un único estandarte: «¡Encontremos un esposo para Lora!». Daba igual que ella les hubiese repetido mil veces que no estaba interesada, simplemente no la creían.

Y pensar que había creído que Calvin era el hombre adecuado para ella: tenían la misma edad, le gustaba el contacto con la naturaleza lo mismo que a ella y también tenía familia en Fern Glen. Perfecto. Luego él había aceptado un trabajo en Chicago sin ni siquiera comunicarle que lo había solicitado. Lo único que ella tenía que hacer eran las maletas. Según parecía, él tenía sus planes.

Sólo que ella también tenía planes propios.

–Tómalo o déjalo –le había dicho él.

Fue entonces cuando ella decidió que había algo de lo que estaba segura: no se pasaría la vida aguantando, como sus padres.

Ahora, gracias a la intervención de las cariñosas mujeres de su familia, una interminable procesión de hombres había comenzado a aparecer a cenar o a comprar flores en la tienda. Las cosas se estaban yendo de madre.

Desesperada, Lora había llegado a la conclusión de que la culpa la tenía la soledad de su madre y de su abuela, así que atacaría por allí. Con un poco de suerte, lograría que la dejasen en paz.

Dejó a Boggle y entró a la floristería por la puerta trasera. Vio con alivio que las dos mujeres se encontraban atendiendo al público.

Al pensar en Jon Woods y en su triquiñuela para que le diese su número de teléfono, una sonrisa se dibujó en su rostro, pero la

borró con determinación. Desde luego que él era interesante y sexy, pero aquél no era momento de iniciar nada: estaba recuperándose de una relación y no sería sensato revolotear de relación en relación como una abeja atontada.

«Quizá debieses bajar un poco la guardia y conocerlo más», dijo su subconsciente. «No, concéntrate en mamá y en la abuela. Ya tendrás tiempo para Jon Woods».

Miró los pedidos del fax para ver si estaban muy retrasadas. No estaba mal. Después de hacer un par de llamadas para confirmar el hospital en el que se encontraba el Dr. Reed, hizo un arreglo floral rápidamente y se marchó nuevamente sin que la viesen.

Al llegar a la clínica, descubrió que al Dr. Reed lo habían operado hacía dos días, lo cual era una buena noticia. Seguramente ya se sentiría mejor y un poco solo. A la gente que estaba sola le gustaba hablar, hasta con los floristas. Les dijo a las afanadas enfermeras que no se molestasen en acompañarla y unos momentos más tarde vio por primera vez a su posible padrastro.

El Dr. Reed, que leía echado en la cama, levantó la mirada cuando Lora entró en la habitación. Lo primero que ella notó fue el color azul jacinto de sus ojos. Una cuidada barba y una cabellera color gris plata acompañaban complementaban sus hermosos ojos. ¡Parecía el capitán de un crucero!

–¿Más flores? –preguntó.

–Ajá –dijo ella, observando que no había más flores en la habitación–. ¿Dónde las pongo?

–¿De quién son?

Lora había pensado en ello.

–De sus amigos de la Clínica Veterinaria –dijo, leyendo la tarjeta. Se la dio y él se la quedó mirando un segundo.

–Qué exagerados. Le dije a mi hermana que se llevase los otros ramos porque me dan de alta esta tarde. Póngalas en la ventana.

«¿No hay ninguna novia madurita a quien darle las flores? Bien».

–Si quiere, no me cuesta nada llevarle las flores a su casa –le dijo, con el ramo en los brazos. Tenía curiosidad por saber dónde vivía.

–Sería demasiada molestia…

–¡Qué va! –dijo ella–. Así que se vuelve a su casa. ¿Está contento?

–Desde luego –dijo él, con expresión alegre.

–Qué gusto sentarse en casa con un buen cigarro y un whisky, ¿verdad? –¿resultaba demasiado obvio que fisgoneaba?

–Nunca he fumado, aunque me gusta tomarme un vasito de vino de vez en cuando –dijo él–. Dicen que te mantiene joven.

–Parece que la receta funciona –dijo ella, con una sonrisa.

Él rió. Tenía una risa agradable.

–¿Qué hace una chica tan guapa como usted flirteando con un carroza como yo?

Ella también rió. Le gustaba aquel hombre. Su pecho comenzó a albergar esperanzas. Ya no se trataba de un sentimiento egoísta. Su madre se merecía la felicidad, se merecía estar con alguien diez años mayor que ella, un hombre sensato.

–¿Vive con su hermana? –le preguntó.

–Oh, no –dijo él afablemente–. Jess vive con su familia. Vivo solo desde que murió mi esposa y mis hijos se fueron a la costa este.

–¿Cómo se las va a arreglar para moverse? –le preguntó Lora, señalándole el pie vendado que asomaba por entre las sábanas.

–Muletas.

–Cuesta trabajo aprender a usarlas.

–Pues, Jess vendrá durante el día y yo me las arreglaré por la noche.

–¿Solo? –preguntó Lora, con genuina preocupación–. ¿Y si hay un incendio? ¿Cómo se las arreglará? Alguien tendría que quedase con usted. Es peligroso estar solo.

–Parece que se ha conchabado con mi médico y mi hermana, señorita.

–Me llamo Lora Gifford –dijo ella, sujetando el ramo con la mano izquierda y alargando la derecha. Sus planes para el futuro de aquel hombre requerían que se recuperase lo antes posible. A su madre le encantaba bailar.

–Pues, no es nada del otro mundo. A mí no me molesta estar solo.

Si no había nadie que se quedase con él por la noche, no tenía novia. Lora enumeró mentalmente: ya había comprobado sus vicios, su estado civil, su apariencia y su temperamento. ¿Le faltaba algo?

–¿Gifford?¿Hija de George Gifford? –preguntó él, mirando la tarjeta.

–¿Conoce a mi padre?

–Salía a pescar con él cuando mis hijos eran pequeños. Era el dueño de la floristería Lora Dunes. La habrá nombrado así por ti.

–Sí, por mí y por las dunas de la playa.

–¡Vaya, hombre! Recuerdo haberte visto con tu madre cuando eras pequeña. Ella era una belleza: cabello negro, ojos color esmeralda… eres igual que ella.

–Sigue siendo hermosa –dijo Lora con cariño, deseando parecerse a ella. Había heredado la pequeña estatura de su abuela y la nariz de su padre–. Están divorciados ahora, pero mamá está muy bien.

–¡Vaya, vaya! –dijo pensativo–. ¿Y tu padre, dónde está?

–En San Diego, pescando todo el día.

–Qué pena que se hayan divorciado.

–No pasa nada. Los dos están más felices así.

–¿Y tú? ¿Te has casado, tienes niños?

–No, ninguna de las dos cosas.

–No me lo pareció, pero ahora muchas mujeres no adoptan el apellido de sus esposos y no llevan alianza, así que nunca se sabe.

Mientras el Dr. Reed parecía estudiar a Lora, ella se mordisqueó el labio. ¿Sería posible que aquel hombre fuese tan decente como lo parecía? Las apariencias podían engañar mucho, y a ella no se le daban demasiado bien los hombres. No estaba dispuesta a poner en peligro el corazón de su madre con un hombre cuyos buenos modales escondiesen el alma de un canalla. Necesitaba saber más.

–Dr. Reed, tengo una idea –dijo–. A veces yo hago trabajillos, ya sabe, para llegar a fin de mes. Podría ir a su casa cuando acabase en la floristería. Al menos habría alguien por la noche por si se declarase un incendio, o… algo por el estilo.

Él pareció sorprenderse por la inesperada oferta.

–Soy muy capaz –dijo ella con firmeza–. Y muy ordenada.

–No tengo ninguna duda de ello –dijo el Dr. Reed, con una sonrisa–. Me voy a la cama temprano. Sería aburrido para ti.

–Mamá dice que sólo la gente aburrida se aburre –dijo ella, esperando impresionarlo con los dichos de su progenitora–. Le puedo dar referencias…

–No es necesario –dijo él, con un gesto de la mano.

–¿Qué no es necesario? –dijo una voz desde la puerta.

Laura reconoció la voz. Jon Woods entró, sorprendiéndose al verla.

No fue el único sorprendido. Llevaba una elegante chaqueta sobre una camisa negra y sin la bata y el estetoscopio estaba todavía más guapo, sofisticado, irresistible.

Lora lamentó tener el pelo atado en una coleta y no haberse cambiado el viejo jersey verde antes de ir al hospital. Aquel sentimiento la desconcertó.

–Qué coincidencia, ¿no? –dijo él–. No esperaba verte aquí.

Su mirada la dejó sin aliento y su llegada la puso muy nerviosa. Ella tampoco esperaba encontrárselo de nuevo, y menos en la habitación de un hombre que, según le había dicho, no conocía. Miró el reloj y vio que era la hora de comer.

–Estoy repartiendo flores –dijo.

–¿Os conocéis? –dijo el Dr. Reed con su afabilidad habitual.

–Nos conocimos hoy, cuando trajo a su gato para que lo revisase –dijo Jon, apartando su mirada de la de ella–. Se desilusionó al verme a mí en vez de a ti, Víctor.

Lora dio un respingo al oírlo y el Dr. Reed enarcó una ceja.

–Me parece que nunca has estado en la clínica antes, ¿no Lora?

¿Acaso no le había dicho su madre que no mintiese? Llevaba todo el día haciéndolo y ahora iba a pagar por ello. O quizá no.

–Mi amiga Peg Ho me había hablado de usted. Es el veterinario de Cerise –se sintió mejor al decir al menos algo cierto.

–El setter irlandés de Peg es un torbellino –rió el Dr. Reed.

–Si te gustan los animales con personalidad –dijo Jon–, espera a ver el gato de Lora.

–Boggle es un poco arisco –dijo Lora, añadiendo–: De hecho, estoy pensando en dárselo a mi vecina. Adora los gatos –ansiosa por dejar de hablar de su supuesta mascota, cambió de tema–. Me alegro de haberme encontrado con usted, Dr. Woods, le agradezco que no me cobrase la consulta.

–Te pedí que me tuteases. Bonitas flores –dijo Jon, admirándolas.

Lora contuvo un suspiro. No necesitaba tener demasiada imaginación, para verse en aquellos poderosos brazos, apretada contra aquel pecho duro como una roca, con aquellas manos acariciándola…

–Lora es florista –dijo el Dr. Reed, con su mirada yendo de Jon a Lora.

Jon le sonrió y Lora sintió que se le aflojaban las rodillas.

–Es un ramo muy original –dijo él.

–Gracias –dijo ella. ¡Tenía que marcharse enseguida!

–Víctor, ¿quieres que te traiga algo esta noche cuando venga a verte? ¿Revistas? ¿Un transistor? ¿Algo bueno para comer?

–Ya no estaré aquí esta noche. Jess y su marido me vendrán a buscar por la tarde.

–¡Qué buena noticia!

–Los dejo solos, entonces –dijo Lora, aprovechando la oportunidad. No había quedado en nada con el Dr. Reed con respecto a su astuto plan para acompañarlo y así poder presentarle a su madre; seguramente la llegada de Jon le había chafado la idea.

–¿No dejas las flores? –preguntó Jon, señalando sus brazos.

–Las traerá a casa esta noche –dijo el Dr. Reed–. No es que no me gusten, pero os habéis pasado un poco con las flores en la clínica.

–Me parece que no –dijo Jon, frunciendo el ceño.

–Por supuesto que sí –dijo el Dr. Reed–. Aquí lo pone, en la tarjeta.

–Quizá fue una de las ayudantes –murmuró Lora.

¡Se iría al infierno con tantas mentiras!

–Esas chicas son unas exageradas –dijo el Dr. Reed con cariño.

Jon seguía con expresión escéptica.

–Esta señorita será mi enfermera nocturna durante las próximas semanas –dijo el Dr. Reed haciéndole un guiño a Lora, que sonrió contenta.

–Creía que no te gustaba tener extraños en la casa por la noche –dijo Jon, levantando la mirada de la tarjeta.

–Pues, Lora no es una extraña. Yo conocía a su padre.

–¿Conocías a su padre? –preguntó sorprendido–. Yo lo hubiese hecho con gusto, Víctor. Tú fuiste muy bueno con mi padre.

–Y por eso me sustituyes en la clínica. La deuda está pagada con creces. Además, no tienes tiempo y Lora es más guapa.

Ambos hombres se la quedaron mirando y Lora se ruborizó.

–La verdad es que tienes razón –dijo Jon finalmente.

–Y ella aceptará que le pague por su tiempo, ¿verdad, Lora?

–Por supuesto –dijo ella. ¡Podría arreglar la furgoneta!

–Y ahora que sé que Lora tiene un gato, me siento todavía mejor por haber aceptado –dijo el Dr. Reed, volviéndose hacia Lora–. Me alegro de que me hayas convencido. Eres muy persuasiva.

Lora sonrió débilmente y una súbita frialdad reemplazaba la natural calidez de Jon. Imaginó lo que él estaría pensando. ¿Por qué insistía ella en quedarse con un hombre que no conocía de nada, sobre el que le había hecho preguntas hacía unas horas?

–¿Tú lo convenciste para que aceptase? –preguntó él finalmente.

–Lo único que te faltó fue insistir, ¿verdad Lora?

La mirada preocupada de Jon le dio deseos de confesar su plan.

«Mi madre está sola», podría decir. «Ya encontraré a alguien para mi abuela más adelante. Quiero recobrar mi intimidad. El Dr. Reed parece un hombre genial y, ¿qué mejor forma de averiguar si lo es de verdad que ir a su casa un par de semanas?»

Jon, de espaldas al Dr. Reed, no se molestó en sonreír cuando murmuró su despedida.

–Estoy seguro de que nos volveremos a encontrar –añadió en el último momento.

¡Si ella podía evitarlo, no!

# Capítulo 2

Al entrar en la cámara frigorífica para guardar el ramo de flores del doctor Reed, Lora inspiró profundamente. Como siempre, el llenarse los pulmones del aire frío y perfumado le aclaró la mente.

Mientras arreglaba magníficas rosas de color cobre, iris púrpura oscuro, fresias de color limón y lustrosas hojas de magnolia, observó a hurtadillas a su madre y a su abuela. Por primera vez, tuvo dudas de lo que estaba haciendo. Parecían muy contentas.

Su abuela Ella, con su cabello blanco y sus mejillas sonrosadas, quitaba el polvo. A Lora le dio la sensación de que se concentraba en los objetos más cercanos a la puerta. Seguramente que había arreglado un encuentro «accidental» entre Lora y el nieto de alguna amiga y esperaba que éste llegase.

La madre de Lora estaba ocupada ayudando a un hombre maduro a elegir flores para un ramo. Con cincuenta años, Ángela Gifford era una mujer alta y delgada con brillante cabello negro apenas salpicado de canas que le llegaba hasta los hombros. De las tres, era a quien se le daban mejor los clientes; sabía cuándo ayudar y cuándo dejarlos que decidiesen. Ella hablaba demasiado y a Lora, según su madre, le faltaba paciencia.

Unas horas más tarde, las tres se dirigieron a su casa con Lora al volante de la furgoneta, Ella charlando animadamente del nieto de su amiga y el arreglo floral de los narcisos e iris sujeto firmemente en la parte de atrás.

–Tengo trabajo durante dos semanas –anunció Lora cuando llegaron a casa mientras contaba y daba de comer a sus peces. Sin novedad en el frente. Los moradores de las profundidades habían sobrevivido un día más.

–Me marcharé cuando acabe aquí y volveré por la mañana. Al cerrar la floristería, le echaré una mano a un señor mayor a quien le han operado un pie. El dinero que saque me servirá para arreglar la furgoneta. Tendréis que darles de comer a mis peces.

–Había invitado a un joven a tomar el postre hoy, Lora –dijo su abuela–, vino cuando estabas repartiendo. Será mejor que te pases un peine y te cambies de ropa.

La madre de Lora sacó un recipiente con sobras. Viviese con quien viviese, Ángela era una verdadera cocinera, de ésas que hacen un pavo asado con relleno y guarnición para dos personas y se entusiasman cuando alguien le lleva un cangrejo recién pescado.

–¿Os parecen bien enchiladas de pollo? –sin esperar respuesta, añadió–: No sé, mamá, el chico me pareció un poco joven.

–¿Muy joven? –preguntó Lora–.¿Cuánto más joven?

–No sé, cuando tienes setenta y uno, todos te parecen jóvenes –se excusó la abuela, encogiendo los rollizos hombros.

–Seis años –dijo Ángela con firmeza.

–¡Seis años! ¡Si casi tengo veinticinco! –exclamó Lora, indignada–. ¿Qué te pasa, se te ha acabado la lista de veinteañeros y ahora quieres que salga con adolescentes?

–No sabía que fueses tan tiquismiquis con respecto a la edad –le restó importancia Ella–. Además, tu madre exagera.

–Lora tiene razón –Ángela meneó la cabeza–. Es demasiado joven.

–Gracias, mamá –dijo Lora–. Por fin un poco de sensatez.

–Quiero nietos –prosiguió su madre–. ¿Qué salario puede ganar un adolescente a menos que sea un genio de los ordenadores o esté en una banda de rock? ¿Lo bastante para mantener una familia?

–Pauline me aseguró que tiene aptitudes –insistió la abuela.

–También las tiene el peluquero de hombres de enfrente y él tiene su propio negocio –dijo la madre de Lora, chasqueando la lengua.

–Tener una peluquería es bueno –dijo la abuela–. Pase lo que pase, los hombres necesitan un peluquero porque son incapaces de arreglarse el pelo solos, a menos que se afeiten la cabeza. De acuerdo, le daremos a este chico un trozo de tarta de fresa y lo echaremos con viento fresco.

–Bien –asintió Ángela con la cabeza–. Por cierto, Lora, me encontré con el peluquero esta mañana. Su nombre es Michael. Es un encanto y ¡no te lo vas a creer! Me preguntó por ti.

Lora se dio cuenta con mayor claridad de que necesitaban una vida amorosa que las tuviese ocupadas. Seguiría con su plan.

–Ella, no estaré aquí para comer –dijo.

–Pero, ¿qué va a pensar?

–Da igual lo que piense, cielo –dijo, inclinándose sobre su abuela y besándole el suave cabello. Adoptó una expresión seria–: Ya os he dicho que, por ahora, no me interesan los hombres. Y olvidaos de

bodas y bebés. Las mujeres no pensamos como antes.

–Pero ser parte de un equipo es realmente maravilloso –dijo Ángela con los ojos brillantes–. Las mujeres necesitamos a los hombres, cariño. Por supuesto que a veces lo pasamos mal, y sé que Calvin te hizo daño cuando se marchó a Chicago. Créeme, sé lo que es sufrir. Pero eso no debería hacer que odiases a los hombres.

Lora se quedó sin habla. Era asombroso que su madre tuviese fe en el sexo opuesto aunque la vida le hubiese demostrado lo contrario.

–Quédate hasta el postre –dijo Ella mientras limpiaba fresas–. Y luego te lo prometo: basta de adolescentes.

–Tengo que ir al invernadero –dijo ella, haciendo un gesto hacia la estructura de vidrio del fondo–. Cerraré con llave cuando me haya ido y regaré por las mañanas antes de ir a trabajar. No os olvidéis de dar de comer a los peces –mientras hablaba, apuntó el nombre y el teléfono del Dr. Reed en un papel y se lo dio a su madre.

Una hora más tarde, después de haber acabado con las tareas del invernadero, partió en la furgoneta justo cuando un chico al volante de un descapotable rojo se detenía frente a la casa.

Víctor Reed vivía en una amplia casa de dos pisos a las afueras del pueblo. El enorme jardín tenía un hermoso diseño, con enormes árboles y exuberante vegetación, incluidas matas de rododendros en flor, pero todo estaba descuidado. Lora supuso que la esposa del Dr. Reed sería quien se habría ocupado de mantenerlo.

¡Su madre era un genio de los jardines!

Dos gatos, uno gris y blanco y otro negro como el carbón, se sentaban en el porche delantero justo frente a la puerta. Una algarabía de ladridos respondió a la llamada de Lora a la puerta. Intentó abrir: dos perrazos salieron corriendo mientras los dos gatos entraban. Lora hizo malabares con las flores y la maleta mientras los perros la olisqueaban y lamían, meneando el rabo.

–¡Hola! –gritó.

–Aquí, pasa al fondo –llamó el Dr. Reed.

Los grandes perros de color champán volvieron a entrar con Lora y otro más, diminuto y de pelo largo, apareció corriendo por el pasillo.

Después de lanzar un gruñido de compromiso, le lameteó la

maleta.

La casa tenía el mismo aspecto de descuidado buen gusto que el jardín. Parecía que el Dr. Reed había dejado que todo viniese a menos. Pero, ella tenía la cura para ello, ¿no? El fin de semana le pediría a su madre que la ayudara a quitar la maleza del jardín y se la presentaría al Dr. Reed de manera informal. Se mirarían a los ojos, su madre vería a un hombre mayor con un rostro amable y un corazón tierno y el Dr. Reed vería una atractiva cincuentona de hermosas piernas y alegre carácter. Lora se lo imaginó todo.

¡Lo único que le quedaba hacer era encontrarle pareja a Ella!

Los perros la guiaron hasta una estancia no muy amplia con muebles oscuros y paredes cubiertas de libros y un escritorio en un ángulo. El veterinario se encontraba echado sobre una tumbona, cubierto con una manta y con el pie vendado sobre un escabel. Otro gato, de color blanco, dormía en su regazo. Las muletas se encontraban en el suelo junto a la silla y una televisión muda iluminaba el recinto.

–Has llegado justo a tiempo –dijo el Dr. Reed–. Estoy a punto de morirme de hambre. Podríamos pedir una pizza.

–O podría ver qué puedo cocinar –dijo Lora.

–Jess hizo la compra y lo único que compró fue comida de verdad.

–¿Comida de verdad?

–Sí, la que no se puede calentar en el microondas. ¿Sabes cocinar?

Pasando por encima de los perros que se habían echado, Lora dejó las flores sobre el escritorio y la maleta en un rincón.

–¿Que si sé cocinar? –dijo con desdén–. Dígame dónde está la cocina y ya verá.

La hermana del Dr. Reed había surtido la nevera de todo y en media hora Lora hizo unas gambas salteadas con espárragos y té de jazmín para los dos. Puso todo en una bandeja y lo llevó al estudio. Los animales, que se habían instalado alrededor del doctor, levantaron la cabeza al unísono al oler la comida.

–¡Sácalos al patio trasero! –dijo él mientras ella depositaba la bandeja sobre una mesita–. Haz un poco de ruido con la lata del pienso y saldrán corriendo. No te preocupes, el patio está vallado. ¡Qué suerte que te gustan los bichos!

La verdad era que no había tratado con demasiados animales con patas, pero, efectivamente, todos se presentaron corriendo en

cuanto sacudió la lata del pienso. Cuando volvió al estudio, el Dr. Reed estaba pelando una gamba.

–¿Quién iba a decir que sabías cocinar tan bien? –dijo, tras probarla–. Eres una niña.

–Me ha enseñado mi madre –dijo Lora–. Es una cocinera maravillosa. Es increíble que haya conservado su figura.

–Parece ser una mujer asombrosa.

–Oh, desde luego que sí –se entusiasmó ella.

Él le sonrió y charlaron mientras comían. Lora se enteró de que él estaba viudo desde hacía varios años, que todas sus mascotas eran antiguos pacientes cuyos dueños habían abandonado y que tenía una actitud positiva ante la vida. En pocas palabras, era lo opuesto de su padre. Lora sonrió. A su madre le iba a encantar.

Se sentía tan cómoda que, cuando llamaron a la puerta, saltó a abrir sin esperar que el Dr. Reed le pidiese que lo hiciese. Vio a través del cristal a Jon Woods en el porche con una bolsa de viaje en la mano y expresión impaciente. ¿Qué haría allí? Estuvo a punto de simular que no había nadie en casa, pero era una tontería, porque la furgoneta de floristería Lora Dunes estaba en la puerta. La bolsa de viaje le daba mala espina, así que se armó de valor y abrió la puerta.

–¿Dónde están los perros? –preguntó él.

¡Qué modales! Estaba claro que todavía desconfiaba de ella.

–Los he envenenado y enterrado en el fondo del jardín. ¿Quieres verlo? –respondió sonriente.

Él lanzó un gruñido y meneó la cabeza.

Era increíble cómo había pasado de ser un encanto a estar todo el tiempo enfadado en sólo un día. ¿Sería porque ella no hacía ningún esfuerzo para gustarle? Si era así, ello quería decir que su personalidad no era cosa del otro jueves para el sexo opuesto. El jersey verde probablemente no contribuyera demasiado. Decidió deshacerse de él. Después de todo, una tenía su orgullo.

Jon pasó junto a ella sin esperar que lo invitase a entrar. Era obvio que conocía la casa, porque se dirigió directamente al estudio. Lora cerró la puerta y lo siguió. Era guapo por detrás, con un cuerpo alto y fuerte y anchos hombros. Llevaba unos vaqueros desteñidos y una camiseta negra. Calzaba zapatillas de cross y su forma de caminar era masculina y atlética. Le recordó a Calvin, con ese paso lleno de confianza, un poco insolente. Engreído.

–¡Qué pena que te hayas perdido la cena! –saludó el Dr. Reed.

–Me he tomado un sándwich por el camino. ¿Y los perros?

–En el patio de atrás. A Lora se le dan muy bien. Bueno, lástima que ya hayas comido. Me parece que, como Lora llegó antes, le toca a ella elegir habitación primero.

–¿Sabía que él vendría? –preguntó Lora.

–Por supuesto. Después de que te marchases hoy, Jon me hizo ver que él sería mucho más útil para mi cuidado más personal, como bañarme, por ejemplo.

Aunque aquello fuese cierto, Lora le lanzó una mirada asesina a Jon.

–Encantado de ayudar –dijo Jon. Parecía sincero, pero la mirada desafiante con la que acompañó sus palabras lo decía todo–. En realidad, Víctor –añadió–, ¿por qué no dejamos que Lora se vaya a su casa? Estoy seguro de que tiene mejores cosas que hacer que aburrirse con dos veterinarios.

A Lora le dieron deseos de propinarle un puñetazo.

–Desde luego que no –dijo el Dr. Reed–. Lora y yo hemos hecho un trato. Además, su madre le ha enseñado a cocinar. Imagínate: gambas con espárragos con jengibre y ajo… ¡es un genio! Hasta me ha dicho que quiere arreglar el jardín el domingo. Te alegrarás de que ella esté aquí cuando yo me vaya a la cama a las ocho.

–Me gusta mucho hablar –dijo Lora intentando provocar a Jon–. Y juego bien al póquer.

Jon no le vio la gracia.

–¿Ves? –dijo el Dr. Reed con una risilla–. ¿No es un encanto? Lora, creo que ya es hora de hacer pasar a los gatos y los perros. Jon, ¿por qué no me das un analgésico y me ayudas a meterme en la cama?

Mientras Jon lo ayudaba, Lora se fue a la cocina con la bandeja de platos sucios y un enfado de dos pares de narices. Estaba claro que Jon tramaba algo. Desconfiaba de ella, por eso se encontraba allí. «¿Por qué iba a confiar en ti?», le dijo una vocecita.

–¡Oh, cállate! –rugió.

Los animales esperaban que les abriese la puerta y entraron en tropel, meneando los rabos, oliendo con sus húmedos hocicos, enredándosele en las piernas. Era increíble sentirse rodeada de tantos bichos. Y, a decir verdad, un poco reconfortante. Los peces tropicales eran totalmente diferentes, uno no se relacionaba con ellos. El gato blanco se frotó contra sus piernas y Lora lo alzó. La miró con adorables ojos azules y ronroneó. Era difícil de creer que

perteneciese a la misma especie que Boggle.

–El tema es –le dijo al oído– que soy más astuta que Jon. Yo también tengo mi objetivo: el amor verdadero. Bueno, la posibilidad del amor verdadero, al menos. Además, necesito librarme de esas entrometidas mujeres antes de que me casen con el pobre peluquero de enfrente. O con un adolescente –agregó, estremeciéndose–. Con todo eso a mi favor, ¿por qué me iba a preocupar lo que Jon piense o quiera? ¿O siquiera el hecho de que esté decidido a frustrar mis planes?

El gato volvió a ronronear. ¿Era un voto de confianza?

–El gato es sordo –dijo Jon, desde la puerta.

–¿Qué? –preguntó Lora, sobresaltada, dándose la vuelta para mirarlo.

–Que Frosty es sordo. Los gatos blancos de ojos azules generalmente lo son. El gen «blanco» puede afectar el oído interno. Los dueños de Frosty no sabían qué hacer con él, por eso Víctor lo adoptó. Así que contarle tus íntimos secretos no tiene sentido.

¡Cuernos! ¿Qué habría oído?

–¿Cómo sabes que le contaba secretos? Por cierto, no lo estaba. ¿Me espiabas?

–No te preocupes –sonrió él–, no he oído nada. Oye, tenemos que hablar. Ven.

–Podemos hablar aquí mismo –dijo ella, cruzándose de brazos.

–No, salgamos.

–Está muy oscuro.

–¿Tienes miedo a la oscuridad? –Encenderemos la luz del porche.

«No», quiso decir, «te tengo miedo a ti». Pero no dijo nada.

Sin dejar que los siguieran los perros, salieron por la puerta trasera. Jon dio a un interruptor y en una construcción al final de un sendero se encendió una suave luz.

Era un cenador, que probablemente había sido bonito alguna vez, pero que ahora estaba despintado por el inclemente tiempo de la costa norte. Jon se sentó en uno de los bancos que rodeaban el interior por tres lados y Lora se sentó en otro.

Mientras esperaba que a él se le aclarasen las ideas, admiró cómo la luz le iluminaba el rostro y le hacía brillar el cabello. Estaban en abril en la costa norte y era imposible que se le aclarase el pelo con el sol allí, a menos que fuese a una cabina de rayos UVA o se lo hiciese artificialmente, algo que no iba con él. Ello quería

decir que había venido de algún sitio soleado hacía poco tiempo. Un sitio con sol. En traje de baño, con el sol dorándole los poderosos hombros. Crema bronceadora, cálidas brisas del mar, termos con cóctel margarita, ella a su lado… ¿Qué?

Imaginó otra escena. Se encontraba sola con Jon, no en la playa ni al sol, sin allí, en aquel cenador, el perfume de las flores mezclándose con el olor del mar, los ardientes ojos masculinos hurgando en su alma. Casi podía sentir el contacto de sus dedos en su rostro y el calor de sus labios acercándose…

Jon carraspeó, haciendo que desapareciese la imagen de su mente, pero no dijo nada.

–Todo muy bonito –dijo Lora, tensa–, pero si me disculpas, me voy a la cama.

–Déjate de historias –dijo Jon suavemente, al verla ponerse de pie.

–¿Historias? ¿Qué historias? –preguntó ella, volviéndose a sentar.

Él se puso de pie. Paseándose inquieto, le lanzó una mirada penetrante.

–Sé lo que estás tramando.

–¿Lo sabes?

–Sí. Y creo que es vergonzoso –se detuvo de golpe y la miró de hito en hito–. Intentas engañar a Víctor para que se case.

¿Cómo lo sabía? Lora se devanó los sesos intentando recordar si le había mencionado a alguien sus planes para su madre y el Dr. Reed. Estaba segura de no haberlo hecho. Eh, un momento. Ella no intentaba engañar a nadie, sino que simplemente le allanaba el camino a un romance, ¡algo muy distinto!

–¡No sé a qué te refieres! –exclamó, indignada.

–Reconozco que eres buena –rió él–. Cuando te conocí esta mañana, pensé…, bueno, da igual lo que pensase. Llevas mintiendo sistemáticamente desde entonces. Boggle ni siquiera es tu gato, ¿verdad? Por eso no lo conocías. Lo utilizaste para acercarte a Víctor y cuando viste que él no estaba allí, me sonsacaste hasta averiguar su paradero. Intenté llamarte esta tarde y, mira tú por dónde, tu número no existe. Te presentaste en la clínica con flores que nadie había pedido. No lo niegues, porque me he cerciorado de ello. Y ahora has conseguido meterte en su casa.

Como lo que decía era verdad, Lora se puso a la defensiva.

–Yo no he convocado la reunión secreta en el cenador –dijo.

Se sentía en desventaja al estar más abajo que él y se puso de pie. Jon era bastante más alto que ella, así que a menos que se subiese al banco, tendría que contentarse con llegarle a la barbilla.

–No es una reunión secreta.

–Entonces, ¿por qué estamos escondidos aquí?

–Para no molestar a Víctor.

–Al menos yo lo trato como un adulto.

–Víctor era el mejor amigo de mi padre –dijo Jon, furioso–. Lo apoyó cuando papá estaba tan mal que apenas si podía trabajar, aunque no me dijo que estaba tan enfermo, por no alarmarme. Le debo muchísimo. Es un hombre leal. No voy a quedarme de brazos cruzados mientras tú lo seduces para sacarle el dinero.

Lora lo miró con los ojos abiertos como platos por el asombro. ¿Lo había oído bien?

–¿Yo? –dijo ahogadamente–. ¿Que yo lo quiero seducir? ¿Eso es lo que crees?

–Por supuesto. Eres una caza fortunas. Reconócelo.

–Es… es una locura –logró decir Lora cuando recobró el habla–. Podría ser mi…

–…padre –acabó la frase Jon.

–¡Qué tontería!

–Con que sí, ¿eh? ¿Y qué me dices de tu forma de coquetear con él en la clínica?

–¡Qué dices, si ni siquiera sé coquetear!

–Pues, te las apañabas la mar de bien. Que una caída de ojos, que una risilla… puede que te parezca viejo, pero es un hombre. Y un hombre, especialmente mayor, es muy vulnerable a una mujer joven y bonita que se le acerca, le regala flores, se ofrece a cuidarlo cuando él lo necesita, le cocina… No me interesa saber cómo te enteraste de su comida preferida. ¿A quién sonsacaste esta vez? ¿A su hermana? ¿A sus hijos? No, no me lo digas. Y, por cierto, esta reunión no es secreta. Mañana por la mañana le diré a Víctor todo lo que hemos hablado, así que mejor será que hagas la maleta y te marches. Se ha acabado la fiesta.

A pesar de admirar su lealtad y sus agallas, Lora reconocía que Jon le hacía peligrar sus planes y, más aún, la conclusión a la que había llegado era realmente insultante. ¿Provocaría alguna diferencia que le dijese el verdadero motivo por el que le interesaba Víctor Reed? Seguramente su concepto de ella mejoraría un poco, pero, ¿no le daría igual que fuese para ella o para su madre? Tenía

sus dudas. ¿Y eso del dinero? ¿Desde cuándo era rico el veterinario de un pueblo?

–¿El Dr. Reed tiene dinero?

–Ya sabes que sí. Mucho dinero.

–¿Cómo?

–Buenas inversiones, dinero de su esposa… No te hagas la tonta conmigo, Lora.

Era innegable que el dinero era agradable y que aliviaría muchas preocupaciones, pero el dinero no tenía nada que ver con el amor. Además, debido a su propia iniciativa, pronto tendrían una bonita entrada de dinero. ¿Para qué, si no, tenía su invernadero y para qué había estado trabajando como una esclava durante cada minuto extra del que disponía?

–Te equivocas conmigo –comenzó a decir, sin saber cómo manejar la situación.

–He comprobado todo…

–De acuerdo, no te equivocas en todo, sólo en mis motivaciones.

–Entonces, explícate.

–No.

Sorprendido, Jon la miró fijamente.

–¿No? –dijo, pasándose la mano por el pelo.

–No. No veo por qué tengo que explicarme. Soy exactamente quien digo que soy. Mi nombre es Lora Gifford, trabajo con mi madre y mi abuela en la floristería de la familia. De acuerdo, tomé prestado el gato de mi vecina y me inventé un número de teléfono, pero eso fue porque no dejabas de flirtear conmigo y he decidido que no quiero saber nada de los hombres.

–No flirteé contigo –dijo él, arrugando el ceño.

–¡No me vengas con ésas! Me pediste el número de teléfono.

–Te dije que era la política de la clínica veterinaria.

–¡Venga ya! Que no soy tonta y sé cuando un hombre intenta ligar conmigo.

Él se sentó de golpe y la miró de hito en hito.

–Lora Gifford, o eres una actriz redomada o tu forma de pensar me supera. No sé cuál de las dos cosas, pero no estoy seguro de que importe.

Ella sintió deseos de sonreír. Intentó contenerse, no le parecía el momento apropiado para hacerlo, pero no pudo evitarlo. Se moría por hablarle de su plan para unir al Dr. Reed y a su madre y compartir unas buenas risas con él, pero él había jurado que le

contaría al Dr. Reed todo lo que ella dijese, así que, ¿cómo iba a hacerlo? Una vez que algo así se hacía público, perdía la gracia, y a ella le gustaba de veras Víctor Reed. Ya le había echado el ojo y nada le iba a arruinar el pastel.

Jon le miró la sonrisa sin comprender. Lora se sentó a su lado.

–No le haría daño ni me aprovecharía de él –le dijo. Sentarse cerca de él había sido un error de cálculo. No se había dado cuenta de lo cerca que estarían, de cómo se rozarían sus cuerpos. Deseó poder apartarse, pero si lo que quería era transmitirle confianza, ponerse de pie de un salto sería contraproducente, así que se quedó donde estaba e intentó pensar con claridad–. Sé que parece que intento hacerlo, y que te he mentido –reconoció, consciente del calor de él a través de la ropa–, pero me gusta el Dr. Reed sinceramente y no estoy arrimando el ascua a mi sardina. No sabía que tenía dinero, no me interesa. Tampoco quiero su casa ni nada por el estilo.

«¿Y a su socio, lo quieres?», le preguntó una vocecilla. «¡No!», le dijo a su libido.

–Ojalá pudiese creerte –dijo él.

–El Dr. Reed y yo conectamos bien en el hospital. Él conocía a mi padre. No intento conquistarlo, eso es una tontería. Sólo quiero conocerlo, ¿comprendes?

–Muy bonito –dijo él, clavándole los ojos–, pero no explica a qué fuiste a la veterinaria.

–No estás dispuesto a ceder ni un ápice, ¿verdad?

–En lo que ataña a Víctor, no.

–No tienes nada que decirle sobre mí –dijo ella, poniéndose bruscamente de pie–, salvo mencionarle unas sospechas infundadas, que usé un gato como excusa para conocerle y que me daba vergüenza reconocer que las flores que le llevé eran mías. Él me paga por estar aquí y necesito el dinero para arreglar la furgoneta, así que apártate del medio y déjame en paz.

–Entonces, lo que te interesa es el dinero.

–Es un trabajo.

–Te pagaré lo que él te dijo que te pagaría si lo dejas ahora.

–No, gracias. Da la casualidad de que me gusta ganarme el dinero que me pagan. ¿Por qué no te vas a tu casa?

–Ni lo pienses –poniéndose de pie, añadió–: Te lo advierto: me quedaré aquí mientras estés tú. Alguien tiene que cuidar de los intereses de Víctor. Vete con tiento.

–Quizá yo no te quite el ojo para asegurarme de que eres tan noble como predicas.

–No soy noble –dijo él, con los ojos relampagueantes–, sólo me doy cuenta de cuándo alguien no es lo que dice ser.

Ella negó con la cabeza y volvió a la casa, consciente de que tendría que sentirse nerviosa por su amenaza, pero en lugar de ello, se hallaba presa de una emocionante excitación. ¿Así que la iba a tener vigilada? Aquello resultaría interesante.

De acuerdo, no quería saber nada de los hombres, pero eso no quería decir que no pudiese volver loco a uno muy irritante, siguiendo estrictamente las reglas que él había impuesto, ¿no? Su paso se hizo más rítmico.

¡Toma ya!

# Capítulo 3

En qué puedo ayudarle? Jon Woods cerró la puerta tras él y se dio la vuelta.

Una mujer mayor con un halo de cabello blanco enmarcándole el rostro se alisó el delantal amarillo en el que se leía floristería Lora Dunes y le clavó los penetrantes ojos azules. Pocas veces lo habían observado de aquella forma. A Jon le pareció que ella tomaba nota de cada centímetro cuadrado de su metro ochenta de estatura, cada gramo de sus setenta y cinco kilos, cada pelo de su cabeza.

–Necesito flores –dijo.

–Ha venido al sitio adecuado –dijo ella, esbozando una radiante sonrisa–. A no ser que necesite que le hagan un arreglo, porque estoy sola y no se me da muy bien hacer nada elaborado. Para eso, joven, necesita ver a mi hija, o, mejor dicho, mi nieta. Lora es fantástica para eso, lo lleva en la sangre. ¡Podría lograr que un puñado de malas hierbas resultase bonito! –mirando el reloj, añadió–: Volverá de hacer el reparto del mediodía dentro de una hora o así. Si quiere esperar, y tomarse un té helado…

Lo miró expectante. Jon no pudo contener una sonrisa. La mujer había hablado tan rápido que se había quedado sin aliento.

–Sólo quiero unas flores.

–Venga por aquí a la cámara –dijo ella por encima del hombro–. ¿Son para su esposa?

–Para una amiga –dijo él con determinación.

La mujer se detuvo frente a la cámara frigorífica con puertas de cristal donde había docenas y docenas de flores de todos tipos, colores y tamaños.

–¿Son éstas las mismas flores que mandan desde aquí hasta Los Angeles?

–Oh, no, lo siento, no lo he comprendido. ¿Quería mandar flores?

–Sí.

–Entonces, lo que tengo que hacer es tomarle nota. Nosotros le pasamos el pedido a un florista de allí por fax. Puede elegir en este

catálogo.

Jon miró el enorme libro de hito en hito. Ni muerto iba a ojear todo aquello.

–¿Qué le parece una docena de rosas blancas? De tallo largo. En una caja –dijo.

–Una elección excelente –dijo la mujer, buscando el formulario de pedidos.

–Encontrará agradable trabajar con su nieta –comentó él, mientras sacaba la tarjeta platino de la cartera para pagar.

–Lora es adorable –dijo la mujer, mirando la tarjeta un segundo–. ¡Y tan bonita! Es increíble que todavía esté soltera. Claro que quien tiene la culpa es su ex prometido.

¿Prometido? ¿No había dicho Lora que no quería saber nada de los hombres?

La habían dejado plantada, por eso estaba tan susceptible. Y, como había sido un hombre joven, ahora tenía la mirada puesta en un hombre mayor, ¿no? Pues, estaba equivocada si creía que podía echarle el lazo a Víctor.

–¿Quiere decir que ella no sale con hombres?

–Calvin le rompió el corazón, pero se curará al llegar el hombre adecuado, ya verá.

–Me parece que ya he visto a su nieta. Es muy guapa –dijo y leyó para sí el nombre de la anciana en el delantal: Ella.

–Es igualita a su madre y a su bisabuela. La belleza se saltó mi generación. Yo me parezco a mi abuelo.

–Es usted demasiado modesta.

–Ejem –dijo ella, poniéndose colorada–, seguro que la dama a quien usted le manda las rosas es una persona muy especial. ¿Su madre, quizá?

–No –dijo él, sin sonreír ante lo obvia que resultaba la pregunta–. Con respecto a Lora…

–Quizá, si se lo sugiero, ella salga con usted. No será un adolescente, ¿no?

–Hace mucho que he dejado de serlo.

–Bien. Lora es un encanto. Tiene tantos planes… pero eso no quiere decir que no esté dispuesta a sentar la cabeza. Ya estaría casada si el inútil de Calvin no la hubiese dejado como lo hizo. Creo que una mujer, aunque estemos en el siglo veintiuno, necesita que un hombre la cuide, ¿no le parece?

–No estoy seguro –dijo él.

Se dio cuenta de que le había dado la respuesta equivocada.

–¿Es usted uno de esos hombres que creen que una mujer debería trabajar todo el día además de tener los bebés y ocuparse de la casa? –reivindicó Ella tras carraspear.

–Supongo que depende de lo que quiera ella –sonrió él y se encogió de hombros.

–Ajá –dijo ella, devolviéndole la tarjeta de crédito.

Se dio cuenta de que había perdido puntos con ella, lo cual podía provocar que dejase de charlar con él, así que añadió:

–Por supuesto, espero que cuando me case, mi mujer quiera adoptar un rol más tradicional –casi se atragantó con sus palabras. La noción que Trina tenía de limpiar la casa era contratar a una empleada del hogar.

La sonrisa de la mujer se llenó de calidez.

–Bonita chaqueta la que lleva. La tela es fantástica. ¿Cachemira? Apuesto que no la compró en el pueblo. Es demasiado cara para Fern Glen.

Desde luego que era cara. La había comprado el invierno anterior porque a Trina le gustaba que vistiese bien. La verdad era que a Trina le gustaba todo lo bueno.

Se habían conocido cuando ella le llevó su viejo perro a la consulta porque tenía un catarro. Resultó ser que el perro era alérgico al humo de cigarrillo y el novio de Trina fumaba. Adiós novio. En cuanto Trina se aseguró de que Jon no tenía ningún vicio que pudiese molestar a su mascota, entró en su vida como un torbellino.

No es que a él le hubiese molestado aquello. Trina era guapísima, con un modo de caminar muy provocativo y una risa sensual. Lo había presentado a todos sus amigos, invitado a innumerables fiestas de Hollywood y ampliando sus clientes de forma considerable. Casi todas eran mujeres obsesionadas en mayor o menor manera con sus mascotas. Había oído que lo llamaban «el veterinario de las estrellas», un apodo que era bueno para el negocio pero que le daba escalofríos. Sin embargo, estaba aprendiendo a soportarlo, y, sin duda, la vida con Trina era emocionante. Había estado a punto de pedirle que se mudase con él cuando murió su padre.

–Tendrá un buen trabajo para poder permitirse vestir tan bien –dijo Ella.

La miró con recelo. ¿Por qué actuaba así? ¿Lo que quería era

dinero o un novio para su nieta? ¿O ambas cosas? ¿Habría tenido razón al imaginar los motivos de Lora? Por un instante, se sintió decepcionado. Deseó no tener razón.

Lora Gifford era natural, alegre. Nunca se había tropezado con alguien así antes. Ora era un libro abierto, ora una tumba. Inventaba sus fantasías en las propias narices de él, aunque se mordía los labios como si luchase contra su conciencia. Además, estaba su aspecto. Era guapísima, aunque no del estilo de Trina. Lora parecía una niñita indefensa, con aquella piel fresca y natural, su enorme jersey y sus vaqueros. Y, sin embargo, era fascinante. De hecho, en el cenador, había tenido que hacer un esfuerzo para recordar que ella no le interesaba como mujer. Hubo un par de veces en las que ella lo había mirado y a él le había dado un vuelco el corazón. ¿Tendría razón al decir que él había flirteado con ella en la consulta sin ni siquiera darse cuenta de ello?

Llamaría a Trina por teléfono e insistiría en que lo fuese a visitar. No se hacía ilusiones: aquella remota costa norte no le resultaría más tonificante a ella de lo que se lo parecía a él, pero si lo amaba, seguramente encontraría un momento para alegrarle su exilio voluntario, ¿o no?

Volviendo a Lora, ¿qué la habría llevado a concentrar sus esfuerzos en Víctor? Hasta el día anterior, ella no conocía al amable, simpático y rico veterinario. Entonces, ¿por qué él? ¿Sería su amiga, la del setter irlandés, quien le habría hablado de él? ¿Qué la había hecho poner en práctica su plan? ¿Necesitaría dinero?

Miró a su alrededor, a la anticuada tienda, y creyó comprender.

–Es una bonita tienda la que tienen.

–Pertenecía a mi hija Ángela y al tonto de su esposo hasta que a él le dio la crisis de los cuarenta y la dejó –dijo Ella. Le acercó el formulario para que él pudiese rellenarlo con los datos para la entrega. Bajando la voz, confió–: Lora afirmó que todo saldría bien, que se aseguraría de que la tienda sobreviviese. Lora tiene un plan.

–¿Un plan?

–Un plan, sí señor –sonrió Ella–. Se niega a hablar de él, pero dice que todo saldrá bien.

Allí estaba. El plan de Lora para garantizar la supervivencia de su familia era sencillo: casarse con Víctor.

–Y usted, ¿a qué se dedica? –preguntó Ella.

–Soy veterinario…

–¿Médico? –lo interrumpió ella–. ¡Qué genial!

–Bueno, en realidad…

–¿Qué le parece si hace un encargo de flores para su consulta, un arreglo semanal? Muchos profesionales lo hacen. Una consulta con flores parece más próspera.

–De acuerdo –dijo él, sorprendiéndose. Quizá estuviese cansado de intentar meter baza y pensase que si hacía un pedido, se mantendría en contacto y podría controlar el tema aunque Lora se marchase, si se marchaba. ¡Rayos! Quizá estuviese loco.

Una vez que accedió, la transacción se hizo increíblemente rápido y Jon se marchó un poco más tarde tras contratar flores para un año. Sabía que tendría que pagarlas de su propio bolsillo. ¿Cómo podía pretender que Víctor costease semejante tontería?

Mientras se subía al coche, repasó la información que había conseguido sobre Lora: un tipo llamado Calvin la había dejado plantada, ella le había prometido a su familia que se ocuparía de ella; la tienda estaba haciendo agua.

¿Por qué lo hacía sentirse tan mal tener razón?

Aquella noche, se ofreció a lavar los platos. Lora había hecho lasaña vegetal para cenar. Víctor tenía razón: era una buena cocinera. Había servido la comida en el estudio para que Víctor no tuviese que levantarse de su tumbona, adornó la mesita de café con un ramo de flores que agarró del jardín y entretuvo a Víctor con anécdotas de su madre, Ángela, que iría a quitar malas hierbas al día siguiente.

Jon la observaba para averiguar cómo llevaba a cabo su seducción. No lo tocaba, no lo miraba a los ojos, no hablaba de sí misma. Sus métodos eran un misterio para él, pero no había duda de que Víctor estaba encantado con ella, así que parecía que el plan funcionaba.

¡Y estaba preciosa! Mientras fregaba la fuente de la cena, pensó en ella, que había cambiado el amplio jersey y los vaqueros por un vestido vaporoso de color verde azulado que le llegaba más abajo de las rodillas pero que tenía una capa más corta por debajo, logrando así un efecto inocente y travieso a la vez. Sus ojos, debido al color del vestido, estaban más verdes que nunca. Con el cabello enmarcándole el rostro y cayéndole por la espalda en sedosas ondas, el vestido ajustándole el esbelto cuerpo y aquellos tirantes que se le deslizaban de vez en cuando y que ella se acomodaba con

tanta naturalidad que seguramente estaba planeada, a Jon le costó trabajo no quedarse como un pasmarote. Era un alivio poder refugiarse en la cocina.

Necesitaba llamar a Trina.

–¿Quieres que te ayude?

Oyó su voz a sus espaldas y, a propósito, no se dio la vuelta.

–No, gracias –dijo, y restregó más fuerte.

–Yo seco –dijo ella, poniéndose a su lado con un paño de cocina limpio en la mano.

Él no dijo nada. Quizá ella pillase la indirecta y se marchase.

–Imagínate mi sorpresa –dijo ella con naturalidad, agarrando un plato del escurridor y comenzando a secarlo– cuando esta tarde volví a la tienda y me enteré de que mi abuela te había vendido un años de arreglos florales. Eso significa cincuenta y dos arreglos. Y logró que firmases un contrato, algo que a nuestros otros clientes ni se les hubiese ocurrido hacer. Parece que mamá y yo hemos subestimado las cualidades de vendedora de Ella. Creo que hay que darle un ascenso.

–¿No era necesario que firmase un contrato? –le preguntó él, mirándola por primera vez desde la cena. Fue un error: el color de sus ojos era tenue con aquella luz, aunque su brillo seguía siendo fascinante. Apartó la vista.

–Desde luego que no.

–Ella no me dijo nada.

– Y tú no mencionaste que me conocías. Pues bien, ha sido tu castigo por husmear.

–No estaba husmeando. Necesitaba flores.

–Una docena de rosas blancas, ni más ni menos. Ella admitió que no consiguió que le dijeses a quién se las mandabas. Sólo que eran para Trina Odell en Beverly Hills.

–Tu abuela es increíble.

–¿A que sí? –dijo Lora, agarrando otro plato–. ¿Por qué no te has casado? –añadió–. Oye, que a mí me da igual, pero mi abuela teme que seas un mujeriego y para ella, eso equivale a ser un asesino en serie.

–Créeme –casi rió él–, no soy un mujeriego.

–¿Qué edad tienes?

–Treinta y tres.

–Un poco mayor para estar soltero. Le pregunté al Dr. Reed y me dijo que nunca te has casado. ¿Por qué?

–¿Quién es la fisgona ahora?

–Ahora es tu turno. Tú fuiste a la tienda e hiciste un montón de preguntas, ¿o no?

–La verdad es que con tu abuela no es necesario hacer un montón de preguntas. Ella sola da toda la información. Además, mi nombre figura en un contrato que seguramente verás, así que no he hecho nada a escondidas.

–Pero sonsacaste a mi abuela. Eso es algo despreciable.

–¿Sientes que tienes que protegerla?

–Por supuesto.

–Ahora sabes lo que siento por Víctor –dijo, y apartó la mirada de sus ojos, bajándola hasta sus labios. El corazón le dio un pequeño vuelco. ¡Sus labios! ¿Por qué no los había notado antes? Parecían dulces y deliciosos como dos jugosas cerezas.

–De acuerdo –dijo ella–, comprendido.

Él intentó recordar de qué estaban hablando y se sintió aliviado cuando ella se quedó en silencio. Fregó con ímpetu la fuente. Se sentía aturdido. Deseaba besarla, ¿no era una ironía? Era una locura, pero la idea de probar los labios de Lora le llenó la mente como en las antiguas imágenes de la tele de una explosión atómica: un enorme hongo que borraba todo. Recitó el teléfono de Trina para sí. Le empezó a picar la nariz e intentó frotársela contra el hombro.

–¿Dónde te pica? –dijo ella.

–El lado izquierdo, pero no…

–No hay problema –dijo ella, levantando la mano y tocándole la nariz con suavidad. ¿Era impresión suya o se detuvo más de lo necesario? Sus ojos se unieron y ella sonrió y dejó caer la mano.

–¿Y? –dijo ella al cabo de un rato–. ¿Por qué no te has casado nunca? No, no me lo digas, deja que lo adivine. Se trata de Trina, ¿no, la de Beverly Hills? La de cabello rubio y piernas largas –levantó los brazos, alejándolos de su cuerpo–, con pechos así.

–Más o menos –rió él.

–¿Tú eres de allí, de Beverly Hills?

–Sí.

–Y Trina y tú lleváis saliendo un tiempo.

–Dos años.

–Y ahora ella quiere un chalet en una urbanización y bebés rubios como ella. Y a ti te entró el pánico y te mudaste aquí, así que le mandas flores porque sabes que has sido un cobarde.

–Frío, frío –dijo él, preguntándose por qué Lora se había

enfadado de repente.

–De acuerdo, entonces eres tú quien quiso ponerse serio. Ella te echó con viento fresco y ahora intentas reconquistarla con flores.

–No pasa nada malo con nuestra relación –dijo él con firmeza.

–¿De veras? Entonces, ¿por qué te has venido a vivir tan lejos de ella?

–No lo he hecho. No vivo aquí, Lora. Sólo he venido a sustituir a Víctor un par de meses. ¿No lo sabías? –se dio cuenta por su expresión que ella creía que él vivía en Fern Glen. Ella se quedó silenciosa un momento, algo que tendría que haberlo hecho sentir mejor, pero no lo hizo–. Además, Trina no viviría aquí ni soñando –añadió.

–¿Qué tiene ella en contra de Fern Glen?

–Digamos que Trina es una chica de ciudad.

–Quieres decir que encontraría esto soporífero.

–Exacto. Y, por supuesto, tiene un montón de amigos allí y un buen trabajo en uno de los estudios de cine más importantes, además de sueños por convertirse en actriz alguna vez.

–¿Tiene alguna probabilidad?

–Por supuesto.

–¿Y tú?

–Yo no tengo ese tipo de ambiciones. Allí soy veterinario, igual que aquí. Tengo una amplia clientela y dos socios geniales.

–Echarás en falta a tu novia.

–Sí. Pensaba intentar convencerla de que viniese a pasar unos días. Dos meses y medio es demasiado tiempo para estar separados.

–¿Crees que le gustará esto?

–Quizá.

–Conozco el tipo –dijo abruptamente Lora–. Trina no se sentirá impresionada por el teatro amateur, las playas llenas de niebla y los miles de secuoyas. La humedad le rizará el pelo como a un caniche. Lo odiará.

–No la conoces –dijo él irritado ante la actitud de sabelotodo de ella–. Es buena gente.

–¿Piensas casarte con ella?

–Un momento –protestó él–. Eso no es de tu incumbencia en absoluto –dijo él con una sonrisa, decidido a no revelarle que tenía un nudo en el estómago. ¿El matrimonio? Desde luego que había pensado mucho en ello, ahora que estaba solo, pero, ¿llegar a decirlo? Tenía que controlar aquella conversación nuevamente.

Necesitaba sonsacar a Lora más detalles del diabólico plan para conquistar a Víctor.

–Lo siento –dijo ella suavemente–, tienes razón. Llevo toda mi vida en Fern Glen –añadió al rato.

Él se la quedó mirando un segundo, evitando sus ojos y sus labios, concentrándose en sus mejillas, que eran bonitas pero más fácil de resistir que otras partes de su anatomía. Imaginó vivir toda una vida en un pueblecito abrigado por una cortina de árboles enormes del frío océano. Hasta que su padre se había mudado allí, ni sabía que aquel sitio existía. Él se había criado en San Francisco, donde todo estaba cerca.

–Y tú, ¿por qué no estás casada? –le preguntó, acabando por fin con la fuente.

–Sólo tengo veinticuatro años –dijo ella–. Cumpliré veinticinco en junio.

–Muchas mujeres están casadas a tu edad. Estoy seguro de que no ha sido por falta de oportunidad.

–No estoy intentando cazar el doctor Reed –dijo ella con impaciencia.

Él pensó: «Seguro que sí, pequeña zorra», pero mantuvo una expresión inescrutable.

–¿Y Calvin, el infame? –le preguntó.

–¿Mi abuela te habló de Calvin?

–Sí, y sobre tu madre. Sé que tu padre… se marchó. Supongo que algo así podría destruir la fe de cualquiera en el amor.

–Mis padres nunca debieron casarse. Son como el agua y el aceite.

–¿Y por qué lo hicieron?

–Estaban enamorados.

–Pero no duró.

–No, supongo que no. ¿Crees que es posible que el amor dure toda la vida?

–Espero que sí –dijo él.

–Mi madre es una persona hermosa por fuera y por dentro. Lo ha pasado muy mal últimamente, pero no pierde la esperanza, algo que admiro, aunque me cuesta entender a veces. Merece ser feliz.

Su tono era tan nostálgico que él supuso que se refería a sí misma, no a su madre, pero luego se dijo que era un cínico. Su madre había muerto hacía diez años, pero no dudaba que si hubiese vivido, él sentiría que tenía que protegerla tras la muerte de su

padre, así que, a regañadientes, admiró la devoción de Lora.

–La floristería será muy importante para ella –dijo.

–Supongo que ahora lo es todo para ella.

–Tu abuela dijo que tenías un plan secreto para sacarla adelante.

–Mi abuela, la charlatana –dijo Lora con un suspiro y una sonrisa de cariño.

–Supongo que ambos sabemos cuál es tu plan –dijo él.

Con un desafiante movimiento de cabeza que hizo que su cabello oscuro brillase con un millón de reflejos de luz, ella lo corrigió:

–Yo lo sé. Tú sólo crees que lo sabes. No es lo mismo.

–Dime lo que pasó con Calvin –dijo él, dándose por vencido.

–¡Por favor! No éramos Romeo y Julieta –dijo ella, guardando la fuente en el armario. Colgó el paño de cocina en el tirador del horno. Se mordió el labio y luego le lanzó una mirada–. Tengo que pedirte un favor –le dijo suavemente.

–Tiemblo al pensarlo.

–Por algún motivo, le has caído bien a mi abuela.

–Llevaba mi chaqueta buena y firmé un contrato innecesario para flores que no quería –dijo él–. No me sorprende que le haya caído bien. Además, cree que soy médico, a pesar de que intenté explicárselo.

–No te preocupes, te comprendo. Mira, sé que estás saliendo con Trina y no te estoy pidiendo que la traiciones, así que esto es totalmente legal aunque complicado.

Él no necesitó simular que estaba confundido.

–Te escucho –dijo, sin mirar el tirante que se le había deslizado por el hombro.

–¿Podrías venir a la tienda cuando yo esté allí?

–Yo no…

–Ven a la tienda a mediodía cuando puedas. Llámame «cariño» o menciona una cita para cenar. Con un poco de suerte, mi abuela se concentrará en ti y dejará de buscarme pareja. Y como tú y yo sabremos que no hay nada entre nosotros, yo estaré libre para concentrarme en cosas más importantes –jugueteó un segundo con el vestido y añadió–: Y, ¿sabes qué? No vendría mal que estuviese mi madre por ahí para verlo también. Le tiene el ojo echado al tipo de enfrente.

–¿Qué tiene de malo el tipo de enfrente?

–Supongo que nada, pero estoy cansada de sus jueguecillos y si

creen que nosotros…

–¿… nos gustamos?

–Exacto. Me dejarán en paz. Pensarán que eres un buen partido.

Estuvo a punto de preguntarle si tan buen partido como Víctor, pero se mordió la lengua. Aquel ruego era interesante y necesitaba tiempo para darse cuenta si ella estaba siendo totalmente sincera con él. ¿Quizá su abuela y su madre no sabían los planes que ella tenía de cazar a un marido rico?

¿Y si lo que ella quería era estar más libre para poder concentrarse en Víctor? Pero si Víctor pensaba que Jon y Lora se gustaban, quizá se alejaría de ella.

–¿Por qué no? –dijo.

Apoyándole las manos en los hombros, ella hizo algo totalmente inesperado: se puso de puntillas y lo besó en los labios. Su boca era suave y cálida y su perfume lo envolvió en una nube tan dulce que casi la abrazó. En un abrir y cerrar de ojos, se había alejado.

–Gracias. Buenas noches, Jon –dijo.

A pesar de ser tan rara, se dio cuenta de que no quería que se marchase. No le había dicho nada nuevo, salvo confirmar ciertas conclusiones a las que él había llegado, pero seguía sin saber cómo desenmascararla frente a Víctor

La verdad era que ella lo había descolocado con aquel beso. Sus labios no eran dulces, eran suaves pétalos cubiertos de rocío. Labios prohibidos para él.

Entonces, ¿sería así o estaría actuando?

## Capítulo 4

Lora se lavaba los dientes con energía intentando recordar cuándo había decidido que era una buena idea pedirle a Jon que se hiciese pasar por su novio. Sabía exactamente cuándo. Él le estaba preguntando por qué Calvin la había dejado, luego había intentado averiguar el motivo del fracaso de la relación entre sus padres y después había vuelto a preguntarle sobre Calvin. ¡Calvin, Calvin, Calvin!

Le había comenzado a faltar el aire. Quizá no había superado su relación con Calvin. Quizá se trataba de eso, de que los sueños que habían creado juntos todavía le daban vueltas en la mente, el recuerdo agridulce de que Calvin había decidido que su plan de irse a Chicago era más importante que construir una vida juntos en Fern Glen. O quizá se tratase de que estaba harta de que su madre y su abuela le estuviesen presentando chicos todo el tiempo.

Simular que estaba saliendo con Jon era algo seguro. El corazón de él estaba ocupado por Trina Odell, que estaría esperando para cambiar su apellido por el de Woods. Se imaginó los titulares del periódico: «Trina Woods, la esposa del popular veterinario de Beverly Hills, Jon Woods, gana su segundo Oscar».

Lora hundió el rostro en la toalla. ¿Qué le estaba sucediendo?

Jon había accedido rápidamente a su plan, y supo por qué. Seguro que pensaba que así la distraería de su sórdido plan de cazar a un marido rico y mayor. Se estaba ofreciendo como chivo expiatorio para proteger al Dr. Reed. Estaba clarísimo. Mientras se arrebujaba bajo las mantas, se dio cuenta de que no le gustaba que él pensase que ella era una oportunista. Pero… ¿qué más le daba lo que él pensase?

El problema era que Jon Woods era un encanto. Su fidelidad a su novia, su actitud al dejar todo para tenderle una mano al Dr. Reed cuando éste lo necesitaba, lo decidido que estaba a proteger al veterinario de Lora eran admirables. Ahora, gracias a la desconfianza que le tenía, la ayudaría a evitar las trampas que su madre y su abuela le tendían constantemente. Eso sí que estaba bien.

¿De qué se quejaba? No era necesario que Jon la respetase ni la apreciase. Se marcharía dentro de unas semanas y no le volvería a ver el pelo nunca. Lo único que necesitaba de él eran dos cosas: que no se inmiscuyese en su plan de emparejar a su madre con el Dr. Reed y que le pidiese una cita delante de su madre y su abuela. Punto.

Nada de lo que hiciesen sería real. Él sabía a lo que iba ella, al menos eso era lo que creía. Ella estaba absolutamente segura de que lo comprendía. Harían su pequeña actuación y su abuela y su madre se retirarían felices. Jon pensaría que estaba protegiendo al Dr. Reed, ella tendría libertad para alentar un romance entre su madre y el veterinario además de concentrarse en lo que realmente le produciría dinero. ¡Genial!

¿Y su padre? ¿Sería deslealtad hacia él intentar que su madre se casase con otro?

No. Él se había marchado por voluntad propia, él había pedido el divorcio. Hasta había insinuado en una carta que se marchaba para ver a alguien nuevo. Su padre estaba fuera de escena, pero para asegurarse de ello, lo llamaría para cerciorarse.

Cerró los ojos y para horror suyo, la mente se le llenó inmediatamente con imágenes de Jon: la forma en que sus músculos se flexionaban cuando frotaba la fuente de la lasaña, el modo en que la miraba como si quisiese estrangularla, su irritación, su sonrisa, su voz, sus manos, el contacto de sus labios cálidos…

Abrió los ojos de golpe.

–Ten cuidado –susurró, decidiendo en aquel instante que no habría más besos.

Se puede encender una cerilla siempre que se tenga cuidado de no iniciar un fuego…

La madre de Lora se presentó al día siguiente con Ella a la zaga. Ambas llevaban su ropa de jardineras. En el caso de su madre, había sido una elección excelente, porque llevaba con su habitual elegancia pantalones piratas color caqui y un jersey blanco. La abuela, con una camiseta azul, una chaqueta amarilla, pantalones hasta la rodilla y zapatillas blancas de tenis parecía un alegre, parlanchín y adorable balón de playa.

Las dos se dedicaron a quitar las malas hierbas y para cuando Lora preparó el almuerzo, lo sirvió fuera y ayudó al Dr. Reed a que

se sentase en una tumbona al sol, casi habían acabado y estaban discutiendo sobre qué verduras plantar.

–Lora tiene un enorme invernadero en la parte de atrás de su casa, pero lo mantiene cerrado con llave y ni siquiera nos deja entrar –le dijo Ángela a Víctor mientras servía limonada–. ¡Podríamos plantar unos tomates fantásticos!

–Y se niega a decirnos qué es lo que hace allí todas las mañanas y parte del fin de semana –dijo Ella, haciendo su característico carraspeo mientras se servía de la fuente de fiambres para hacerse un sándwich.

–Quizá se esconde de nosotras –dijo Ángela, lanzándole una mirada a Lora.

–O cultivando marihuana –dijo Ella.

Víctor la miró arqueando las cejas, pero Lora sonrió y meneó la cabeza.

–Su padre era muy parecido –dijo Ángela–. George siempre se traía algún proyecto entre manos, ¿recuerdas, Lora?

¿Por qué sacaba a colación a su padre? No, no, no.

–¡No! –exclamó Lora.

–¿Le ha dicho Lora que yo antes pescaba con su esposo? –dijo Víctor.

Ángela esbozó una radiante sonrisa.

–Su ex.

–Técnicamente, no. Hasta dentro de un mes. Lora no me ha dicho que usted conocía a George. Se habrá olvidado. ¿Cómo fue?

–Solíamos coincidir en la Escollera Norte, cuando yo iba con los niños. Él siempre llevaba un sombrero rojo.

–Su sombrero de la suerte –dijo Ángela–. Se lo regalé yo.

–Recuerdo haber visto a Lora un par de veces, y a usted también.

–A George le encantaba pescar. Muchísimo.

¿Cuándo dejaría de hablar de él? Lora sintió deseos de acogotarla. Intentó mandarle un mensaje telepático: «¡Come algo y cállate!»

–Le encantaba, porque indefectiblemente su pez era más grande que el mío.

Ángela sonrió con cariño. ¡Con cariño!

–Es muy buen cocinero también. Me enseñó a hacer salmón a la parrilla. George tiene una energía inagotable.

Lora deseó taparle la boca con la mano. Por suerte, Ella

intervino.

–Tenía bastante energía como para abandonarte, de eso no hay duda. Y nunca miró atrás. Oye, Víctor –añadió Ella, como si ya hubiese aceptado a Víctor como su posible yerno–. Insisto en que habría que hacer una huerta.

–Recuerdo que eso era exactamente lo que hacía mi difunta esposa –dijo el Dr. Reed, aceptando un plato de comida que le alargó la madre de Lora. ¿Era su imaginación o le rozó a su madre la mano y ella apartó la mirada para esconder una sonrisa?

En aquel momento, Jon salió por las puertas correderas rodeado de los tres perros y el gato blanco. Era un hermoso día de primavera. El sol que atravesaba los árboles le iluminaba el pelo. Llevaba una camiseta roja y vaqueros. El recuerdo de su sólido pecho asaltó a Lora de repente, haciéndola parpadear.

–Ven, hazte un sándwich –lo llamó el Dr. Reed.

Jon les hizo señas de que se uniría a ellos enseguida y se inclinó a alzar al gato.

–Mirad la forma en que agarra a los animales, ese chico tiene algo especial.

–Es guapísimo –dijo Ella con una mirada a Lora, que se concentró deliberadamente en poner zanahoria rallada en un bollito de pan.

–En ese aspecto, se parece a su padre –rió el Dr. Reed–. Doug fue mi socio durante quince años antes de que le fallase el corazón y era fantástico con las mascotas, pero creo que Jon es mejor. Los tranquiliza con la voz, les inspira confianza. Con razón tiene tanto éxito con los animalitos malcriados de los ricos y famosos de Los Angeles. Hasta hace visitas a domicilio, aunque no lo crean.

–¿Quiere decir que no es médico? –preguntó Ella.

–No. Yo tampoco, Elloise

¿Elloise? Hacía tiempo que Lora no oía a nadie llamar a su abuela por su nombre.

–Tratar las pequeñas criaturas de Dios es algo noble –dijo Ella inesperadamente–, pero no sé para qué hizo el pedido de flores para una consulta veterinaria. Bueno, no importa, le darán una nota de color.

Lora agarró su plato de comida y fue a sentarse en un banco. Se le había ido el apetito y tenía la cabeza hecha un lío. ¿Era ella o la conversación era totalmente surrealista? ¿Y Jon? Le lanzó una mirada a hurtadillas y lanzó un suspiro. ¿Por qué tenía que ser tan

guapo? ¿Por qué caminaba de aquella manera y tenía aquella deliciosa sonrisa?

–Es una pena que Jon no quiera quedarse en Fern Glen –dijo el Dr. Reed–. A esta comunidad le vendría bien un hombre como él. Me da pena que se vaya.

Lora deseaba que se fuese cuanto antes. La tenía totalmente confusa. Él se sentó a su lado y los animales los rodearon para mendigar, olisquear y echarse junto a ellos. Mientras los demás volvieron al tema de la huerta, Lora se quedó mirando su sándwich mientras la asaltaban unas tremendas ganas de irse al invernadero para estar sola, lejos de todo y de todos.

–Vi cómo le clavabas los ojos a Víctor –masculló Jon por la comisura de la boca.

Ella se volvió hacia él para mirarlo. Estaba sonriendo. Maldita sonrisa.

–¡Pero bueno! Tienes una imaginación increíble.

–¿Que yo tengo una imaginación increíble? Viniendo de donde viene, creo que es un halago. Por cierto, tu madre es una mujer atractiva, ¿no?

–Sí –dijo Lora, mirándolo para ver si él se había dado cuenta finalmente de su plan.

–Víctor y ella parecen muy interesados en su conversación.

Lora se dio la vuelta. Era verdad. El Dr. Reed y su madre estaban frente a frente, hablando y gesticulando mientras parecían discutir la superioridad de tal cosecha sobre tal otra. ¿Qué le pasaba a su madre? ¿Por qué discutía con el veterinario por un brécol? ¿Discutía con todos los hombres? Se estremeció. ¿Y si su padre no fuese el único culpable de los años de tensión en su casa?

Mientras tanto, el perro más pequeño, Bow Wow, había descubierto lo cariñosa que era Ella y le rondaba las piernas esperando que le diese trocitos de jamón y pavo.

–Tu abuela es adorable –dijo Jon de repente.

–Creo que echa en falta a mi abuelo –la miró Lora sonriente.

–Mi padre nunca se recuperó de la pérdida de mi madre –dijo Jon–. Algunas parejas parecen hechas para compartir su vida juntas, ¿no?

–¿Estás pensando en Trina y tú?

–¿Estás pensando en Víctor y tú?

–¿No te das por vencido nunca?

–¿Yo?

–Lo cierto es que creo que Ella se podría volver a enamorar.

–¿Tienes a alguien en mente?

–Hay un hombre muy pulcro que le compra flores todos los lunes por la tarde. Creo que mi abuela le gusta, pero ella dice que tiene demasiadas pecas en la calva. Y hay otro señor que mira por el escaparate cuando va a la panadería.

–¿Crees que lo hace porque tu abuela le gusta?

–Por eso o Ella ha decidido que debería salir con un bibliotecario retirado de setenta años de edad y a quien busca con la mirada es a mí.

–Te gustan los hombres mayores, ¿verdad?

–¡Basta! –dijo ella, frunciendo el ceño.

–Entonces, ¿qué hay de nuestra súper cita?

–La semana próxima, entras a la tienda… –se encogió ella de hombros.

–¿Y qué te parece ahora? Están todos aquí. ¿O no quieres que Víctor se entere de que sales conmigo?

–No salgo contigo.

–Que simulas salir conmigo, entonces.

–Me da igual que el Dr. Reed lo sepa.

–De acuerdo –dijo él y agarrando uno de sus rizos, se lo enroscó en el dedo.

–¿Qué haces? –susurró ella.

–Montando la escenografía. Simulo estar enamorado.

–Pues, ¡basta! –dijo ella, intentando apartarse.

–Venga, quizá Víctor se ponga celoso. Eso te gustaría, ¿no?

–Jon, estoy dispuesta a echarte un vaso de limonada encima.

–Venga, ¿no te hizo pensar el besito de anoche? A mí, sí –sin esperar una respuesta, le plantó un beso en los labios.

Por el rabillo del ojo Lora vio cómo los que estaban sentados en el patio los miraban de hito en hito y se ruborizó.

«¡No es lo que creéis!», quiso gritarles.

–Iré a buscar… más pan –tartamudeó, alejándose de Jon y de sus ojos burlones.

–¡Cuernos! –murmuró al entrar a la casa, frotándose los labios con el dorso de la mano mientras intentaba recordar qué era lo que había ido a buscar.

Jon acababa de ponerla en evidencia. El juego había empezado.

Agarró las llaves del coche y se marchó.

Jon acarició suavemente las orejas manchadas de su paciente, una dulce gatita tricolor de ojos verdes y un enorme vientre redondo.

–Es de la calle –explicó la dueña, una morena de estupenda figura–. Mi esposo insiste en darle de comer. Parece que tiene un tumor. Debería acabar con su sufrimiento.

–No tiene un tumor –explicó Jon con paciencia–, es una hembra y está preñada –miró los dientes del animalito–. Es muy joven, ni siquiera tiene un año.

La gata se frotó contra su dedo. Tenía una carita preciosa, con bigotes blancos.

–¿Gatitos? –gimió la mujer–. ¿Cuántos?

–No lo sé –dijo Jon. La gata ronroneó y le lamió la mano–, pero diría que falta poco para el parto. Veamos… la gestación de un gato es de unas nueve semanas. ¿Recuerda cuando comenzó a estar rara? ¿O cuando los pezoncillos se le pusieron rojos?

–¡No la miro nunca! –lo interrumpió la mujer–. Le he dicho que es una gata de la calle.

–De acuerdo. Bueno, le recomiendo que se la lleve a casa y que prepare una caja con papel de periódico limpio. Después del parto, destruya la caja y prepare una nueva…

–No quiero gatitos –dijo la mujer–. Es de la calle, le digo. Tampoco quiero a la gata.

Jon se dio cuenta de que ella ni siquiera la había tocado desde que él la había sacado de la cesta en que la llevaba. La morena retrocedió.

–Pero su esposo…

–No quiero gatos. Désela a alguien.

–Le sorprendería saber qué poca gente quiere una gata de la calle preñada –sonrió.

–Me da igual. No quiero gatitos –dijo ella y se dio la vuelta, marchándose.

Jon esperó un segundo a que volviese, arrepentida, pero esperó en vano. Finalmente, apretando a la gata contra su pecho, salió de la salita. Connie, la ayudante, lo miró.

–La señora Pullman se marchó corriendo –dijo–. ¿Qué pasa?

–Parece que le dio un patatús. Búscale un sitio caliente y agradable atrás, ¿quieres? –le dijo, entregándole la tricolor–. Y luego a ver si localizas al señor Pullman.

Connie se la llevó y Jon volvió a la salita de reconocimiento, agarró la ficha y abrió la puerta que daba a la larga estancia a la que daban las tres salas de reconocimiento y se que utilizaba como laboratorio. De allí salía otra puerta que daba al quirófano, pero él se dirigió al despacho de Víctor, pasando por encima de bolsas de pienso para animales y montones de otras cosas típicas de una clínica veterinaria.

Era un sitio agradable, con personal competente al que le gustaban los animales, situado en una calle tranquila y con bastante terreno como para ampliarlo. Tenía potencial, a juzgar por la cantidad de casas que se estaban construyendo en el pueblo. Necesitaba una remodelación, pero tenía muchas posibilidades. Sin embargo, Víctor estaba a punto de retirarse y seguro que por eso no invertía en la clínica.

Hizo unas anotaciones en la ficha de los Pullman, miró su horario y vio que tenía el resto de la tarde libre, aunque ya eran las cinco.

–Acaba de llegar esto. No tienen tarjeta pero han dicho que tú sabías de qué se trataba. ¿Qué quieres hacer con ellas? –preguntó Connie, con un ramo en los brazos.

Jon lanzó una carcajada. Parecía que su entrega mensual de flores había comenzado.

–Llévatelas a casa y disfrútalas.

–¡Hala! ¿De veras? Oye, he llamado al señor Pullman pero no estaba en su casa y llamé a su negocio. Me dijeron que estaba de viaje y volvería a finales de la semana.

–¿Negocio? ¿Tienen algún tipo de tienda? –dijo Jon, conteniendo un suspiro.

–Son los dueños de la tienda de vinos de la plaza. ¿Qué quieres que haga?

–Nada. Supongo que tendremos que esperar hasta que el marido vuelva a su casa o su esposa recobre la razón. Me pasaré por la tienda a hablar con ella –dijo, recordando vagamente que la tienda se hallaba a dos o tres portales de la floristería de Lora.

–No esperes demasiado –dijo Connie, y su respiración hizo moverse un helecho. Un helecho que Lora había puesto en aquel arreglo, tocado con sus dedos–. Esa gatita está a punto de explotar –advirtió.

¿Qué pasaba con él?, pensó Jon. Se moría de ganas de ver a Lora. Ella se había colado a hurtadillas en su vida sin que se diese

casi cuenta, hasta había conseguido que la besase frente a todo el mundo. De acuerdo, la idea había sido suya. Pensó pagarle con su misma moneda. Y si le había salido el tiro por la culata, era culpa suya solamente. ¿Cómo iba a ocurrírsele que un segundo beso le causaría aquel deseo ardiente de besarla otra vez? Quiso desconcertarla frente a Víctor y que Víctor creyese que estaba loco por aquella farsante. Le pareció la forma más expeditiva de protegerlo. Luego, cuando Lora se marchó como si la persiguiesen mil demonios y la sonrisa del veterinario indicó que los había visto besarse, Jon se sintió como un idiota.

No tenía ninguna gana de ir a la casa de Víctor. Lo que tenía que hacer era salir a correr para tranquilizarse. Se puso zapatillas de deporte y agarró una chaqueta, contento de marcharse.

El porsche devoró los kilómetros hasta Clam Beach. Aparcó junto a un camión y cerró el coche. La caminata por las dunas fue un placer y luego, cuando llegó a la arena firme de la playa, corrió a buen paso por la orilla hasta que le cortó el paso un arroyo que desembocaba en el mar, obligándolo a darse la vuelta y volver por donde había ido.

Caía la tarde y se quedó viendo la rompiente un rato mientras se enfriaba, disfrutando del constante movimiento del océano. La brisa levantaba espuma y algas y las arrastraba por la arena. A lo lejos vio a un perro negro que jugaba con alguien y deseó tener uno, pero no podía porque en el piso donde vivía no permitían tener animales. Quizá debería mudarse a una casa con jardín. ¿Podría conseguir una casa con jardín en Beverly Hills que estuviese dentro de sus posibilidades?

Sin embargo, en el norte era así. Una persona en la playa además de él, y un perro. Unas docenas de gaviotas. Todo era tan… austero. Donde él vivía, la playa habría estado a rebosar de gente yendo y viniendo, mirando el mar, haciendo súrfing, corriendo por la orilla. Pero allí, con menos población, la playa casi estaba vacía.

Comenzó la caminata por las dunas con una nueva inquietud en el pecho, difícil de nombrar o, como sospechaba, domar. Todo aquello era hermoso. Frío, ventoso, austero a veces… y solitario.

Recordó lo que Lora le había dicho: que Trina odiaría aquello, que la humedad le encresparía el pelo. Sonriendo, trató de imaginarla con el pelo encrespado. Siempre estaba perfecta, con su melena platino lacia y suave. Ella decía que se podría encontrar con un director de cine. Supuso que, a pesar de los comentarios de Lora,

Trina se pondría un pañuelo y se las arreglaría de alguna manera. Decidió llamarla cuando llegase a casa de Víctor y decirle que tomase el avión y fuese a verlo. Todavía tenía su apartamento, podría quedarse allí. ¡Demonios, podría dejar de cuidar a Víctor y quedarse con ella! Hacer una fogata en la playa, abrazarse junto a las brasas, caminar de la mano por la arena. Quizá consiguiese librarse de la sensación corrosiva que tenía en la tripa. Y quizá lograse dejar de pensar en Lora Gifford.

Cuando volvió al aparcamiento, vio que junto al viejo camión había un hombre de aproximadamente su edad, de aspecto descuidado. Llevaba el pelo rubio largo, barba de varios días y ropa gastada y amplia, que parecía heredada de alguien más corpulento que él. A su lado había un terrier negro y café de brillante pelaje y saludable aspecto que retrocedía cada vez que su dueño intentaba aproximarse a él.

–¿Algún problema? –preguntó Jon, acercándose lentamente.

–Bill se ha clavado algo en la pata, pero no deja que se lo saque –dijo el hombre en voz tan baja que Jon tuvo que hacer un esfuerzo por comprenderlo.

–Se me dan bastante bien los perros. ¿Quieres que lo intente yo?

–No sé…

–Soy veterinario –añadió Jon.

El hombre le lanzó una rápida mirada.

–Te agradecería que me ayudases –dijo, tímidamente.

–¿Qué te pasa, Bill –preguntó Jon, acercándose al perro con movimientos deliberadamente lentos para no asustarlo. Le acarició la suave cabeza–, tienes una espina? –canturreó, deslizando la mano por la piel hasta llegar a la pata buena. El perro se quedó tranquilo. Siguió hablándole mientras le acariciaba el pecho y llevó la mano lentamente hacia la patita herida. El perro, con una mirada de resignación, dejó que se la agarrase y la diese la vuelta–. ¿Tienes una linterna? –le susurró al dueño.

–No, tenía una, pero…

Jon le dio las llaves del coche al extraño.

–Tráeme la caja negra del maletero. Muévete despacio y que Bill te pueda ver.

El hombre le obedeció y el perro lo siguió con la mirada, dejando que Jon le sujetase la pata. Cuando éste abrió la caja y sacó la linterna, iluminándolo con ella, vieron un fragmento de vidrio clavado en la almohadilla. En pocos segundos, con la ayuda del

dueño del perro, Jon había sacado el cristal y desinfectado la zona.

Bill le lamió la cara, entusiasmado.

–Le gustas –dijo el hombre.

–Es un perro genial. Me llamo Jon Woods, por cierto. Estoy sustituyendo a Víctor Reed en la Clínica para Animales.

–Nolan Wylie –dijo el hombre, mirando el suelo–. El Dr. Woods le puso a Bill la vacuna contra la rabia el año pasado. Era el socio del Dr. Reed. Creo que murió.

–Era mi padre –dijo Jon.

–Lo siento mucho –dijo Nolan, asintiendo con la cabeza solemnemente–. ¿Cuánto te debo por lo de hoy?

–No me debes nada –dijo Jon–. Me alegro de haber podido ser de ayuda.

–Vivo aquí cerca –dijo–. Si quieres, vente a casa. Hago mi propia cerveza.

Jon, al pensar en la casa de Víctor y en Lora, que seguramente estaría cocinando algo delicioso, con su pelo suelto sobre los hombros, decidió que una cerveza era una buena idea y la compañía de un hombre de su edad, aunque fuese un hombre tímido que parecía necesitar una buena ducha y una visita al barbero, mucho mejor.

Por una noche, que Víctor se defendiese solito de Lora.

–De acuerdo –dijo.

## Capítulo 5

Dos horas más tarde, Jon entraba en casa de Víctor. Todavía era temprano, tenía hambre y la idea de ver a Lora no le causaba tanto miedo como antes. En realidad, pensar en ello le causaba ilusión. Deseaba hablarle de Nolan y Bill y la vieja casa que estaba arreglando aquel tímido hombre, de las coloridas flores que lo cubrían todo y que brotaban de cualquier recipiente lo bastante grande como para contener tierra, de los libros sobre flores silvestres, que cubrían casi una pared entera y de las exquisitas acuarelas que pintaba y vendía en los mercadillos de los sábados para comprar clavos, pintura y pienso para el perro.

A ella le gustarían los detalles, pensó. Encontraría estrafalaria y encantadora la forma en que Nolan estructuraba su desestructurada vida, al menos eso creía él.

A pesar de que la furgoneta estaba aparcada frente a la casa, no había nadie dentro, excepto los animales, que lo saludaron como siempre. Recorrió todas las habitaciones hasta llegar al garaje, donde encendió la luz: faltaba el coche blanco de Víctor.

Jon se sintió desilusionado y un poco alarmado. ¿Habría tenido una recaída Víctor? ¿Lo habría llevado al hospital?

Volviendo a la cocina, encendió todas las luces. Finalmente encontró una nota escrita a mano pegada al refrigerador con un imán: «El encierro me está volviendo loco. Lora ha propuesto ir al centro comercial. Tenemos a Bow Wow. No nos esperes levantado».

¿El centro comercial? ¿Qué hacía un hombre con muletas en el centro comercial? ¿A quién se le ocurría llevarlo en esas condiciones con un perro al centro comercial?

Ni siquiera sabía si a Lora le gustaba hacer compras. Trina vivía para hacer compras, ¿pero, Lora?

Sintiéndose un poco desilusionado y totalmente desconcertado, sacó su teléfono móvil y llamó a Trina. Ella le respondió a la primera, su voz perfectamente modulada llena de ilusión. Cuando logró superar la decepción de que él no fuese un director de cásting, pareció feliz de hablar con él.

El martes, Lora conoció a Arthur Polanski en la tintorería. Había ido a recoger unos jerséis de su abuela y él trabajaba tras el mostrador. Era un hombre corpulento y rubicundo que estaría por los ochenta. Dijo que trabajaba media jornada para su hijo, que era el dueño de la tienda. También le dijo que acababa de mudarse a Fern Glen para estar cerca de la familia de éste e insinuó que se encontraba un poco solo.

«Yo tengo la cura para ello», pensó Lora mientras rebuscaba en su bolso hasta encontrar una tarjeta de la floristería Lora Dunes. En el revés, escribió: «Ella».

–Traiga esta tarjeta a la floristería el viernes por la tarde –dijo, dándosela con un floreo–, y recibirá un clavel gratis. Es una campaña de promoción, pero no tiene nada que perder. Pregunte por Ella –le mostró el revés de la tarjeta.

Arthur tenía una agradable sonrisa y casi todos los dientes. Además, no era calvo. Le hizo una rebaja de un dólar en la cuenta, lo cual era muy caballeroso, pensó Lora.

La idea se le había ocurrido la noche anterior mientras empujaba la silla de ruedas del Dr. Reed por el concurrido centro comercial. Acababa de recoger un pedido de tarjetas de la imprenta cuando vio a un anciano comprándose un helado.

«Qué desperdicio», pensó, «está solo y Ella está sola… ¿cómo podría lograr juntarlos?»

Allí mismo comenzó la campaña que tenía un clavel como gancho y a Ella de premio gordo. De puro simple que era, el plan resultaba ingenioso. Si el hombre estaba casado o comprometido, recibía un clavel gratis y la tienda un poco de publicidad por un coste mínimo. Si estaba solo y él y la viejecita con su halo de cabello blanco y sus brillantes ojos azules se gustaban, quizá sonasen campanas de boda dos veces. ¡Una vez para el Dr. Reed y su madre y otra para Ella y El Afortunado Soltero Número X! Pero no para Lora.

Había entregado más de una docena de tarjetas antes de salir del centro comercial. No estaba segura del número porque no sabía dónde había dejado la bolsa con la caja de las tarjetas. Quizá estuviese en el maletero del Dr. Reed, o en algún sitio del abarrotado comedor que nadie usaba para comer, pero por suerte le quedaban algunas en la tienda, así que podía proseguir con su plan.

En la puerta de la tienda se topó con un desconocido alto y

proporcionado.

–Casi habíamos perdido la esperanza de que vinieses –dijo la madre de Lora, acercándose y quitándole la ropa de los brazos. Le arregló el despeinado cabello y enderezó el cuello del abrigo azul que llevaba–. Éste es Michael Goodwin, el encantador dueño de la peluquería de hombres de enfrente. Ha venido a comprar unas flores para su tía, ¿no es cierto, Michael?

Michael esbozó una sonrisa de lado que le dio una expresión sincera y agradable a la vez. Si Lora hubiese estado interesada en conocer a alguien, seguro que le habría gustado, pero en aquel momento, no. Lo único que quería era escaparse.

–Tu madre me ha estado hablando de ti –dijo Michael.

–No le creas ni una palabra de lo que dice.

–Deja de tomarle el pelo a Michael –dijo Ángela con una risilla, dándole un codazo–, y ayúdale a elegir las flores para su madre.

–Querrás decir su tía –dijo Lora secamente.

–En realidad, pensaba que podía elegir un ramo para mi novia –dijo Michael–. Amarillas.

Ángela emitió una ahogada exclamación.

–Yo me ocupo, mamá –dijo Lora, riéndose por dentro, aunque un poco preocupada porque su madre había intentado presentarle al peluquero a pesar de haber visto a Jon besarla en el jardín del Dr. Reed–. Ven, tenemos unos tulipanes preciosos –le dijo a Michael, llevándolo a la cámara para que los eligiese.

–No sabía que tenía novia –protestó Ángela cuando Michael se hubo marchado con una docena de tulipanes–. No me lo dijo, de verdad. ¿Me perdonas?

–¿Cuántas veces tengo que decirte que no estoy interesada… –dijo Lora, comenzando un arreglo con un anthurium.

–… en hombres que no tienen intención de sentar cabeza? –la interrumpió Ángela–, pero Michael tiene su propia tienda…

–… y novia –acabó Lora, avergonzada al darse cuenta de lo impaciente que estaba. ¡Su madre no aprendería nunca!

¿Dónde estaba Jon? Le había hecho una llamada de auxilio y él le aseguró que iría a verla a la hora de la comida. La noche anterior no había ido a cenar y estaba en su cuarto cuando ella llegó con el Dr. Reed. Más tarde, al irse a la cama, oyó su voz y supuso que estaría ayudando al Dr. Reed con sus abluciones nocturnas.

¿La estaba evitando? ¿Se debía ello a su impulsivo beso, y si así era, se debía a que ella era nuevamente dueña de la situación? Una cosa era perder la calma por la situación y otra totalmente distinta era que él la perdiese.

¿Cuándo se había complicado todo tanto?

–No te preocupes, cariño –dijo su madre, dándole palmaditas en la mano–. Hay muchos hombres en el mundo. Ella y yo te encontraremos algo. Creo que tu abuela tiene razón, que ese Jon Woods es demasiado guapo.

–¿Dónde está Ella?

–Alguien la llamó por teléfono de la iglesia, así que está haciendo unos recados. Tu padre decía que nunca se podía confiar en un hombre guapo y, según Víctor, Jon sale con una estrella de cine, así que seguramente que Ella tiene razón, es un mujeriego.

¡Socorro!

Como si la hubiese oído, la campanilla de la puerta sonó y Lora levantó la vista justo a tiempo para ver a Jon entrar, con el cabello salpicado por la lluvia. Tan preocupada estaba que ni se había dado cuenta de que había comenzado a llover.

¡Qué guapo estaba con las gotas de lluvia brillándole en el pelo! Se lo imaginó en la ducha, el agua corriéndole por el rostro, pidiéndole a ella que le frotase la espalda. Por supuesto, eso significaba que ella tendría que desvestirse y meterse en la ducha para enjabonarle la espalda y recorrerle los músculos con las manos…

–¿Quieres que me libre de él, Lora? –preguntó su madre.

–No, no. No sé de dónde has sacado que no me gusta Jon, mamá. Es un hombre encantador. Sé que tiene novia, sólo somos… amigos.

–Si sólo quiere que seáis amigos, entonces, ¿por qué te besó?

–Es… es complicado –dijo Lora–. Iré a ver lo que quiere.

Se acercó a Jon pensando en el nuevo problema que tenía: su madre creía que él la estaba engañando y lo único que él sabía era que ella lo había llamado y le había pedido que se diese prisa en ir a la tienda y besarla delante de su madre. Él se le acercó y ella esquivó su beso.

–No tengo demasiado tiempo –le susurró él al oído.

Su cálido aliento haciéndole cosquillas en el lóbulo hizo que se le acelerasen los latidos del corazón. Se debía a la fantasía que había tenido antes, nada más.

–Tengo tres operaciones esta tarde.

–Cambio de planes –susurró ella–. Mi madre cree que estás engañando a Trina.

Oyó cómo él contenía el aliento.

–¿Cómo sabe lo de Trina? –preguntó finalmente.

–Se lo dijo el Dr. Reed. Vuelves a ser tildado de mujeriego.

–¿Qué?

–El beso del otro día fue un tremendo error.

–Pensé…

–Pensaste que si me besabas delante de Víctor, él dejaría de pensar en mí y mi plan de echarle el lazo se vendría abajo, ¿verdad?

–Algo por el estilo.

–Excepto que él nunca ha pensado en mí y yo nunca e intentado echarle el lazo.

La tomó por los hombros y la miró. Sus ojos eran profundos, oscuros y cálidos.

–Salgamos luego y discutamos esto como dos amigos. ¿Te parece?

–Sí, por supuesto –le dijo. Su tono sincero le había llegado al corazón.

Él dejó caer las manos, saludó a su madre con una cabezadita y se marchó.

Lora volvió al arreglo floral.

–No es demasiado romántico –criticó su madre.

«Eso es lo que tú crees», pensó Lora, con un hormigueo donde él había apoyado sus manos.

–Hace rato que ha dejado de llover. Vamos a dar un paseo –dijo Jon aquella noche cuando Lora acomodaba al Dr. Reed en su silla favorita con Bow Wow y uno de los dos perrazos echados a sus pies en la alfombra. El más pequeño de los perros los miraba expectante desde la puerta con la correa en la boca.

–Sunny ha oído la palabra que empieza por «p» –dijo el Dr. Reed–. Supongo que la llevaréis cuando salgáis a caminar.

–¿Está seguro de que estará bien solo un rato?

–Claro que sí. Ponen una buena película. Acércame un poco el teléfono y dame el mando de la tele. Iros tranquilos.

Jon, que había insistido en lavar los platos solo, le puso la correa

a Sunny. Anduvieron por la acera un rato, pero la casa del Dr. Reed estaba en una zona semi rural y al poco rato la acera se convirtió en un sendero a la vera de la carretera. Luego, hasta eso desapareció. Pasaron por encima de un valla de troncos y Jon le quitó la correa a la perrita para que fuese a jugar. Se marchó feliz, el rabo flameando como una bandera.

–Qué bonito solar –dijo Lora, admirando la ladera cubierta de hierba que bajaba hasta un arroyo y la exuberante vegetación que bordeaba el perímetro norte. Rododendros color rosa pálido se asomaban entre el follaje y la vista hacia el sur era del océano.

–Es mío –dijo Jon, inclinándose a enderezar un cartel que ponía «Se vende».

–¿Por qué tienes un terreno en Fern Glen?

Él apoyó el cartel contra la valla y se subió al tronco superior.

–Era de mi padre. Creo que lo compró con intención de construirse una casa cerca de Víctor, pero se murió antes de hacerlo. Y yo lo he heredado.

–Es hermoso –dijo Lora, mirando a su alrededor. Se sentó a su lado.

–Tienes razón, es bonito –después de una pausa, añadió–: Tranquilo. Solitario. Remoto.

–Hablas de esas cosas como si fuesen inconvenientes, pero no lo son.

–Lora, dime la verdad –dijo él, girándose hacia ella–. ¿Nunca te hartas de tanta paz? Lo único que se oye en este momento es el sonido de nuestras voces.

–Y el perro chapoteando en el arroyo y el piar de los pájaros y el océano lejano y el zumbido de los insectos…

–Exacto. Nada –la miró a los ojos–. Nunca te gustaría perderte en una multitud o que te empujen al andar por el paseo marítimo u oír a la gente de una fiesta gritando, o las bocinas de los coches… ¡vida!

–¡Qué va! –exclamó ella, horrorizada.

–Pues, a mí sí –dijo él, poniéndose de pie y comenzando a caminar.

Ella se puso de pie también y se limpió el fondillo del pantalón. Había supuesto que hablarían, pero no de aquello.

–Tienes suerte de vivir en el sur de California, entonces.

–¡Desde luego! –dijo él, volviéndose a mirarla. Su expresión era inescrutable. ¿Le resultaba tan difícil vivir en Fern Glen?

–Jon, ¿qué te pasa?

Él apartó la vista. Se inclinó a arrancar una flor silvestre y la giró entre los dedos.

–Anoche llamé a Trina –dijo finalmente–. La llamé cuando descubrí que no estabais.

–Víctor me dijo que estaba volviéndose loco, que las paredes lo ahogaban.

–Y lo llevaste a un centro comercial. Una elección interesante.

Su tono la puso furiosa. ¿Qué le pasaba? Era un desconfiado.

–El centro comercial es ideal para encontrar anillos de compromiso, ¿sabes? –dijo, decidiendo no decirle que había querido ir a la imprenta y Víctor necesitaba comprarse una bata nueva–. Hasta hay una tienda para novias por si él no pilla la indirecta y realmente quieres que se dé cuenta. Y si necesitas dorarle un poco la píldora, hay una tienda de lencería que rebosa de pícaras braguitas de seda.

–Eres incorregible –dijo él, dejando caer la flor.

–¿Yo? Tú eres el hombre más exasperante del mundo. Nunca sé dónde estoy contigo.

–¡Eres increíble! No puedo creer que hayas tenido la cara dura de decirme que soy exasperante. Me parece que voy a…

–¿Qué, besarme otra vez?

–Sí –dijo él y, como de común acuerdo, se echaron el uno en los brazos del otro.

Su encontronazo tendría que haber sido doloroso, pero Lora hubiese jurado que oía música. Se fundió en sus brazos y su boca se unió a la de él en un beso profundo y largo. Disfrutó de cada sensación, de su aroma, su sabor, su fuerza y su deseo. Cuando sintió que la lengua de él se ponía en contacto con la suya, le cedieron las rodillas. Él la bajó hasta la alta hierba sin dejar de devorar sus labios y ella no hizo nada por acabar el beso que le había atrapado el corazón como a un mosquito el ámbar. ¿Cómo acabaron echados uno junto al otro en la hierba húmeda con la mano de él metida por debajo de su chaqueta hasta encontrar su piel desnuda? Él rodó para ponerse encima de ella sujetándola con su cuerpo. Le enmarcó el rostro con las manos y la miró a los ojos con una dulce expresión que ella no había visto en su vida, luego agachó la cabeza y la volvió a besar con infinita ternura. Podría perderse, se dio cuenta de ello cuando el calor de la boca masculina la convirtió en un flan. Perderse para siempre… Giró el rostro y

cuando él le llenó el cuello de besos húmedos y sensuales, y susurró una sola palabra:

–No.

Sus ojos se unieron y vio una expresión de comprensión en las pupilas masculinas.

–Jon, piensa en Trina.

Él rodó hacia un costado y se quedó junto a ella, con la respiración entrecortada.

–La llamé anoche –dijo, cuando logró recuperar el aliento.

–Ya me lo has dicho.

–No puede venir a visitarme. No quiere.

De repente, con terrible dolor, comprendió. Él estaba mortificado porque Trina se había negado a ir a verlo. Aunque no se diese cuenta de ello, la estaba utilizando a ella para aliviar su pena. Quizá también para vengarse de Trina.

–Qué pena –dijo, sentándose y abrazándose las rodillas.

Él también se sentó. Le apartó el pelo y la besó en la nuca. Lora sintió que un estremecimiento la recorría entera y tuvo que contenerse para no apoyarse contra él.

–No quiero dejar a Víctor solo demasiado tiempo.

–Eres hermosa –dijo él, soltándole el pelo–, pero mucho más…

–Basta –le dijo ella, girándose hacia él–. Jon, esto está mal.

–No parece que esté mal –le tocó la mejilla, causándole más estremecimientos.

–Pero lo está.

–Me parece que a Trina le da igual –dijo él, recorriéndole el cuello con los dedos, jugando con el cuello de su camisa–. No creo que nunca le haya importado.

Lora deseó que aquella caricia siguiese bajando por su cuerpo.

–A mí me parece mal –dijo, agarrando con firmeza aquella mano para apartarla de sí–. Calvin se marchó en busca de fortuna a Chicago y yo sigo aquí. No quiero pasar por lo mismo con otro hombre. Tú estás molesto con Trina, pero ella es parte de tu vida normal. Pronto te irás a casa y las cosas volverán a su cauce, pero yo seguiré aquí.

–No estás detrás de Víctor Reed –dijo él, sin preguntárselo.

–No –dijo ella.

–Entonces, ¿por qué…

–Quería saber cómo era. Me pareció que mi madre y él podrían llevarse bien, pero quería conocerlo más. Luego, cuando él

mencionó que conocía a mi padre, me sentí un poco triste, supongo, porque mi padre llevaba tiempo distanciándose de nosotras, pero cuando decidió marcharse… ¡catapún! Se fue de golpe. Ahora hablo con él una vez al mes o así. Parece feliz, lo cual me tendría que alegrar, pero… cuando hablé con él el domingo por la noche, mencionó una nueva novia, que no podría hablar conmigo durante un tiempo. Me enfadé con él y me dijo que no comprendía. Tiene razón.

–Lo echas de menos –dijo Jon–. Yo también echo de menos al mío.

Lora se quedó pensando. Sí, tenía razón. Echaba de menos a su padre. ¿Por qué se habría marchado? ¿Por qué la apartaba de él? ¿Hacían lo mismo otros hombres a las mujeres que los querían, fuesen esposas, hijas… novias?

–Creo –dijo, dándose cuenta de repente de ello–, que cuando se presentó la oportunidad de pasar un poco de tiempo con el Dr. Reed, la aproveché. Me gustó desde el principio, sabes. Es tan… pues, agradable.

–Como un padre. Así que lo que intentas es emparejarlo con tu madre. ¿Lo sabe ella?

–No.

–Y ella te busca pareja a ti.

–Lo intenta. Lo único que pretendía de ti era un romance ficticio para que me dejasen en paz mientras les encontraba pareja a ellas y así poder trabajar en mi invernadero.

–¿Qué es lo que haces en ese misterioso invernadero?

–Es sencillo. Intento asegurar nuestro futuro. Y tú no has dejado de amar a Trina porque ella no pueda venir a verte.

Jon se puso de pie y le ofreció la mano para tirar de ella. Lora comenzó a caminar, sus emociones eran un torbellino. Una renovada sensación de pérdida por su padre y Calvin, la confusión que le causaba Jon y los celos que tenía de Trina se entremezclaban con una inquietud que no podía siquiera definir.

–¿Lora? –dijo él, tomándola del brazo cuando casi habían llegado a la casa–. Me gustó besarte. Si amase a Trina, ¿crees que me habría gustado?

–No lo sé –dijo ella, sin reconocer que también le había gustado el beso. A decir verdad, mucho más que gustar, y, sin embargo, le causaba inquietud también.

–Creo que ambos estamos en una encrucijada –dijo–. Están

pasando muchas cosas. Ese beso no fue real, fue la consecuencia de todo lo demás.

No pareció convencerlo, pero ella sentía que ella lo tenía más claro que él en aquel momento. No se trataba de que no quisiese a Trina, sino de que ella le había hecho daño y Lora no estaba dispuesta a servirle de paño de lágrimas.

–Deja que piensen que he roto con Trina –dijo Jon–, y que nosotros estamos saliendo. A Víctor no le gusta Trina –añadió–, por más que no la conoce, así que le dará igual y dentro de un mes me habré ido y se habrá acabado todo. No ha cambiado nada.

Pero a Lora le parecía que todo había cambiado.

–Lo pensaré –dijo–. Ya que Víctor y tú os lleváis tan bien, debería hacer la maleta y volverme a casa. Tengo trabajo que hacer en el invernadero.

–No te vayas –le dijo Jon–. Si mi presencia te incomoda, me marcharé yo.

–Él te necesita –dijo ella, pensando en cómo el veterinario se apoyaba en él. No quería ni pensar en cómo estaría la casa sin Jon.

–También te necesita a ti –dijo éste–. Por más que yo lo ayude físicamente, tú lo haces con tus platos y tu risa… tú ayudas a su corazón.

Nunca le habían dicho algo tan bonito. Lo miró a los ojos y sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

–Además, ¿qué hay de tu madre? –prosiguió él–. ¿Y el peluquero de enfrente?

Lora sabía que el peluquero estaba fuera de circulación, pero, ¿Y el siguiente desventurado que encontrasen su madre y su abuela?

–De acuerdo, de acuerdo –dijo–, tienes razón. Pero te lo advierto: para que funcione tendrás que volver a ganarte su confianza. Buena suerte.

–Me vendrá bien –dijo él, mirando tras ella–. Oye, no es ése…

Lora se dio la vuelta y vio un coche verde aparcado en la entrada.

–¿El coche de mi madre? Sí, lo es.

De repente, recordó que el Dr. Reed había insistido en que le alcanzasen el teléfono antes de marcharse. ¿Habría llamado él a su madre? ¿Había surgido el romance? ¡Ojalá que fuese recíproco!

# Capítulo 6

Tómame la mano e intenta no discutir conmigo –le dijo Jon al abrir la puerta. –¿Qué vas a hacer? –susurró ella.

–No lo sé. Pensaré algo. Tú, sígueme.

–Pero…

–¡Otra vez! –dijo él, exasperado–. No lo puedes evitar, ¿verdad?

En aquel momento, Sunny, impaciente por lo que tardaban en entrar, pasó entre ellos, empujó la puerta y se dio de bruces contra Hobo, uno de los perros grandes que estaba del otro lado. Los dos comenzaron a correr, tiraron a Lora al suelo y salieron corriendo y jugando por el pasillo.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó Jon, ayudándola a levantarse.

–¡Abajo, deja de sacudirte! –se oyeron las órdenes de Víctor en el estudio, mezcladas con ladridos y un par de chillidos femeninos.

–Estoy bien –dijo Lora, renqueando por el pasillo–. Rápido, salvemos a mamá y Víctor.

Cuando llegaron al estudio, Sunny había pasado como un terremoto: había huellas de barro en la alfombra y en la pantalla del televisor, páginas de periódico desperdigadas por el suelo y una planta caída. Ángela estaba en una esquina, con su falda color amarillo pálido manchada con huellas de sus patitas, Víctor tenía a Sunny agarrada de la correa y Ella se había pertrechado en el sillón de orejas con los gatos. Bow Wow ladraba excitado y Hobo le hacía coro con su voz más profunda.

Jon consiguió llevarse a Sunny y a Hobo al patio trasero y volvió al estudio. Ángela se frotaba la falda con un pañuelo, seguramente de Víctor, Lora le enderezaba la manta a Víctor y Bow Wow se había acomodado en su cama.

–No te preocupes –le dijo Víctor a Lora.

–Lo siento –dijo ésta.

–Ya sé que Sunny es boba, cariño –dijo Víctor, dándole una palmadita en la mano y lanzándole una mirada tan paternal que Jon se preguntó cómo había podido pensar que hubiese algo entre ellos–, y Hobo no le va a la zaga. Los dos son torpísimos. Ángela, te

pagaré la cuenta del tinte. Elloise, ¿qué tal estás con los gatos?

Jon miró a la anciana: los tres gatos se habían trepados encima de la rechoncha mujercita. El negro estaba subido a su respaldo, el manchado en el brazo del sillón y el blanco en su regazo. Ella acariciaba a Frosty y sonreía.

–¡Qué lío! Esto es un zoo, Víctor, un verdadero zoo. Pero este gato es adorable.

Jon se dio cuenta de que Lora seguía renqueando y la hizo sentarse en el sofá.

–Dame el pie –le dijo suavemente, arrodillándose frente a ella.

Después de un instante de duda, ella levantó la pierna y le apoyó el pie en las manos. Él le quitó el zapato y el calcetín. Un bonito pie, pero, ¡hala! ¡Se había pintado las uñas de un color verde estridente. Se las quedó mirando boquiabierto y ella movió los dedos, sonriendo a pesar de su dolor cuando él levantó los ojos hasta los suyos. Se concentró en palparle suavemente el tobillo, de delicados huesos.

–No soy ninguno de tus gatos ni tus perros –dijo Lora.

–La anatomía es la anatomía, y un hueso roto es un hueso roto –le dijo él–, pero, gracias a Dios, sólo te has torcido el tobillo. Te traeré un poco de hielo.

–¿Está seguro de que no le pasa nada? –preguntó la madre de Lora, acercándose.

–Sí –dijo Jon, poniéndose de pie.

–Estupendo, porque tiene una cita más tarde. Lora, mira qué bien: ¡el peluquero tiene un hermano! Vende zapatos y le encanta Fern Glen. Acabo de arreglarlo todo.

La expresión divertida de Lora se trocó en desesperación. Jon pensó un segundo en dejar que se las arreglase sola, pero tenía buen corazón y había prometido ayudarla.

–Está bien, pero no tanto como para salir –dijo con firmeza.

–Ronald y ella pueden mirar la tele.

–Necesita reposo total –dijo él–. Tomarse dos aspirinas e irse a la cama.

–Lora es quien tiene que decidirlo –dijo la señora Gifford.

–Desde luego –dijo Jon amablemente.

–Creo que tiene razón, mamá. Estaré más cómoda aquí. En mi cama, quiero decir. Sola.

–¿Y si llamo a Ronald y le digo que mañana por la noche? –sonrió Ángela Gifford.

–¡Por el amor de Dios, Ángela! –se oyó tras el característico carraspeo–. ¿No ves que estos dos están liados? –dijo la abuela, que añadió–: ¿No tengo razón, chicos?

Lora se mordió los labios y asintió con la cabeza.

–Es verdad –dijo Jon, inclinándose para rozarle los labios con los suyos. Luego, casi sin darse cuenta, la besó otra vez. Flores, hierba, verano… eso era lo que Lora Gifford le recordaba. Su mano se había hundido en el pelo de ella y los brillantes mechones se enredaron en sus dedos. Los ojos de ella eran profundos pozos de emoción.

¿Se podía saber qué hacía?

Metiéndose en su papel, eso era lo que hacía. Aquello no tenía nada que ver con lo que había sucedido en el prado, cuando se habían abrazado y besado con pasión, como si hubiesen tenido derecho a hacerlo de aquella manera. En buen lío se había metido. Necesitaba a Trina y a su vida propia, volver a la realidad. Aquel pueblo bucólico era un escenario y Lora la fascinante heroína. Sus actos eran partes de un guión espontáneo y constante sobre el cual no tenía control. Sería mejor que tomase el avión el fin de semana y fuese a ver a Trina. ¡Excelente idea!

–Iré a buscar el hielo –masculló como un idiota, enderezándose y mirando a los tres.

La madre de Lora suspiró.

–Yo también quiero hielo –dijo la abuela de Lora–, pero metido en un vaso y con una medida de vodka.

–Olvídate del hielo y trae el helado de chocolate –dijo Lora–. ¡Y una cuchara!

Víctor lanzó una risilla.

Lora estaba despierta. El tobillo le dolía un poco, pero no demasiado. Lo que no la dejaba dormir era la preocupación de estar apegándose demasiado a Jon. Y la farsa que representaban no contribuía demasiado: los besos, la forma en que él la miraba, la forma en que su corazón latía por él… no, no contribuía demasiado.

Y, sin embargo, parecía tener sus resultados. Su madre había llamado para cancelar la cita con Ronald y su abuela la miró con los ojos risueños, como si estuviese pensando: «¡Ah, el amor!». Si aquello significaba que la dejarían en paz, ¿acaso no valía la pena? ¿Valía la pena tener otro desengaño? Tenía que hacer algo.

Sin encender la luz, se dirigió renqueando hasta la ventana y

miró fuera, el patio trasero, las formas oscuras de las plantas y la silueta blanca del cenador. Al ver una sombra que se movía, se dio cuenta de que Jon estaba allí, sentado.

Pensando en Trina… pensando en marcharse… Ella era parte de una farsa que resultó ser un lío de emociones. Trina le había hecho daño al negarse a ir a visitarlo.

Lo único que Lora quería, lo que necesitaba, era el proyecto del invernadero, que con el tiempo le produciría ganancias y conllevaría la renovación de la tienda y el éxito.

Al darse la vuelta y ver el teléfono sobre la mesilla de noche, tomó una decisión: al día siguiente comenzaría a hacer que sus problemas desapareciesen para concentrarse en su proyecto y, por supuesto, en el romance de su madre y el Dr. Reed.

Parecía que aquello no avanzaba mucho. Su madre había dicho que iría a llevarle al Dr. Reed un libro sobre la huerta. Entonces, ¿por qué había llevado a Ella con ella? ¿No comprendía eso de «tres son multitud»?

La abuela de Lora se había reído toda la noche, besado a los gatos y dejado que Bow Wow se le sentasen en el regazo mientras su madre lo único que hacía era mirar una foto de un pescado que el Dr. Reed tenía en la pared. Cielos.

Bueno, a ver qué sucedía el viernes cuando una docena o más de septuagenarios se presentasen con sus tarjetas donde ponía: «Ella» y solicitasen sus claveles. Ella tendría tantas citas nuevas que no tendría que ir más a la zaga de su hija.

Mientras se metía de nuevo en la cama, Lora pensó en lo que tenía que hacer al día siguiente: llamar al abogado para ver cómo iba lo de la patente, encargar los claveles, alejarse de Jon. Llamar a Trina.

Jon entró en la tienda de vinos. Detrás del mostrador, una atractiva mujer de ajustados pantalones rojos y blusa blanca se acercó a él sin reconocerlo.

–¿Le puedo ayudar en algo?

–Sí, en realidad, sí. He venido por su gata…

Los bonitos ojos almendrados se estrecharon al reconocerlo.

–¡Es el veterinario! Ya le he dicho que no quiero a la gata.

–Sí –dijo él con calma–, lo recuerdo. Pero no puede dejarla abandonada en la clínica. Las cosas no funcionan así.

–Alguien la dejó en nuestra calle –dijo ella–. Es lo mismo.

–Señora Pullman, quizá si hablase con su esposo… usted dijo que él le tenía cariño al animalito. Quizá él y yo podamos encontrar…

–Iba a volver el viernes, pero ha llamado diciendo que tardará un par de días más –dijo ella–. Y no dije que él le tuviese cariño, dije que él era quien le daba de comer, que no es lo mismo. A usted le gustan los animales, quédese con ella.

–No puedo. Además tiene la factura pendiente…

–La pagaré –dijo ella, de malos modos–. ¿Dice que la gata es mía?

–En efecto.

–Entonces, ¡póngale una inyección! Yo la pagaré. Caso cerrado. Ahora, si quiere mirar o prefiere que le recomiende alguna cosecha…

–¿Una inyección? –exclamó Jon, sobresaltando a una pareja que había en la tienda–. ¡Está totalmente sana y a punto de parir! ¡Usted no tiene corazón!

–Por favor, baje la voz –dijo ella, lanzando una mirada nerviosa a sus clientes.

–Señora Pullman –dijo Jon y tomó aire–, por favor, cancele su deuda con el Dr. Reed, olvídese de la gata, vuelva a sus negocios –salió y cerró dando un portazo.

Yendo por la acera a paso rápido, pasó junto a su coche y abrió la puerta de la floristería de golpe. Se hallaba vacía. Nuevamente, le llamó la atención lo anticuada que estaba.

Lora se asomó desde la trastienda y sonrió al verlo. Su sonrisa lo ayudó a calmarse. Se alegró de que no hubiese señales de sus parientes.

–Pasa, pasa –lo llamó ella.

Al pasar a la trastienda, se sintió inmerso en un mundo de aromas y colores. Había flores de todos los colores y formas. Su belleza era increíble, su aroma, relajante.

–Acabo de recibir el pedido –dijo Lora, que tenía los brazos metidos hasta los codos entre el verde y las flores–. Estoy preparando todo para la cámara –le lanzó una penetrante mirada–. Agarra un taburete –le indicó–. Allí hay unas tijeras. ¿Por qué no me ayudas? Córtales a los tallos un centímetro o así.

Intentando relajarse y no mostrar su enfado, Jon tomó el taburete y las tijeras. Lora le puso enfrente un jarrón con flores. La

miró un momento para ver cómo lo hacía y luego comenzó. Ella no habló y él estaba tan frustrado que no podía decir nada, pero poco a poco se dio cuenta de que el trabajo le calmaba los nervios y después de unos silenciosos pero productivos quince minutos, comenzó a sentirse mejor.

–¿Qué tal el tobillo? –preguntó.

–Mucho mejor. Apenas cojeo.

–¿Y las casamenteras?

–Están entregando flores –dijo. Sus manos quitaban automáticamente espinas, hojas y pétalos exteriores a una rosa hasta dejar sólo el suculento pimpollo.

Jon se preguntó cuántas veces habría hecho aquello en su vida.

–¿Qué te ha pasado? –le preguntó ella.

Él meneó la cabeza.

–Venga, Jon, que has entrado como toro al redil.

–La gente no tiene corazón –dijo él en voz baja–. Odio a la gente egoísta, eso es todo.

Con el pie sano ella empujó hacia él otro fragante jarrón de claveles rojos y blancos.

–Lo mismo –le indicó–. Háblame de tu consulta de Beverly Hills.

–Pues –comenzó él, mientras cortaba los tallos de las flores–, es un sitio fantástico para trabajar. Un edificio recién estrenado, lo último en tecnología, gente encantadora. Los dueños, un matrimonio, me han ofrecido entrar en la sociedad cuando vuelva, cosa que pienso hacer. A Ellen se le dan muy bien los gatos y a Bob los animales exóticos. Mi especialidad son las visitas a domicilio, especialmente a ancianos y enfermos. Hay varias señoras de pelo blanco que me consideran su segundo hijo. No sabes la cantidad de veces que me invitan a tomar el té.

–Te encanta trabajar allí.

–Sí –dijo él, sintiéndose mejor con cada tallo que cortaba, con cada recuerdo–. Ellen y Bob son geniales. Que yo esté aquí supone una carga para ellos.

–Estarás deseando volverte.

–¿Tan obvio resulta? –preguntó–. Echo muchas cosas de menos.

–Yo echaría de menos a la gente si me fuese alguna vez –dijo Lora–. Ángela y Ella están muy pesadas en este momento, pero normalmente son un encanto. Creo que mamá tiene miedo de que me rompas el corazón. Tendré que asegurarme de que piense que he sido yo quien ha roto contigo cuanto te vayas.

–Podemos montar una pelea –dijo Jon–. Me gritas que te mereces algo mejor que yo y me mandas a freír espárragos.

–Y como nunca te amé de veras, me recuperaré de la ruptura tan rápido que se quedará anonadada. Me habrá visto muy abatida tras la ruptura con Calvin, por eso reacciona de esta forma ahora. Esperemos que para entonces esté comprometida con el Dr. Reed y mi vida amorosa tenga para ella la misma importancia que una flor de pascua el día después de Navidad.

–Sí –dijo él y se concentró en su tarea.

La puerta tras ellos se abrió y Ella entró como una exhalación, con el delicado cabello blanco como un halo alrededor del alegre rostro. Sonrió al verlos.

–Ya he hecho las entregas. ¿Alguna novedad?

–Nada –dijo Lora–. ¿Y mamá?

–Haciendo un recado secreto –dijo Ella con un guiño.

–¿Con el Dr. Reed? –preguntó Lora, esperanzada.

–No me lo dijo –dijo la abuela–. Voy a quitarle el polvo a las flores artificiales.

–Será mejor que vuelva a la consulta –dijo Jon, poniéndose de pie.

Lora le lanzó una mirada, recordándole que hiciese el paripé frente a su abuela.

–Hasta la noche –le dijo él y se inclinó a besarle la perfumada coronilla. Su cabello era suave y mucho menos peligroso que sus labios.

Por la noche no fue a cenar, pero le dejó un mensaje a Víctor de que no lo esperasen y se fue a la playa con la esperanza de toparse con Nolan y su perro. No tuvo suerte. Después de su carrera solitaria, se dirigió a casa de Nolan.

La idea que estaba por poner en práctica se le había ocurrido en el cenador, cuando se dio cuenta de que Lora lo estaba volviendo loco. Lo único que se le había ocurrido era aquello. La puerta se abrió al acercarse y Bill lo saludó con un ladrido.

–Perdona por presentarme sin avisar –dijo a voces, acariciándole las orejas al perro–, pero no tienes teléfono y quería ver cómo estaba Bill y hablar contigo.

–No pasa nada –dijo Nolan. Llevaba la misma ropa vieja que la vez anterior, el pelo atado en una coleta, los ojos bajos y las manos

manchadas de pintura–. ¿Qué tal una cerveza?

–Estás ocupado –dijo Jon–, no quiero molestar.

–Acabo de terminar una marina –dijo Nolan–. Nunca había hecho una antes, pero me encargaron una. No sé si será bueno o no. A ver qué te parece.

–Lo único que puedo darte es mi opinión personal, no sé nada de arte –rió Jon.

Entraron a la casa. En el centro había una chimenea circular donde crepitaba un fuego de leña. La estancia estaba cálida después de la fría brisa exterior. Sobre una mesa había una lámina de contrachapado levantada con unos libros para darle una ligera inclinación. Pegada a ella se veía una hoja de papel con una espléndida pintura de dunas y olas vistas desde el acantilado.

–Es buena –dijo Jon cuando Nolan le alargó una cerveza.

Nolan tomó distancia y la observó un momento.

–Gracias –dijo luego por encima del hombro, mientras recogía los pinceles y la paleta.

–Es difícil de creer que sea tu primer intento.

Nolan puso todo en agua en el fregadero y volvió, secándose las manos en un trapo.

–Fue divertido. Quizá pruebe hacer alguna otra cosa diferente.

–Si vuelves a hacer una marina, te la compro –dijo Jon, pensando que una acuarela de la enorme playa vacía quedaría genial enmarcada y colgada en su consulta de Los Angeles y le serviría como recuerdo de su estancia en Fern Glen.

–De acuerdo –asintió Nolan.

Los dos hombres tomaron la cerveza en el desvencijado sofá. Bill se sentó entre los dos. Jon quería decir algo, pero no sabía cómo empezar, así que le revisó la patita a Bill, que estaba perfecta, y luego hablaron. Nolan se entusiasmó con el tema de las pinturas de flores silvestres. Cuando se hizo un silencio, Jon tomó aliento.

–Nolan, sé que no es de mi incumbencia, pero, ¿tienes novia? –lanzó de sopetón.

La blanca piel de Nolan se llenó de manchas rojas.

–Hablar con las mujeres es… difícil.

–¡Es verdad, sí señor! –dijo Jon y ambos tomaron sendos tragos de cerveza.

–El tema es –dijo Jon al rato–, que conozco a una chica. Es inteligente, guapa, simpática… Me preguntaba si no te gustaría salir con ella.

–¿Qué problema tiene? –dijo Nolan, lanzándole una mirada.

–Nada, nada en absoluto –dijo Jon, y recordó la imagen del esbelto tobillo y las uñas verdes–. Trabaja con flores. Me parece que tenéis muchas cosas en común.

Nolan le lanzó una mirada perspicaz, totalmente reñida con su aspecto normal.

–Entonces, ¿por qué no sales tú con ella?

–Yo ya tengo novia.

–Ah.

–Me gustas y Lora también, así que pensé que quizá os gustaseis.

Se sintió ridículo diciendo aquello, como un chico de secundaria. ¿Por qué algo tan razonable en el coche resultaba tan patético al decirlo?

–No me interesan demasiado la mayoría de las mujeres –Nolan se miró los zapatos y luego a Jon–. Les gustan los hombres que se visten bien y hablan como tú.

–Somos más o menos de la misma talla –prosiguió Jon–. Tengo un montón de ropa. Te puedo pasar alguna. Me gustaría que conocieses a Lora. Te gustará. A todo el mundo le gusta, ¿cómo no te iba a gustar?

–¿Por qué es tan importante para ti? –preguntó Nolan mirándolo a los ojos y mostrando nuevamente una inesperada perspicacia.

Jon abrió la boca y la cerró con un suspiro. La verdad era demasiado personal, demasiado complicada y misteriosa, como el eterno mito de las pirámides.

–Creo que se siente sola –se limitó a decir–. No puedo salir con ella, así que pensé que te gustaría tener la oportunidad de conocerla –de repente, la idea le pareció absurda–. Mira, olvida el tema, ¿vale? No lo volveré a mencionar.

–Déjame pensarlo –dijo Nolan.

Jon asintió con la cabeza pensando que se sentiría mejor, que intentar que Lora saliese con Nolan conseguiría sacársela de la cabeza, donde no pertenecía. Llamaría a Trina por la noche y le diría que iría a verla el fin de semana. Quizá Lora y Nolan saliesen a cenar o tal vez ella fuese allí y le cocinase algo. Después se sentarían en el sofá, mirando el fuego, sin necesidad de hablarse. Un hombre, una mujer, un crepitante fuego. Vino. Sus jugosos labios. El vestido de gasa azul. Su cabello, una oscura nube de seda. Sus piernas. Sus uñas verde chillón…

El perro sentado entre los dos. Sí, aquella imagen le gustaba

más. Probablemente Bill siempre se sentaba en el medio del sofá. Lora y Nolan tendrían que mirarse por encima del perro. Le dio unas palmaditas en el lomo.

Lo importante era que su participación en ello ya había acabado. Saliese o no saliese bien, la maquinaria ya estaba puesta en marcha. Todos los demás en el pueblo eran casamenteros, ¿por qué no iba a serlo él también? Rechazó otra cerveza. Ojalá Lora no se enterase nunca de su intervención.

–Ya lo he pensado y la respuesta es sí –dijo Nolan–. No necesito que me dejes ropa. Mi padre se volvió a casar hace diez años y me regaló un esmoquin azul fantástico. Nunca más lo he podido usar.

–Me parece que en Fern Glen no hay ningún sitio donde puedas llevar algo tan… sofisticado, Nolan –dijo.

–Demasiado elegante, ¿no? Ajá, creo que tienes razón.

–Pongámonos como fecha el sábado por la noche –le dijo Jon a Nolan y se dijo que tenía que acordarse de traerle ropa antes de entonces.

Lo único que quedaba era hacer que Lora accediese al plan.

# Capítulo 7

Mientras sonaba el teléfono una y otra vez, a Lora le latía el corazón como un martillo neumático. Estaba a punto de colgar cuando oyó una voz alegre:

–¡Hola! ¡Hablas con Trina!

Lora había escrito un pequeño guión, pero las palabras se borronearon ante sus ojos.

–¿Hola? –repitió Trina–. ¿Quién es?

–Sí, sí –logró susurrar Lora. No quería que el Dr. Reed la oyese y tenía terror de que entrase Jon y se la encontrase en la cocina conspirando a sus espaldas–. Perdón.

–¿Quieres venderme algo? –preguntó Trina.

–No, no –dijo Lora y tomó aire–. Soy una… amiga… de Jon Woods.

–Ah. Bueno, Jon no está en este momento. ¿Cuál dijiste que era tu nombre?

–No lo he dicho. Sé que no está porque está aquí conmigo, no sé si me comprendes.

–¿Qué? Oye, ¿quién eres? ¿Qué quieres?

–Quiero que sepas dónde te encuentras.

–¿Me encuentro? ¿Dónde?

–Con respecto a Jon, a vuestra relación. Después de todo, tengo escrúpulos.

–Me parece muy bien –dijo Trina.

–No le quiero robar el novio a otra mujer.

La voz de Trina había perdido su alegre inflexión, pero ahora adoptó un tono gélido.

–A ver si te comprendo, ¿me quieres robar el novio?

–Es que es tan sexy –dijo Lora, imaginando que a ninguna chica le gustaba que la competencia dijese que su novio era sexy. Pero lo era. Durante un instante se encontró en la hierba con el peso de Jon encima y su mirada clavada en la de ella.

–¿Crees que necesito que me lo digas? –chilló Trina–. Te lo advierto, aléjate.

–Pues, si realmente lo quieres…

–¡Espera a que le diga a Jon que voy a verlo este fin de semana y verás lo rápidamente que se deshace de ti!

¡Ajá!

–No menciones esta llamada…

–¿Por qué iba a hacerlo? ¡Qué te crees tú! –exclamó, cortando la comunicación.

Lora lanzó un profundo suspiró. Misión cumplida.

¿Cómo era posible que Jon estuviese enamorado de semejante mujer?

Pero… ¿qué más le daba a ella? Trina iría a Fern Glen, la había engañado una mujer simulando interés. Eso era lo importante.

Jon colgó el teléfono con una combinación de excitación e incredulidad mezclada con cierta inquietud. Trina había reservado un vuelo hacia el norte e iría a verlo diez días.

¡Diez días! Por suerte, Víctor ya no necesitaba su ayuda. Había llegado el momento de mudarse a su piso. Trina llegaría el sábado por la tarde. ¡Eso significaba que estaría el sábado para la cita de Nolan y Lora! Podría ayudar a Nolan durante la cita y asegurarse de que no acabase en el sofá de Nolan.

Trina podría ir también, por supuesto. Era una gran idea. Pondría a Nolan al tanto cuando le llevase la ropa, luego hablaría con Lora y le diría que Trina llegaba por sorpresa y que había manifestado deseos de conocerla. ¿Se lo creería?

¡Ja! Lora era más curiosa que un gato, seguro que querría conocer a Trina. Podría explicar la presencia de Nolan diciendo que era un talentoso pintor que quería conocer a una mujer hermosa e interesante, es decir, Lora. Halagada, ella caería como una pera madura. Madura para el romance. Daba igual, no era de su incumbencia que estuviese madura o no. El domingo por la mañana todo habría acabado y él se podría concentrar en reanudar su relación con Trina.

Alta, rubia, despampanante. Trina Odell era todo lo que deseaba en una mujer. Independiente, con una vida plena. Le gustaban los restaurantes buenos, las aceras llenas de gente. Como a él, ¡corcho! ¿Cómo reaccionaría al enterarse de que su primera cita después de meses de separación sería con una pareja de extraños? Ella, que era siempre el alma de las fiestas. Encontraría a Fern Glen…

Francamente, lo encontraría tan aburrido como él, pero no le

daría tiempo a que se aburriese, decidió. Le dedicaría cada momento libre que tuviese. Quizá quisiese ir con él a su consulta, le encantaban los animales.

Pero Trina era noctámbula. No le importaría estar sola si lo tenía durante la noche.

Aquella noche, llamaron despacio a la puerta. Lora la abrió y se encontró a su abuela, con dos cajas de zapatos bajo el brazo.

–Vengo a ver a Víctor –anunció, pasando junto a Lora.

–¿Y mamá? –preguntó ésta.

–Haciendo un estofado. Ha dicho que Víctor se recuperará más rápido si come carne roja. No te preocupes, cielo. Sé que tú lo estás cuidando bien, pero tu madre se enfrenta a los problemas de la vida cocinando.

–¿Qué problema tiene mamá?

–Hombres –dijo Ella con un guiño. Señaló con su blanca cabeza el estudio–. ¿Está frente a la tele otra vez?

–¿Qué? –preguntó Lora, distraída–. Ah, el Dr. Reed. Sí, pasa.

Una imagen se le coló en la mente. La imagen de su madre sentada sola, mirando la foto enmarcada del pescado. Un pescado equivalía al padre de Lora. ¡Estaba segura!

¿Se estaría sintiendo Ángela culpable por su creciente atracción por el amable veterinario? ¿Encontraba que desapegarse del pasado era doloroso? ¿Tendría miedo de sufrir o de hacer sufrir al Dr. Reed?

¡De tal palo tal astilla! ¡Su madre, que tanto le había insistido que olvidase a Calvin, se estaba comportando de la misma manera ante una relación nueva!

Jon apareció en aquel momento. Había adoptado la costumbre de lavar los platos solo. Tenía que hacer que llamase a Trina y se enterase de la «buena» noticia. Necesitaba dejar de pensar en él.

–¿Qué hace tu abuela con Víctor? Parece que le está haciendo enhebrar collares.

–No tengo ni idea –frunció el ceño–. ¿Enhebrar collares?

–Tenemos que hablar –dijo Jon, bajando la voz–. Vamos afuera.

–Sin besos ni abrazos, ¿me comprendes?

–De acuerdo –dijo él, levantando los brazos–. Estás a salvo conmigo.

Se dirigieron al cenador. Una vez dentro, Lora se sintió

repentinamente incómoda.

–Ya no renqueas –observó él.

–No. Superpoderes. ¿Por qué estabas de mal humor hoy cuando viniste a la tienda?

–La gente no tiene corazón –se sentó junto a ella–. Como la dueña de la enoteca.

–¿Victoria Pullman? Estoy de acuerdo contigo. El marido no está tan mal, compra flores todo el rato. Para ella, son sólo decoración: rosas rojas cuando hacen una degustación de Cabernet, fresias amarillas cuando es Pinot. Las flores le dan igual.

–¿Qué quieres decir? –preguntó él con las piernas estiradas, apoyando la espalda en la barandilla de madera–. ¿No son las flores para verlas, acaso?

–Supongo que sí –dijo ella–. Pero, a veces, viene a la tienda gente que realmente ama a las flores: su fragancia, su delicadeza, sus miles de colores. Personas a quienes se les iluminan los ojos al mirar dentro de la cámara y que ven cada flor como una efímera obra de arte, una prueba de que la vida tiene significado.

–Conozco a alguien así –dijo Jon, echándose hacia delante entusiasmado–. Pinta acuarelas de flores y cuando habla de ellas, lo hace igual que tú. Se llama Nolan, Nolan Wylie. Vive cerca de Clam Beach. ¿Lo conoces?

–No –dijo Lora, parpadeando.

–Pues, habíamos hecho planes de salir juntos este fin de semana, ¿sabes? Pillar un vídeo o ir a picar algo, pero luego llamó Trina, ¿te lo he mencionado?, diciendo que había cambiado de opinión, no sé por qué, y que venía después de todo.

–¿Estás contento? –dijo ella, conteniendo el aliento.

–Desde luego que sí. El problema es que no quiero dejar a Nolan plantado. Es muy tímido. Pero se me acaba de ocurrir al oírte hablar de las flores que si tú vinieses, podríamos salir los cuatro.

–¡Dios santo! –gimió Lora–. ¿Tú también? ¿Intentas que salga con ese Nolan? ¿Qué pasa, que llevo un cartel colgado que pone: «Perdedora»?

–No sé de qué me hablas. Ya te he dicho, tenía planes con Nolan…

Mientras él seguía con su historia, Lora dejó de oírlo y lo observó. Se le daba muy mal mentir: evitaba el contacto ocular, se repetía… Oyó que mencionaba algo de «Trina esto…» y «Nolan aquello…» y se dio cuenta de cómo había sucedido todo. Trina lo

había llamado y, como creía que otra mujer estaba interesada en él, había estado de lo más cariñosa. Jon se había dado cuenta de lo mucho que la amaba y se había sentido culpable por haber besado a Lora el día anterior. Luego había recordado al tipo ese que conocía, Nolan, y había encontrado la solución.

De acuerdo, Nolan Wylie. ¿Tan malo podía ser? Si a él le gustaba, estaría bien, ¿no?

Podía decirle claramente que no estaba interesada en salir con él. Insistiría en que pagasen a escote y luego se despediría de él estrechándole la mano. Además, honestamente, ¿se perdería la oportunidad de ver a Jon y Trina juntos? ¡Claro que no!

–De acuerdo –dijo, acabando con la angustia de Jon–. Parece divertido. Pero tiene que entender que es sólo una salida, ¿vale? No un romance. Iremos a escote.

–Claro.

–¿Trina se quedará en la casa del Dr. Reed?

–No, desde luego que no –dijo Jon, horrorizado–. Me volveré a mi apartamento. Víctor dice que se las arreglará perfectamente contigo. Trina se alojará conmigo.

–Comprendo –dijo Lora, invadida por una emoción que no quiso nombrar.

La casa de Víctor estaría rarísima sin él.

Deseó volverse a su casa también, aislarse en el invernadero.

–Dr. Woods, ¿puede venir un momento? –dijo Connie, asomándose a la consulta.

–¿No puede esperar? –preguntó Jon, que examinaba a un terrier pelo duro.

–Cuando una mujer usa ese tono de voz, mejor darse prisa –dijo el dueño del perrito, que tenía el pelo igual de tieso–. Vaya, doctor, Bongo y yo lo esperaremos aquí.

Jon se excusó y siguió a Connie hasta la zona donde estaban alojados los animales.

–¿Todavía no ha pasado nada? –dijo.

Miró a la gatita tricolor que nadie quería. Llevaba de parto desde la mañana y él creyó que tendría a sus crías como todos los gatos del mundo: en privado y sin intervención humana. Había supuesto que ya tendría su camada.

–Me parece que se le ha quedado atascado uno.

Jon examinó a la parturienta con destreza. Efectivamente, tenía una cría encajada en el canal. Esperó a la siguiente contracción, pero la cría no se movió.

–Dame un lubricante –dijo, mientras se lavaba y secaba las manos.

Connie le alcanzó un par de guantes de látex y el lubricante. Cuando llegó la siguiente contracción, Jon agarró firmemente al gatito y lo giró, coordinando sus movimientos con los de la madre. En pocos minutos había nacido. Tenía buen tamaño, lo cual explicaba el problema. La tricolor parecía abrumada por las circunstancias y no mostró interés en cumplir con sus deberes maternales, así que Jon quitó la membrana que recubría al recién nacido y, con un paño que le alargó Connie, lo limpió, asegurándose de que respirase bien antes de cortar el cordón. El instinto maternal de la gata finalmente se despertó y comenzó a lamer a su cría. Jon y Connie sonrieron al ver la lengua rosada limpiando la carita diminuta y las orejitas plegadas.

–¿No es adorable? –dijo Connie.

–No me canso nunca de ver esto –dijo Jon, con la emoción atenazándole la garganta.

–¿No hay más?

Jon se quitó los guantes y palpó suavemente a la tricolor, que ya ronroneaba.

–Parece que no –dijo–. Me parece que sólo va a tener a este gigantón. Pero nunca se sabe, así que tenla vigilada, ¿quieres? Será mejor que vuelva con Bongo.

Volvió a la salita pensando cómo encontraría una casa para la pequeña familia.

Lora salió de puntillas de la casa del Dr. Reed antes del amanecer, condujo hasta su casa y entró a la cocina. Ángela y Ella estaban dormidas todavía. Abrió el refrigerador y tomó un trago de la botella de zumo de naranja. Agarró una manzana y cerró la puerta. Luego se dirigió al acuario y contó los pececitos. Estaban todos. Intentando no hacer ruido, sacó los utensilios del lavadero y limpió las algas adheridas por dentro del cristal, reemplazó la mitad del agua con agua fresca tratada y reguló el PH. Se quedó mirando las verdes profundidades un momento, preguntándose cómo sería vivir allí. Después, igual que todos los días, entró al invernadero y

encendió las luces. El edificio era viejo y hacía frío tan temprano. Docenas de tiestos cubrían filas de hermosos bancos de madera. De casi todos brotaban bonitas hojas verdes y poco más. Faltaban más de treinta días para su florecimiento.

La fila de tiestos del centro era diferente porque estaba en plena floración. Las flores que lucían eran tan hermosas que Lora se quedaba extasiada cada vez que las veía.

Lirios rojos, de un color híbrido que había conseguido tras años de fracasos. Las flores eran grandes y orientadas hacia arriba, con dos o tres por tallo, pero el color era lo que fascinaría al mundo: un rojo tan profundo como el de una manzana deliciosa.

Lora regó las plantas y actualizó los datos. No había recibido noticias de su abogado, lo cual le llamaba la atención. Tendría que darle un toque. Si todo salía como estaba planeado, el contrato que lanzaría el lirio al mercado se firmaría, sellaría y enviaría en cuestión de pocas semanas. Aquel lirio era su futuro, su puente hacia el mañana. Nada fabuloso, un modesto puentecillo peatonal que financiaría la salvación de su tienda. Y era un secreto. El abogado de los compradores había insistido en ello.

Contó los pimpollos y besó un carnoso pétalo antes de apagar la luz y salir. Seguía oscuro, aunque en el este se veía una suave tonalidad rosada que anunciaba el alba.

Condujo hasta la floristería y entró. Era viernes y además de dos funerales y una boda, ¡era el día de los claveles! Dentro de unas horas, una docena de viejetes invadirían la tienda reclamando sus flores. Conocerían a Ella Williams, la de los chispeantes ojos azules y se quedarían prendados de ella. Su abuela podría elegir a placer.

Mientras hacía los arreglos para la boda, imaginó cómo sería su negocio algún día: con más espacio para trabajar, mejor iluminación, una cámara frigorífica y un escaparate nuevos. Desde los dieciséis años planeaba su diseño.

A las ocho había cargado la mayoría de los arreglos florales en la furgoneta de reparto. Le abrió a su proveedor la puerta trasera y recibió la entrega de más claveles y, por primera vez, se preguntó cómo organizar las… festividades de la tarde.

Cuando su madre y su abuela se presentaron a trabajar, ya tenía su plan.

–Mamá, necesito que vayas a la panadería y recojas cuatro docenas de galletas –le dijo a Ángela antes de que ésta se quitase el abrigo–. Las he reservado por teléfono.

–¿Por qué no me dijiste que necesitabas galletas? –exclamó su madre, escandalizada ante semejante gasto–. Las podría haber hecho anoche.

–No se me ocurrió, perdona –dijo Lora, dándole un beso–. Ella, necesito servilletas y sidra. Varias botellas. Y vasitos de papel.

–¿Qué pasa, Lora? –preguntó su madre.

–Es una promoción que he organizado para esta tarde. Necesitaré vuestra ayuda.

–Oh –dijo Ángela, afligida–, he hecho otros planes. Si me hubieses avisado…

–Te habrías ido con él igualmente –dijo Ella, guiñándole un ojo a Lora.

¿Ido con quién? ¿Dr. Reed? Deseó bombardearla a preguntas, pero sabía mejor que nadie lo molestas que eran las preguntas. Ya hablaría su madre cuando quisiera. Además, ¡el Dr. Reed seguramente respondería a sus preguntas durante la cena!

–La abuela y yo nos las apañaremos. Haré el reparto cuando volváis de la compra.

Ambas se marcharon y Lora comenzó a acomodar las mesas: una para las galletas, otra para la sidra. Tarareó mientras extendía los blancos manteles. ¿Dónde habrían metido la vieja radio?

# Capítulo 8

Para alegría de Lora, su abuela se entusiasmó con la idea de promocionar la tienda con claveles gratis. Su madre pensaba que la idea era demasiado cara y tonta.

–No somos millonarias, Lora –sin quitarse el abrigo, dejó el paquete de la panadería sobre el mostrador con un golpe sordo.

–Ese abrigo, ¿es nuevo?

–¿Éste? –se sobresaltó Ángela–. No. Sí. Quizá.

Lora la observó detenidamente. Llevaba maquillaje. ¡Maquillaje! Aquel vestido azul tampoco le resultaba familiar. Ni el brillo ilusionado de sus ojos. La pena la oprimió inesperadamente. Pena por el esposo que su madre había perdido y por el brillo que debió ser causado por su padre, pero que no fue así…

–Como decía –repitió su madre, con la mano en el pomo de la puerta–. No somos millonarias y esas galletas y la sidra son caras, por no decir nada de las flores.

–Quizá su plan esté funcionando por fin –dijo Ella, poniéndose un delantal amarillo.

–¿Te refieres a los lirios?

–¡Lo sabíais! –exclamó Lora boquiabierta, su mirada yendo de una a la otra–. ¿Ambas?

–¿Creías que pensaba que estabas cultivando droga en el invernadero? –dijo Ella con su carraspeo.

–De veras, Lora, llevas trabajando con esas lilas desde que estabas en la escuela y ahora te encierras en el invernadero todas las mañanas y medio fin de semana. No se necesita ser un genio para darse cuenta.

–Además, el otro día te llamó un tal señor Pitt, un abogado –añadió Ella–. Como estabas en casa de Víctor, tomé yo el recado.

–¡No me dijiste nada!

–Perdona –se excusó Ella–, será el Alzheimer.

–¡Pero, abuela! Bueno, ¿y qué dijo?

–Que todo iba sobre ruedas, que los papeles estarían para firmar dentro de una semana o dos, que los holandeses están ansiosos. Le pregunté si quería que lo llamases y me dijo que no, que sólo te lo

dijese. Lo siento, cielo, se me pasó.

–La próxima vez, apúntalo –dijo Lora, dándole una palmadita en el brazo, aliviada al saber que no había surgido nada inesperado.

–¿No nos vas a decir de qué va el tema?

–Es algo de los lirios –repitió Ángela.

–¿Para qué necesita un abogado? –dijo Ella, volviéndose hacia ella.

–Para registrar la patente. Los holandeses son los cultivadores más importantes de lirios del mundo. Si están interesados en algún híbrido de Lora, ella tendrá que registrarlo primero, porque en los Estados Unidos, sólo el inventor lo puede registrar, no el comprador. ¿No es verdad?

–Así es, mamá, eres un lince –sonrió Lora–. El creador tiene un año para patentar el híbrido y la mía casi está lista. Además, mi abogado es quien hace las negociaciones con el de ellos y yo no tengo necesidad de intervenir, lo cual es genial.

–Eres asombrosa.

–Gracias –dijo Lora, emocionada.

–Ahora, si pudiésemos encontrarte un buen marido…

–¡Mamá!

–Vale, vale, era sólo una idea. ¿Vas a decirme qué es lo que has descubierto?

–Todavía no. Todo a su tiempo.

–Está bien –abrió la puerta y dio un paso antes de darse la vuelta–. Tu secreto está a salvo conmigo, cariño –dijo y se marchó.

–¿A quién va a ver? –preguntó Lora en tono conspirador.

–Prometí guardar el secreto. Venga, preparémonos para la promoción.

–Pero abuela…

Fue inútil. Lora no insistió. Ya se lo preguntaría al Dr. Reed por la noche. Dos horas más tarde, justo cuando esperaba que apareciese el primero de los «hombres del clavel», se oyó la campanilla de la puerta. Se asomó, pensando encontrarse con un viejete enarbolando una tarjetita, pero en lugar de ello se encontró con Jon.

Él entró con su paso seguro, como si fuese el dueño, despertando afecto e irritación en Lora. Le dirigió a Ella una sonrisa y una cabezadita y luego su mirada se clavó en la de ella, que sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

–Me encontré con tu madre en casa de Víctor –dijo, sacando un

pequeño reproductor de CDs–. Dijo que buscabas algo para poner música y Víctor me dijo que lo trajese.

Su actitud natural hizo que se tranquilizase. ¡Y no sólo le llevaba el reproductor, sino confirmaba que su madre estaba con Víctor! Se lo agradeció profusamente mientras recibía el reproductor y lo enchufaba.

–¿Qué hacías en casa del Dr. Reed?

–Estaba recogiendo mis cosas –respondió él, entregándole media docena de CDs. Pensaba mudarme esta noche.

–Es verdad, que viene tu novia.

Se quedaron mirándose de hito en hito. El recuerdo del rato que habían pasado abrazados invadió la mente de Lora: el perfume de la hierba húmeda, el sonido del arroyo, el peso del cuerpo de Jon, la urgencia y pasión de sus labios, su voz, sus manos… Le dio un ataque irracional de odio por aquella mujer que ni siquiera conocía, la mujer que ella había inducido a que fuese a Glen Fern de visita. Qué idea más estúpida. A tientas, puso un CD en el reproductor.

–Nolan está realmente ilusionado por conocerte –dijo Jon–. Trina y yo te pasaremos a buscar mañana a las siete por casa de Víctor.

–Tu coche es demasiado pequeño, será mejor que llevemos la furgoneta.

–No, ya pensaré en algo –dijo él, aparentemente horrorizado ante la idea de llevar a la hermosa Trina en una furgoneta de reparto.

–¿Sabes? Como Víctor se está haciendo tan amigo de mi madre, ¿no le irá a decir que Trina viene y que yo saldré con otro?

–Le pedí que no lo hiciese –dijo Jon.

–Ah. De acuerdo. ¿Dónde vamos?

–The Brewery –dijo él.

Lora se estremeció. Había sido el sitio que frecuentaba con Calvin. ¿Cuántos botellines y alitas de pollo habrían consumido entre aquellas viejas paredes?

–Elige otro sitio.

–No conozco ningún otro. ¿Dónde?

–Ya me ocuparé yo. Te lo diré luego.

Volvió a sonar la campanilla y ambos se dieron la vuelta a ver quién entraba. Arthur Polanski, el hombre del tinte, pasó de largo junto a Ella y se dirigió a Lora.

–Hola, guapa –dijo con una sonrisa–. Vengo a buscar mi flor.

–Tú y tu fijación con los hombres mayores –susurró Jon.

Le lanzó una mirada por encima del hombro antes de llevar al señor Polanski hasta donde se encontraba su abuela y pasar a la trastienda a envolver un clavel en papel de seda. Por el rabillo del ojo vio que Ella le servía un vasito de sidra.

A los pocos minutos, habían aparecido varios hombres más. Mientras Lora preparaba las flores, Ella los entretenía. Jon, para su sorpresa, se ocupó de la música. Más campanilleos anunciaron más llegadas. Lora estaba encantada con su éxito. Había entregado una docena de tarjetas, y ya había unas ocho personas. Ella escanciaba sidra y repartía galletas con las mejillas sonrosadas, su risa tintineando entre los acordes de la música irlandesa. Jon parecía de lo más cómodo. Cuando la puerta volvió a abrirse, Lora levantó la vista y se quedó pasmada. Un pequeño autobús se había detenido frente a la tienda. Una joven, con una bata donde se podía leer: «Residencia de la tercera edad Pine Grove», abrió la puerta para que pasara una sucesión de septuagenarios, algunos con bastón, todos blandiendo pequeñas tarjetas color rosa. Eran las que Lora había extraviado. No conocía a ninguno de ellos.

–¡Qué exitazo! –murmuró Jon, con su aliento rozándole la mejilla–. ¿No te parece un poco egoísta querer acaparar a todos los viejetes del pueblo?

–¿Qué haces aquí? ¡Vete! –dijo ella, alterada ante las hordas de ancianos.

–Quería encargar unas flores para mi apartamento –dijo él, simulando enfado–. Algo grande y ostentoso para una mesa, pero parece que estás ocupada. Cielos, ¿estás segura de que estos chicos podrán seguirte el ritmo?

–Chitón –susurró ella–. ¡Fuera!

–Pero mis flores…

–Te las llevaré más tarde –dijo ella–. ¿No tienes que volver a trabajar?

Él lanzó una carcajada mientras salía entre la gente, a la que le sacaba más de una cabeza. Lora lo miró marcharse y luego se quedó atónita al verlo sujetar la puerta para que pasase otra manada de ancianos. ¿De dónde habían salido todos esos?

Jon dejó la bolsa sobre la cama y volvió al salón, haciendo una pausa para subir un poquito el termostato. El apartamento

amueblado se encontraba cerca de la clínica, por eso lo había alquilado. Pero ahora se sentía totalmente fuera de lugar allí. Entró en la habitación de invitados y se aseguró de que estuviese funcionando la calefacción allí también. El clima de California del Norte era húmedo y frío y Trina era una flor de invernadero. No creía que durmiese en aquella habitación, pero estaba seguro de que viajaría con varias maletas, y necesitaría armarios.

Fue a la cocina y en el refrigerador encontró unas bebidas frías y una bolsa de zanahorias pochas que tiró a la basura. ¡Qué diferencia con la cocina de Lora! Ella sí que era una buena cocinera, que le daba su toque especial a cada plato.

Por la mañana compraría lo básico e iría al aeropuerto y recogería a Trina y la llevaría al apartamento. Luego, pasarían a buscar a Lora y Nolan e irían al restaurante.

Le había llevado a Nolan alguna ropa para que eligiese y reconoció que sentía un poco de curiosidad por ver lo que se pondría, pero más sentía por lo que Lora llevaría. Nunca la había visto arreglada para salir, excepto aquel vestido azul de tirantes. «Eso es porque nunca la has invitado a salir, imbécil». Se preguntó qué habría sucedido si él la hubiese conocido de otra manera, por casualidad, por ejemplo. ¿Habría tenido oportunidad de descubrir aquel atractivo rasgo de originalidad que corría por ella como una inesperada veta de oro en una roca? ¿Quién sabe?

Al mirar por la ventana, vio la furgoneta de Lora aparcada frente al apartamento. En aquel momento, llamaron a la puerta y corrió a abrir. Se encontró con docenas de flores amarillas, de todos los tonos imaginables. Fue como si una bola de refulgente sol hubiese entrado a su casa. Se quedó transfigurado ante su magnificencia.

–¡Socorro! –dijo una vocecilla tras aquella montaña de flores.

Las agarró antes de que Lora desfalleciese y las puso sobre la mesa redonda cerca de la cocina. Era sorprendente la calidez que el brillante ramo confería a la estancia.

Volvió a la puerta. Lora se encontraba apoyada contra el vano. Llevaba vaqueros desteñidos, y una camiseta negra, la misma ropa que tenía antes en la tienda. Comparada con las hermosas flores que había subido dos tramos de escaleras, parecía apagada. Y preciosa, con ese aire de niña desvalida que tenía a veces.

–Siéntate, que te sirvo algo de beber –le dijo.

Ella asintió con la cabeza y se desplomó en un sillón.

–¿Coca cola, horchata, zumo de tomate o agua con gas?

–Eso –dijo ella escuetamente, y él supuso que se refería al agua.

Era la primera vez que le servía él a ella. Siempre había sido al revés.

–¿Quieres comer algo? Hay un bote de chile con carne. O quizá una pizza…

–Tengo que hacerle la cena a Víctor.

–Quizá no. Cuando estuve hace un rato, tu madre le calentaba un estofado. Charlaban de lo más entretenidos. Parece que tu plan funciona.

–Sí, ¿no es maravilloso el amor? –sonrió ella, lo cual hizo que desapareciese su aspecto de muchacha y pareciese más mujer.

–Perdón –simuló que sacudía la cabeza para aclararse los oídos–, pero me parece que he oído mal. ¿Acabas de decir que el amor es maravilloso? ¿Tú?

–Ya lo sé. Es que estoy encantada de que mi plan haya funcionado. Mi madre es el tipo de mujer que tiene que estar enamorada.

–¿Y tú no?

–No, yo no.

–¿Y tu abuela? Me imagino que los ancianos aquellos eran parte de alguna idea para buscarle pareja, ¿me equivoco? Cuando me iba había docenas de viejetes por allí y llegaba otro autobús de una residencia de la tercera edad.

–Ahí es donde el tema se me escapó de las manos. Me dejé una caja de tarjetas por accidente en el centro comercial. El hombre a quien le había dado una intentó alcanzarme, pero no me encontró entre la gente, así que decidió traérmela el viernes. Pero cuando llegó a su residencia, se le ocurrió dársela a la directora de actividades del centro y ésta pensó en ayudarme distribuyéndolas en los demás centros. ¿Sabías que hay seis en la zona?

–No –dijo él, sonriendo.

–Pues bien, los hay. Cinco de ellos decidieron hacer una excursión a la floristería. Se nos acabaron las galletas cuando te fuiste, después la sidra y los claveles antes de que llegase el último autobús. Les tuve que dar rosas. No he hecho las cuentas, pero este pequeño desastre nos ha costado nuestro buen dinero.

–¿Y tu abuela…?

–Le parecieron demasiado viejos. Tiene setenta y un años. ¿Por qué es tan exigente?

–¿Por qué no? ¿Crees que hacerte viejo significa contentarte con

cualquier cosa?

–No te pongas filosófico –gimió ella–. Ella me ha presentado a todos los parientes de sus amigas, hasta un chico de diecinueve años. No tiene derecho a ser exigente.

Jon no respondió. No quería discutir con ella.

–Las flores que has traído son hermosas. A Trina le encantarán.

–Me pareció que le gustaría el amarillo –dijo Lora, mirándolas–. Me dio la sensación de que era adoradora del sol, ¿sabes?: la playa, el pelo rubio, la voz cálida…

–¿Cuándo le oíste la voz?

Lora se calló y lo miró fijamente un minuto, luego se encogió de hombros.

–Me refiero a que probablemente tenga acento de California del Sur. He visto pelis.

–Eso es absurdo. Tienes muchos prejuicios, Lora Gifford.

–Ya lo sé. La primera vez que te vi, pensé que eras de Hollywood. Parecía que te habían mandado para el papel del veterinario rompecorazones. La forma en que le hablaste a Boggle, ¿era algún tipo de idioma secreto que usas con felinos?

Cuando se ponía así, la única forma de pararla, lo sabía por experiencia, era besarla. Ardían en deseos de hacerlo, pero sabía que los besos llevaban a complicaciones.

–Sabes, ahora que lo pienso –dijo ella–, no te he visto llevar gafas desde aquel día.

–Lentillas. Me pillaste justo cuando no las tenía.

Ella se puso de pie y se acercó a él. Estaban casi a la misma altura, ella un poco más alta que él sentado. Ella lo miró a los ojos: los suyos eran verdes como la hierba, verdes como las hojas, como todas las cosas que crecían buscando el sol.

–Ajá –dijo ella, con su mirada yendo de un ojo al otro de él–. Ya las veo.

–Basta, que me estás mareando –dijo él, agarrándola de los brazos.

–Pues estabas muy guapo con gafas. Es una pena que no las lleves más a menudo.

–A Trina no le gustan, y cuando uno quiere a una persona, trata de hacer lo que le gusta –dijo él, mirándole los labios.

–Mira qué considerado –murmuró ella, rozándole la mejilla.

Jon sintió deseos de abrazarla. Sabía que era egoísta e injusto porque ambos luchaban contra la atracción que sentían por el otro,

pero ello no disminuía su deseo ni un ápice. Ah, y además estaba Trina.

Sujetándola, la miró a los ojos. Ella sacudió la cabeza mientras se acercaba hacia él. Las manos masculinas se deslizaron de sus hombros y le rodearon el talle; el cálido aliento de ella le llegó al rostro. Cerró los ojos y esperó conteniendo la respiración, temiendo que se acercara más, temiendo más que ella desapareciese. Sintió la satinada mejilla apoyarse contra la suya, su respiración acariciaba su lóbulo, los dedos femeninos en su pelo, en su cuello, en sus hombros. El cuerpo de ella se acercó más, sus senos se apretaron contra su pecho, sus caderas contra sus rodillas. Jon deslizó una mano hasta el trasero enfundado en los vaqueros y con la otra le acarició el rostro.

–Lora –susurró–, Lora.

–Chitón –dijo ella, y él sintió sus labios rozándole la mejilla.

La miró. Ella tenía los ojos cerrados, indicando su aprobación tácita. Ello le provocó una ola de pasión que hizo que juntase sus labios a los de ella. La apretó contra su cuerpo, sabiendo que tendría que estar muerta para no darse cuenta de lo mucho que la deseaba. Ella le devolvió la caricia con la misma pasión, sus labios cálidos y exigentes mientras él le metía las manos por debajo de la ropa y acariciaba su cálida piel desnuda. Ella no llevaba sostén y él acarició sus pequeños pechos. Sintió los pezones de ella tiesos bajo sus dedos, rogándole que los probase si lograba despegar su boca de la de ella.

Las manos femeninas también habían superado la barrera de la ropa y las sintió deslizándose por su espalda, por sus hombros y su pecho. El ansia por estar más cerca ahogaba todo pensamiento racional. Ella debió de pensar lo mismo porque ambos se apresuraron a desabrochar botones, con las manos torpes pero las intenciones claras, hasta que los pechos de ella se apoyaron contra él, piel contra piel, calor contra calor.

Hundió su lengua en la boca femenina y la acercó más. ¿Había algún hombre disfrutado de la delicia de aquellas curvas bajo sus manos y la urgencia de sus besos?

¿Calvin? ¿La habría tocado de aquella forma Calvin y luego abandonado?

«Tú lo harás», le dijo una voz en su mente, que le atravesó todas las sensaciones como una cuchara caliente cortando helado. «Sabes que la dejarás. Lo sabes».

Ella había tratado de advertírselo. La apartó suavemente y ella lo miró con los labios entreabiertos, los ojos entrecerrados y el pelo revuelto, semidesnuda y tan adorable que él supo sin ningún género de dudas que jamás se olvidaría que aquel momento.

–Perdona… –masculló Jon–. Me he dejado… llevar. Sé que no querías esto y lo siento mucho, de veras.

Ella lo miró fijamente y cuando sus ojos indicaron que se daba cuenta, contuvo el aliento. Rápidamente agarró su ropa y se cubrió el torso con ella, retrocediendo.

Jon se sintió como un desgraciado y un imbécil, una combinación inquietante. Sabía que ambos eran adultos y actuaban por libre voluntad, entonces, ¿por qué no podía quitarse de la mente la idea de que tendría que haberla protegido de aquello?

¿Porque sospechaba que aquello le importaba más a ella que a él? ¿Porque él tenía una vida plena y maravillosa en una ciudad excitante con una pareja y lo único que tenía que hacer para que todo volviese a su cauce era ir a su casa y reclamar lo que era suyo sin dejar la vida de Lora hecha jirones?

–No sabes cómo lo siento –repitió.

–Deja de decir que lo sientes –dijo ella, levantando la barbilla en un gesto casi desafiante–. Me gustaría echarte la culpa a ti, porque me haría sentir menos imbécil, pero la verdad es que yo soy quien lo empezó. Tú eres el que tiene novia. Debí de saber que no debía hacerlo.

–¿Tú debiste saberlo?

–De acuerdo –sonrió ella–, tú también debiste saber que no había que hacerlo –miró la ropa que apretaba contra su pecho y añadió–. Mira para otro lado.

Él se dio la vuelta y cuando ella se vistió, se volvió a dar la vuelta.

–¿Amigos? –dijo ella, alargando la mano.

Él se la estrechó. No creía que fuese posible ser amigo de ella. Hablar con ella era siempre una aventura, besarla le aceleraba el corazón, la idea de hacerle daño se le hacía insoportable. Gracias a Dios que Trina llegaría al día siguiente. Gracias a Dios que él se volvería a su casa en un par de semanas.

–Amigos –murmuró.

Con una firme cabezadita, ella le soltó la mano y se dirigió a la puerta si mirar atrás.

# Capítulo 9

Lora se pasó la mañana del sábado haciendo bollitos de canela para el Dr. Reed. Su madre y su abuela le habían asegurado que se podían ocupar de la tienda solas y ella había aceptado la oferta. Era uno de sus escasos sábados libres y ya había pasado por el invernadero.

El Dr. Reed ya podía moverse con relativa facilidad, y se recuperaba mucho más rápido de lo que nadie hubiese imaginado. Ahora se sentó en un taburete frente al mostrador que dividía la cocina del comedor de diario y, al ponerle ella una silla bajo el pie operado, lanzó un profundo suspiro. Todavía le faltaba poder estar de pie en una consulta viendo animales todo el día. ¡Cuernos, Jon tendría que quedarse!

–¿Más café? –le preguntó y, cuando él asintió con la cabeza, le sirvió una taza y se sentó del otro lado del mostrador–. Veo por los restos que mi madre le trajo un estofado.

–Ajá –sonrió él–. Casi es tan buena cocinera como su hija. Estos bollitos tienen un aspecto delicioso. ¿Y ese otro aroma qué es? ¿Chorizos? ¿Cuándo comemos?

–Dentro de diez minutos –dijo ella, lanzándole una mirada al relojito del horno–. Estaba guapa con su vestido nuevo, ¿no?

–Muy atractiva –dijo él–. Es una mujer encantadora. Me recuerda a ti, un poco reservada en lo que concierne a sus emociones.

–¿Yo? ¿Reservada?

–Creo que sí –dijo él–. Por ejemplo, eso de que Trina venga a ver a Jon, ¿cómo te sienta? ¿No estás un poco celosa de ella?

–¿Por qué iba a estar celosa?

–Vi cómo te besaba Jon y a ti te gusta…

–¡Dr. Reed!

–Pensé que querrías hablar de ello…

–Pues, se equivocó –dijo Lora, poniéndose de pie de golpe y tirando el taburete al suelo. Lo enderezó añadiendo–: Jon y yo somos…

–¿Qué? –preguntó él suavemente.

–Amigos.

–Ya veo –asintió el Dr. Reed con la cabeza–. Amigos. ¿Lo sabe Jon?

–Por supuesto –dijo ella–. Como usted y mi madre –añadió, con la esperanza de hacer que la conversación volviese a un tema más agradable.

Él asintió, sus ojos azules estaban pensativos. Lora se dio cuenta de que él no hablaría más y que no valía la pena intentar sonsacarle. La chicharra del horno sonó y ella se escapó a la tierra de la canela y la levadura, la harina, las pasas de corinto y el azúcar. La tierra de los jugosos chorizos crepitantes y aromas que casi ahogaban el recuerdo de piel contra piel, de la voz de Jon, sus manos, su boca, casi…

Por la tarde estaba desesperada, sin saber qué ponerse. El sentido común le decía que no podría competir con Trina. ¿Por qué se le había ocurrido siquiera intentarlo? Seguramente él la habría ido a buscar al aeropuerto y estarían haciendo el amor. Su amor por ella se habría reavivado y el interés que habría podido sentir por Lora sería sólo un recuerdo que ni siquiera lo haría sonreír, porque sus encuentros siempre habían sido breves y frustrantes. Llamó y le dejó un mensaje con la dirección del restaurante y luego le pidió prestado el coche al Dr. Reed para ir al centro comercial, ya que la furgoneta estaba en la tienda para hacer el reparto del sábado.

Pasó dos horas rebuscando entre los percheros de las tiendas hasta encontrar un vestido rojo y un par de extravagantes zapatos a juego, diciéndose que lo que correspondía era que se vistiese bien para que Trina no resultase tan fuera de tono. Además, el vestido era corto, ajustado y sexy. Al menos, lo parecía en la percha.

Al volver a la casa del veterinario, le hizo la cena temprano, se duchó, se arregló el pelo, se maquilló y se vistió. A las seis estaba sentada en la cama, con un ataque de angustia. A las seis y cuarto, llamaron a la puerta y lanzó un juramento. ¿Cómo se atrevía a llegar cuarenta y cinco minutos antes? ¿Cómo se atrevía a suponer que ella estaría lista y esperando?

–Yo abro –le dijo al Dr. Reed al pasar junto al estudio donde él se sentaba ante una mesa plegable que alguien le había puesto, el pie operado apoyado en un escabel, una lámpara iluminando la superficie, cubierta de cajas de plástico. Estaba enhebrando cuentas

en un hilo de nylon. Llevaba días haciéndolo.

Abrió la puerta de golpe. Frosty pasó como una exhalación y Ella pasó junto a Lora.

–Estás guapísima, cielo –le dijo al pasar.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Lora, siguiéndola hasta el estudio.

–Tu madre y yo nos quedaremos con Víctor esta noche mientas tú sales con Jon –dijo Ella. Los animales le olisqueaban las manos y se le enredaban en las piernas.

–¡Mírate, estás guapísima! –exclamó el Dr. Reed con un guiño que Lora tomó como la indicación de que sabía que no tenía que hablar de Trina.

–¿Dónde está mamá?

–Tiene dolor de cabeza, así que he venido yo solamente. Víctor, ese collar es precioso. Tienes talento, mi niño.

El Dr. Reed la sorprendió al dejar sus alicates y levantar el producto acabado. Estaba hecho con oro y cuentas rectangulares. Una delicada flor de oro pendía del centro.

–Ven, Lora –le dijo.

Lora se inclinó y apartó el pelo para que él le pudiese abrochar el collar.

–Perfecto –sonrió Ella.

–No es necesario que lo lleves esta noche.

–Me encanta –dijo Lora, inclinándose a besarle la frente. Tuvo que contener las lágrimas para que no se le corriese el maquillaje–. Muchas gracias…

Llamaron a la puerta. Eran sólo las seis y media. ¿Jon y Trina?

–Ah, Lora… Tu madre intentó llamarte esta tarde y advertírtelo, pero no estabas…

–Un momento –dijo Lora, porque parecía que el visitante se había apoyado en el timbre. Corrió a la puerta pensando en cómo hacer para evitar que Trina conociese a su abuela, pero no eran Jon y Trina. Ni siquiera su madre.

Calvin.

–Genial, estás lista –dijo, como si hubiesen hablado el día anterior.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Lora, casi sin voz.

–Hablaremos de ello mientras cenamos –dijo él, recorriéndola con la mirada de arriba abajo como si se tratase de un ranchero a punto de comprar una yegua.

La idea del vaquero le vino a la mente porque Calvin estaba

vestido como si hubiese salido de *Bonanza*.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó ella, recordando lo trajeado que se había marchado.

–Montana –dijo él y pareció a punto cantar.

–Pensaba que estabas en Chicago.

–Al principio –se encogió de hombros–, pero aquello es infernal. Montana es donde hay que ir. Te encantará –dijo él con un guiño, llevándose la mano al sombrero–. ¿No te dijo tu madre que había vuelto al pueblo? No pareces muy contenta.

–¿Qué haces de vuelta en Fern Glen, Calvin?

–¿No es obvio?

–No, en realidad, no.

–Ya hablaremos de ello mientras cenamos.

¡Cena! ¡Jon!

–No puedo.

–Pero estarás muriéndote de la curiosidad por saber por qué estoy de vuelta.

–Un poco –reconoció ella. ¿Ya eran las siete? ¿Cuánto había pasado desde que abrió la puerta? ¿Un minuto o una hora?–. No puedo charlar ahora. Hablamos mañana.

Él apoyó la mano en la jamba de la puerta, como si temiese que ella la fuese a cerrar.

–Lora, ¿te encuentras bien? –le preguntó, con una mirada de desconfianza.

–Tengo que irme. Ha sido… interesante… verte.

–¿Por qué estás tan arreglada?

–Tengo una cita.

–¡Una cita!

–Sí, una cita –dijo ella y la sorpresa de él le sentó a cuerno quemado–. ¿Te sorprende no encontrarme sentada en el mismo sitio donde me dejaste? –le dijo suavemente.

–No…

–Claro que lo estás –dijo ella, con cierto placer.

–Volveré mañana –le dijo él.

–No tiene mucho sentido que lo hagas.

–Pero Lora, cariñito…

–Basta, Calvin, ¿quieres? Te marchaste, así que vete porque no estoy interesada.

–¿Quién es él? –gruñó Calvin.

–No es de tu incumbencia –dijo, cerrándole la puerta en las

narices.

Consternada, se dio cuenta de que temblaba. Por suerte, Calvin se marchó. Lo vio arrancar justo cuando un turismo aparcaba. Parecía que no iba a tener ni un segundo para recuperarse. La puerta se abrió y Jon se bajó. Seguramente habría alquilado un coche para Trina. Lora agarró su bolso y se despidió dando voces hacia el interior de la casa para que Jon no le presentase a Trina al Dr. Reed frente a su abuela.

La sonrisa de bienvenida de Jon se borró de su rostro al verla de cuerpo entero. ¿Tan terrible era su vestido? Él llevaba pantalones y camisa negra y una chaqueta gris. Su ropa parecía cara pero natural. ¿Qué hacía ella con un llamativo traje de cóctel?

Ver que la rubia despampanante que se sentaba en el asiento delantero del coche vestía un jersey blanco y pantalones no la hizo sentir mejor. Jon y Trina estaban perfectos para un sábado por la noche en el Fern Glen Inn. Lora se dio cuenta de que se le había ido la mano con el vestido, pero no podía volver a entrar a la casa sin despertar las sospechas de Ella, así que decidió apechugar con las consecuencias.

–Por motivos que ya comprenderás –le susurró Jon antes de que ella se metiese en el coche–, será mejor que vayamos a otro restaurante. ¿Has hecho reserva?

Lora reconoció que se había olvidado de llamar.

–Genial. Entonces, vayamos a The Brewery, que no tiene ninguna restricción en el vestir. Un excéntrico más no llamará la atención.

Lora se miró el hermoso vestido. De acuerdo, quizá las lentejuelas eran un poco exageradas, pero de ahí a excéntrico…

–No es por ti –dijo él, adivinándole el pensamiento–. Ya lo verás.

Cuando ella se sentó en el coche, Jon hizo unas rápidas presentaciones.

–¡Hola! –le lanzó Trina por encima del hombro.

Sorpresa, sorpresa, ya habían pasado a buscar a su pareja: un larguirucho de barba y pelo largo que llevaba un esmoquin azul claro y camisa color rosa con la pechera y los puños de volantes. Lora supuso que sería Nolan Wyle.

–Me gustan tus zapatos –le dijo. Nunca había visto a alguien con polainas antes.

–Gracias –dijo Nolan con una sonrisa dulce que le transformó el rostro–. Eran de mi padre, ya no las usa –añadió tan bajo que ella

casi tuvo que adivinar lo que decía.

La perspectiva de pasar la velada con aquel dulce hombre le resultaba una idea agradable después de cinco minutos con Calvin y la cabeza dándole vueltas por los tumultuosos sentimientos que sentía por Jon.

–Háblame de tus pinturas –le dijo y lo escuchó ávidamente describir sus obras de arte. Apenas notó la mano de cuidadas uñas de Trina apoyada en el hombro de Jon, sus dedos jugueteando distraídamente con el cabello de la nuca masculina, afirmando sus derechos.

The Brewery era ruidosa y estridente los sábados por la noche. Jon encontró una mesa bajo un cuadro de cinco gatos vestidos con ropas de los años veinte sentados alrededor de una mesa jugando al mah–jongg. A darse cuenta de la forma en que Trina se quedaba mirando el cuadro antes de acomodar su elegante trasero en una silla, se preguntó si tendría que haber pensado menos en avergonzar a Nolan y más en impresionarla a ella.

Nolan parecía de lo más cómodo y su esmoquin encajaba perfectamente con toda la variedad de vestimentas que se veía en el local. Lora estaba adorable con su vestido rojo, el pelo suelto sobre los pálidos hombros y los labios pintados a tono, tan suculentos que le costó trabajo quitarle los ojos de encima. El deseo que sentía por ella tendría que darle vergüenza y lo sorprendió no sentirla en absoluto. Le sujetó la silla y percibió su deliciosa fragancia cuando ella se sentó.

Luego su mirada se cruzó con la de Nolan y se dio cuenta de que él había estado esperando para arrimarle la silla a Lora. Se disculpó con una sonrisa.

–¿Dónde están los menús, Jon? –le preguntó Trina al sentarse junto a ella.

–En una pizarra junto a la barra.

–¿Y la lista de vinos?

–Creo que no hay.

–Pero tienen veintisiete diferentes variedades de cerveza –dijo Lora, ganándose una mirada de admiración de Nolan.

–Genial –dijo Trina–. Jon, ¿siempre hay tanta niebla en este pueblo?

–En el verano, amanece con niebla y luego el viento se la lleva y

está despejado el resto del día –dijo Nolan.

–En invierno –dijo Lora–, se alterna con lluvia. Y en el otoño y la primavera, como ahora, hay niebla, llueve y sopla el viento.

–¿Cómo podéis soportarlo? –protestó Trina–. Tengo el pelo hecho un desastre. Supongo que tendré que hacer lo que tú, Lora.

–¿Qué hace Lora? –preguntó Jon.

–No hago nada –sonrió Lora.

–A eso me refería –dijo Trina dulcemente–. Dejas que la naturaleza siga su curso, ¿verdad? Me imagino que es lo único se que puede hacer aquí.

–O llevar sombrero –dijo Lora–. Yo tengo varios.

Nolan parecía ajeno a la electricidad que cargaba el aire.

–Creo que ambas tenéis el pelo hermoso –dijo Jon, preguntándose por qué Trina estaría tan antipática. ¿Tendría algo que ver con la forma en que lo había interrogado en el viaje desde el aeropuerto porque quería saber a qué mujeres había conocido?

–El tuyo es del color de los lupinos silvestres en la playa –dijo Nolan de repente, mirando a Trina–. Amarillo pálido, pálido. Es muy bonito.

–Eres un encanto –dijo Trina con un gorjeo–. Jon, ya sabes lo que quiero, pide tú. A ver si encuentras un Pinot Noir de Oregón –se puso de pie–. Ahora vuelvo.

Jon, por alguna inexplicable razón, recordó a la señora Pullman, la mujer que quería deshacerse de la adorable gatita preñada. Nolan se ofreció a ir a buscar las copas. Después de mucho discutir, decidieron lo que querían y Nolan se marchó, repitiendo los distintos nombres de las cervezas y el del vino.

–Es muy agradable –dijo Lora, siguiéndolo con la vista.

–Me alegra que te guste.

–Es diferente, sin pretensiones. Y Trina es preciosa.

–Sí que lo es –dijo él, sintiendo que el cuello de la camisa le ajustaba demasiado. Deseó añadir que Lora estaba exquisita, que el rojo de su vestido era exactamente el color de sus labios, que siempre debería vestirse de rojo.

–¿Por qué el cambio de planes? ¿Por qué aquí en vez del Fern Glen Inn?

–Por la forma en que está vestido Nolan –dijo Jon–. Intenté que cambiase de opinión, pero no tuve mucho éxito.

–¿Te excusas por él? ¿No te das cuenta de que le da igual lo que la gente piense?

–Oh, perdona –no le gustaba nada que Nolan y Lora se llevasen tan bien–. Supongo que no estoy tan compenetrado con él como tú. Por cierto, estás preciosa.

Ella se quedó sin habla un segundo.

–Gracias –murmuró finalmente–. Tú también estás muy guapo.

Se miraron a los ojos. Él deseó hablar de la noche anterior. Ella apartó la mirada.

–¿Estás disfrutando de la visita de Trina? –preguntó.

–Por supuesto –dijo él.

No mencionó que la forma en que Trina le sacaba faltas a todo lo estaba cansando. La forma en que ella había encontrado que las enormes secuoyas eran tristes, la playa desolada, las alegres flores de su mesa demasiado llamativas. ¿Le diría a Lora que habían pasado la tarde separados, él en la clínica y Trina en la peluquería?

«¿Quién dice que a ella le importa lo que has hecho?»

Trina volvió con Nolan que llevaba una pesada bandeja. Lora se levantó de un salto para ayudarlo a ponerla sobre la mesa mientras Trina se sentaba delicadamente.

–Éste es el único vino que tenían –dijo Nolan, poniéndole un vaso escarchado enfrente.

–Gracias –murmuró ella. Luego se acercó a Jon y criticó la decoración del cuarto de baño y acabó con–: ¡No sabía que todavía existía decoración así!

–El lema aquí es: «Si no está roto, no se cambia» –dijo Lora.

Nolan bebió su cerveza y su mirada fue nerviosamente de la una a la otra. La conversación languideció y una camarera se acercó tomar sus pedidos. Después de que se fuese, nadie supo qué decir y Jon mencionó cómo conoció a Nolan. Éste hizo el relato y acabó describiendo a Bill, su perro, con pelos y señales.

–Parece mi pobre Bitsy –dijo Trina, que había estado mirando las mesas distraída–. Murió la semana pasada.

–Lo siento mucho.

–Era mayor. Sin embargo, fue una pena no tener a Jon para apoyarme –dijo. Haciendo una morisqueta, añadió–: Jon, ¿por qué te has borrado de la civilización de esta forma? –sin esperar que él respondiese, miró a Nolan–. Ni conocía al tal Víctor Reed hasta que su padre murió y ahora cree que le debe su eterna lealtad. Y a mí, ¿qué me debe? ¿Qué le debía al pobre Bitsy?

–Bitsy murió mientras dormía y Ellen y Bob me llamaron para decirme que te habían ayudado a ocuparte de los detalles –dijo Jon

con calma, mirando a Lora para ver qué pensaba de aquella conversación, pero ella tenía la vista clavada en el otro extremo de la estancia. Siguió su mirada. Parecía que lo que le interesaba era un hombre con un enorme sombrero vaquero–. No podría haber hecho nada por él.

Trina meneó la cabeza. Era su forma de decirle que no entendía nada. Con otro mohín petulante, alargó la bronceada mano y la apoyó en el brazo de Nolan.

–Me gustaría conocer a tu perrillo mientras estoy aquí –le dijo.

–Claro, seguro –dijo Nolan, azorado ante su pedido.

Comenzó a sonar la música y Trina sufrió otra transformación.

–Baila conmigo, cariño –le dijo ella, acariciándole la mejilla. Antes a Jon le habría encantado aquello, pero ahora se sintió irritado, hasta que le dirigió una mirada a Lora y vio que ella le susurraba algo al oído a Nolan.

¿Qué le pasaba? Primero flirteaba con el vaquero y ahora le mordisqueaba la oreja a Nolan. Se puso de pie y tomó a Trina de la mano.

–Tienes razón, bailemos –dijo, llevándola hasta la pista, que era un espacio libre de mesas y sillas.

Trina se entregó a sus brazos por primera vez desde la bienvenida en el aeropuerto. Al apoyar ella su cabeza en el hombro de Jon, la mirada de él se cruzó con la de Lora y ambos apartaron los ojos.

# Capítulo 10

Algo en la mirada de Jon hizo que Lora se sintiese incómoda y apartase la suya. La noche había sido un fiasco: Trina era insoportable, Nolan dulce pero aburrido y Jon se comportaba de forma extraña. Y ahora Calvin. ¿Qué diablos hacía allí?

¡Cielos, se acercaba! Ya le había explicado a Nolan que necesitaba que él simulase que salían juntos porque había un antiguo novio suyo allí. Se había mostrado sorprendido.

–Bésame –le dijo Lora ahora, sorprendiéndolo más–, date prisa –sin esperar su reacción, plantó sus labios en los de él.

–¿Lora? –dijo Calvin tras un carraspeo–.¿Es éste tu nuevo amigo?

Ella levantó la vista y los presentó. Los dos hombres se miraron con desconfianza. Desde la pista, Jon la miró con el ceño fruncido y ella volvió a apartar la vista.

–Ya veo que las cosas han cambiado –dijo Calvin.

–No me dejaste demasiadas opciones –murmuró ella.

–Supongo que no tiene sentido que me quede, entonces.

–Un momento –dijo ella, alerta–. ¿Quiere decir que has vuelto a Fern Glen pensando que podríamos retomarlo donde lo dejamos?

–Vine a llevarte a Montana conmigo –gruñó él–. Vine a casarme contigo.

Al levantar la vista hacia Calvin, una extraña paz la invadió. Calvin la había abandonado, le había hecho daño. Ella había estado dando trompicones en la oscuridad, pero ahora era como si los cielos se abriesen y le enviasen un rayo de luz para iluminarle el corazón. Calvin la deseaba de nuevo. El resto de su dolor desapareció y miró a su anterior prometido a los ojos.

–No te creo –le dijo.

–Sabía que te sorprenderías –sonrió él–. ¿Y?

–Calvin, si no quise mudarme a Chicago, ¿qué te hace pensar que querré ir a Montana? Los problemas que existieron entre nosotros siguen existiendo, sólo que peores ahora porque no siento nada por ti.

–Este elegante petimetre te ha llenado la cabeza…

–Déjalo, ¿quieres? Apenas conozco a Nolan, pero me casaría antes con él en vez de contigo. ¿Por qué no ensillas tu caballo y te vas a Montana? Búscate una linda vaquera, pero asegúrate de advertirle que sólo pastarás en su prado mientras te apetezca –dijo y se dio la vuelta, decidida.

–El vaquero se ha marchado –susurró Nolan al rato–. ¿Te encuentras bien?

–Estoy bien –le dijo con una sonrisa tranquilizadora–. Nunca he estado mejor. Oye, lo siento por el beso, pero gracias por ayudar. Sabes, he estado pensando que pronto renovaré mi floristería y me encantaría decorarla con originales. Jon me ha hablado de tus pinturas. Podría servirte de intermediario y venderlas en la tienda. ¿Qué te parece?

–Genial –dijo Nolan y chocaron sus cervezas como dos viejos amigos.

Lora recorrió el ruidoso restaurante sintiéndose feliz con todo el mundo, Calvin inclusive, hasta que sus ojos se cruzaron con los de Jon. Se acabó la paz y la tranquilidad. Mientras se miraban de hito en hito, otro rayo de luz la atravesó, y sintió una cegadora certeza: amaba a aquel hombre.

Decirle a Calvin que se marchase no tenía ningún mérito, no era la mujer fiera e independiente en que creyó haberse convertido. Era una tonta enamorada del hombre equivocado. Otra vez.

Mientras acomodaba rosas en una caja, Lora pensó en las veces que se había enamorado antes y cómo todas habían sido rotundos fracasos. Veía en las otras los motivos: encaprichamiento, seguridad, escape, estupidez.

Pero los sentimientos que albergaba por Jon eran diferentes.

Los demás chicos habían sido el fruto de lo que su imaginación había hecho de ellos. Pero Jon era más. Era gracioso, cálido, inteligente y cariñoso… cada vez que hablaban, cada mirada que compartían, cada momento que estaban juntos hacía que todo fuese… más.

¿Cómo podía estar enamorado de alguien como Trina? De todas las maravillosas mujeres que había en el mundo, ¿cómo podía encontrar que valía la pena hablar con alguien como ella y, mucho menos, amarla? Y si no la amaba, ¿por qué estaba desperdiciando sus sentimientos en ella?

Creyó saber la respuesta. Trina era el tipo de mujer que los hombres como Jon deseaban rescatar. Pensaba que su vanidad escondía inseguridad, que si escarbaba profundo, un verdadero ser humano emergería como un fénix de las cenizas de laca para el pelo y cachemira.

Sonó en teléfono, sacándola de sus tristes pensamientos. Era el abogado, con buenas noticias: tenían una cita para el lunes. Por fin las cosas se estaban moviendo.

¿Y si Jon recuperase el sentido y dejase a Trina? ¿Y si entrase a la tienda y le jurase que la amaba? Y si…

Jon era un chico de ciudad que tenía planes de entrar en una sociedad, que odiaba Fern Glen. Aunque se convenciese de que lo podía tolerar porque estaba loco de amor por ella, tarde o temprano se aburriría y querría irse, como su padre, que había abandonado a su madre, como Calvin, que la había dejado a ella.

Y ella también tenía planes. Planes de expandirse, de renovarse. Su futuro se encontraba entre aquellas cuatro paredes y aunque ella se convenciese de irse para abrazar los sueños de alguien, tarde o temprano se sentiría agobiada e insatisfecha. Para salvar a Jon, para salvarse a sí misma, necesitaba aplastar aquellas ideas románticas inmediatamente.

Empeoraba las cosas el hecho de que su madre estuviese tan preocupada que le colgó a un cliente o que Ella le lanzase miradas a hurtadillas y carraspease de vez en cuando. Algo pasaba con ellas, pero Lora estaba tan sumergida en su propio drama que no se daba cuenta de qué era.

Tampoco ayudaba que el Dr. Reed la hubiese llamado para decirle que el sábado había encargado una cena, que se sentía mejor y quería celebrarlo. Hasta insinuó que tenía noticias que compartir. ¿Estarían Jon y Trina allí? Seguro que sí.

Al llegar la tarde se sentía tan mal que decidió aceptar la invitación que le había hecho Nolan de que fuese a ver sus acuarelas. Primero acabó con el reparto y luego condujo a la playa y subió el tortuoso camino que él le había indicado la noche anterior.

La casa de Nolan se encontraba en una pequeña calle cortada rodeada por alta hierba, árboles enanos y tiestos con flores. Lora aparcó tras un coche nuevo y dio la vuelta a un viejo camión para acercarse. La risa de una mujer hizo que se detuviese en seco y se aplastase contra el camión. ¡Conocía aquella risa!

¡Trina! ¡Claro, era el coche de alquiler! ¿Qué hacía ella allí? «Ha venido a conocer al perro de Nolan, cálmate». ¿Podría volver a irse sin que la viesen? Mientras la paralizaba la indecisión, aparecieron por la esquina de la casa, con un perro corriendo entre sus piernas. Se detuvieron y Lora los vio besarse. Y besarse. Y besarse.

Lora contuvo la respiración y el corazón se le fue a los pies. ¿Por qué habría conspirado ella para traer a aquella raposa a Fern Glen? ¿Qué pensaría Jon cuando descubriese que su estrellita de cine en ciernes tenía a Nolan en el punto de mira?

El perro ladró y Lora pensó que la habían descubierto, pero nadie la vio. Trina se inclinó y lo levantó. Él le lamió la cara. Trina rió y lo llamó Bitsy.

De repente, Lora comprendió: Trina no quería a Nolan Wylie. Quería a su perro.

Jon pasó delante de la floristería sin entrar. Su paso se acortó al evocar a Lora con aquel espectacular vestido rojo, los ojos chispeantes y el brillante cabello. Recordó el ligero peso de sus pechos en su mano, su suavidad, el deseo que sentía por ella, los labios femeninos. Luego le volvió a la mente la imagen de ella susurrándole a Nolan al oído y hablando con el vaquero y se dio cuenta de que cuando él se marchase de Fern Glen, ella se casaría. Lora gustaba a los hombres, ¿cómo no iba a hacerlo? Ella se estaba curando, Jon se daba cuenta de ello, bajando sus defensas… pero no era para él.

Con un profundo suspiro, entró en la tienda de vinos y vio con alivio que la señora Pullman no estaba. Un cincuentón de cabello rubio canoso se encontraba tras el mostrador registrando en la caja el pedido de un cliente. Finalmente, se acercó a Jon y se presentó como Frederick Pullman.

–Soy Jon Woods, el veterinario de su gata –dijo Jon, espiando su reacción.

–Kiki está muerta –dijo Fred Pullman, meneando la cabeza–. La atropelló un coche. Victoria dice que sucedió al poco tiempo de irme yo de viaje. Me he sentido enfermo desde que llegué a casa.

¿Muerta? ¡Qué giro más inesperado! Jon intentó pensar qué hubiese querido que Fred hiciese si hubiera estado en su lugar.

–No está muerta –le dijo–. En realidad, no la atropellaron. Su esposa la trajo a la consulta y cuando le dije que estaba preñada…

–¿Preñada? ¡Con razón la tripa! ¿Por qué me habrá dicho Victoria que había muerto?

–A su esposa no le gustan los gatos –dijo Jon, diplomáticamente.

–Ya lo sé –dijo Fred Pullman con tristeza.

–Me refiero a que es verdad que no le gustan los gatos, porque tiene dos.

–¿Dos? ¿Quiere decir que Kiki tuvo una cría? ¿Una sola? ¡Quiero verla! ¿Lo sabe Victoria?

–Sentémonos un momento a hablar –dijo Jon, echando una mirada a la tienda, ahora vacía.

La semana parecía que no terminaba nunca. La casa del Dr. Reed sin Jon era deprimente, en particular porque Víctor lo mencionaba con frecuencia. Además, Lora no sabía si llamarlo para decirle que Trina lo engañaba con Nolan o dejar que se enterase por sí solo.

Entre tanto, el Dr. Reed siguió recuperándose y comenzó a mencionar el trabajo por primera vez desde que ella había llegado a la casa. Lo oyó hablando de diferentes pacientes por teléfono con Jon y supo que después de la cena del sábado por la noche, no la necesitaría más.

Una noche, creyendo que Jon estaba de visita con el Dr. Reed, se armó de coraje antes de entrar al estudio, pero se encontró al veterinario charlando con su madre. Se había vuelto a ir, contenta y triste a la vez. Luego había intentado llamar a su padre, pero él seguía de viaje.

Echaba de menos a Jon. Los días eran todos iguales, aburridos y eternos. El hecho de que él no fuese nunca a verlos indicaba que había acabado con Fern Glen y con ella. Casi le agradeció que fuese tan práctico. Las cosas acababan como ella siempre pensó que acabarían, así que, ¿por qué le dolía tanto? ¿Por qué no acababan nunca bien? ¿Dónde estaban los finales felices? Y luego recordó al Dr. Reed y a su madre.

Lora estuvo tan ocupada ayudando a montar la fiesta el sábado que casi no tuvo tiempo de vestirse antes de que comenzasen a llegar los invitados. Se puso el vestido de gasa azul y recibió a los amigos del Dr. Reed, a sus empleados y a su familia.

Ángela y Ella llegaron juntas. Ella llevaba un vestido amarillo

brillante y Ángela iba impecable de negro. La abuela parecía muy excitada y Lora se preguntó si aquella fiesta no tendría algún otro objetivo, por ejemplo, el anuncio de un compromiso. La abuela entró al estudio y se sirvió una copa de champán.

Lora volvió a abrir la puerta y se encontró con Jon. Se quedaron mirándose, como petrificados. Finalmente, Jon entró. Se inclinó, besándola en la mejilla, y ella tuvo que hacer un esfuerzo para no rodearle el cuello con los brazos. ¿Cuál sería su reacción si le dijese que lo amaba? Miró tras él para saludar a Trina.

–No ha venido –dijo él–. No vendrá.

Lora asintió con la cabeza, haciendo un esfuerzo por parecer sorprendida.

Se volvieron a mirar y nuevamente ella luchó contra el ansia de abrazarlo, besarlo, decirle que había cometido un error, que se había enamorado de él, que él tenía que quedarse, tenía que devolverle su amor. Ojalá él le diese alguna señal…

Pero él no lo hizo. Siguió por el pasillo cuando llegó otra pareja. Lora apenas se enteró de su presencia, y mucho menos sus nombres.

La fiesta se fue animando y el Dr. Reed circuló entre la gente ayudándose con su bastón. El bufé americano estaba delicioso. Sin embargo, Lora notó que su madre no probaba bocado.

–¿Qué le pasa a mamá? –susurró cuando se cruzó con su abuela.

–Está nerviosa. Ésta es una noche muy importante para ella, para todos nosotros.

–¿Por qué, qué pasa?

–Nada, querida.

Los ojos de Lora miraron a Jon un momento sin que él se diese cuenta, aquel magnífico hombre que le había robado el corazón y se lo llevaría a Beverly Hills. Perder a Calvin había sido un golpe para su orgullo también. Perder a Jon sin haberlo tenido nunca era como perder la piel.

–Tengo que anunciar algo –dijo Víctor tras esperar que todos acabasen de comer. Miraba directamente a Ángela, que apretaba la mano de Ella–. Me siento estupendamente –dijo, y todos rieron–. Tengo el pie prácticamente curado, pero, mejor aún, gracias a la mujercita que vino a ayudarme en mi momento de necesidad, he conocido a una mujer asombrosa. Lora, gracias por presentarme a tu… abuela.

–¿Qué?

–¿No te habías dado cuenta? –susurró Ella, dándole palmaditas

en la mano al verle la cara de asombro.

–No… pero, es más joven…

–Cariño, es sólo diez años más joven que yo. ¡Intentabas emparejarme con unos viejos que me llevaban veinte años! ¡Venga ya, que estamos en el siglo veintiuno!

–Pero, ¿y mamá?

–Oh, Víctor ha sido un encanto con ella, escuchándola, aconsejándola. Es un hombre adorable y muy sensato.

–Elloise –prosiguió Víctor–, compartamos las buenas noticias. Nos casaremos en cuanto podamos.

Mientras los invitados lanzaban un suspiro espontáneo, Ella se acercó al Dr. Reed, que le pasó un brazo por los redondos hombros y se los estrechó. Ella levantó la mirada hacia él y él la besó en la frente.

–¡Qué giro inesperado! –dijo Jon, acercándose a Lora.

–Efectivamente –dijo.

Su madre miraba hacia el pasillo como esperando. Llamaron a la puerta, dándole a Lora un susto de muerte. Su madre la miró a los ojos.

–Lora, es increíble, pero a veces las cosas salen perfectas, a veces vale la pena escuchar a tu corazón –y salió corriendo.

Lanzándole a Jon una mirada sorprendida, Lora la siguió. Cuando la alcanzó, su madre había abierto la puerta y abrazaba a un hombre alto de ojos azules y pelo gris.

–¿Papá?

–Hemos estado viéndonos, Lora –dijo Ángela, volviéndose hacia ella–. Ha estado alojado en un motel. No queríamos decirte nada hasta estar seguros. Ahora lo estamos. ¿No es maravilloso?

Su padre le sonrió y abrió los brazos.

Jon oyó que Lora susurraba «papá». Entre eso y la mirada de adoración de Ángela Gifford no le resultó difícil imaginar quién era el hombre de los ojos grises.

Los observó en la distancia, como espiando, pero incapaz de apartar la vista. En la otra estancia, oyó a Víctor y Elloise hablar de planes de boda. No se había dado cuenta de lo que sucedía, pero para ser sincero, no se había dado cuenta de que sucedían muchas otras cosas últimamente. Con una última mirada al estudio donde Lora y sus padres se habían retirado para hablar en privado, decidió

que era hora de irse.

Una voz lo llamó y se dio la vuelta. Víctor se acercó caminando casi bien del todo.

–Enhorabuena por el compromiso –dijo Jon.

–No te irás ya, ¿no?

–En realidad, sí.

–¿Definitivamente?

–No, me quedaré una semana para ayudarte mientras te incorporas a la clínica.

Víctor asintió con la cabeza, pensando en otra cosa.

–¿Y Trina?

–Trina se ha ido –dijo Jon, tenso. No quería hablar de ella.

–Bien –dijo Víctor–. Ahora podrás dedicarte a Lora Gifford sin distracciones. ¿Por qué crees que os reuní a los dos en mi casa? –preguntó ante su expresión desconcertada–. En cuanto os vi juntos en la clínica, me di cuanta de que estabais hechos el uno para el otro. Ahí hay amor –insistió–. No lo desperdicies.

–Te olvidas de que ambos tenemos nuestras vidas hechas, desgraciadamente, en diferentes sitios y diferentes actitudes. A veces, dudo si somos del mismo planeta.

–¡Tonterías! –dijo Víctor, dándose la vuelta.

Lora se sumergió en el invernadero. El resto del mundo era una locura, pero allí los lirios florecían y se marchitaban de forma predecible, causándole tranquilidad. Al revés de la tempestad que rugía dentro de ella cada vez que pensaba en Jon, aunque intentase no pensar en él. Hasta que la puerta chirrió y vio a Jon en el vano, no se dio cuenta de que lo había estado esperando.

–¿Puedo pasar? –preguntó él.

Ella asintió con la cabeza. Aquél era el final.

Ya se había vuelto a su casa, su madre se había ido con su padre, su abuela se dedicaba a comprar ropa y planear un largo crucero de luna de miel. Era el final de una película de unas casamenteras en la que había salido todo mal y había surgido el amor donde no debía. Trina con Nolan. Su madre y su padre. Ella con el Dr. Reed. Jon sin nadie, ella con sus sueños. Calvin buscando a su vaquerita.

–Tu abuela me dijo que has creado estas bellezas –dijo Jon con admiración, cerrando la puerta–. Son maravillosas. No tendría tanta paciencia como tú.

–Yo tengo mucha paciencia con las plantas. La gente es la que me impacienta.

¿Por qué hablaban de los lirios?

¿Y por qué no? Era mejor que hablar de su relación.

–Los cultivadores habíamos estado buscando el rojo durante años –dijo–. Lo que quiero hacer ahora es reducir el polen para que no manche el vestido de las novias.

–Tu abuela dijo que has patentado este lirio y que pronto firmarás un contrato con la mafia holandesa.

–Recibiré una buena cantidad además de las regalías.

–Eso es lo que dijo.

–Mi abuela cree que guardar un secreto es hablar en voz baja cuando se dice –dijo Lora sonriendo, sin enfado.

–Sabe que yo te aprecio. ¿Por qué no lo vendes tú?

–Los holandeses tardarán unos cuatro o cinco años en propagar esta variedad con la mejor tecnología. Yo no podría hacerlo sola.

–Tienes mucho aquí –dijo él suavemente.

–Todo –dijo ella, mirándolo a los ojos–. No puedo marcharme. No quiero hacerlo.

–Tu futuro en Fern Glen es tan importante para ti como mi futuro en Beverly Hills lo es para mí –dijo él, acercándose tanto, que su aliento le acarició las mejillas.

Sus palabras le helaron el corazón y sus siguientes palabras estuvieron a punto de rompérselo, por más que ella sabía lo que iba a decir.

–He venido a despedirme.

–Lo sé –murmuró, con los ojos llenos de lágrimas.

–No llores, cariño –dijo él, secándole el rostro.

Ella negó con la cabeza y las lágrimas corrieron por sus mejillas. Cerrando los ojos, sintió que Jon la tomaba en sus brazos, pero no estaba dispuesta a entregarse a su refugio. Sus brazos sin su corazón, sin un futuro, no eran refugio en absoluto.

Jon le dio un pañuelo.

–Oye, Lora, podría venir a visitarte…

¿No se había dado cuenta del dolor en sus ojos, que uno de ellos tenía que ser realista? Él se marchaba, ella se quedaba, lo mismo de siempre. Lo único que quería era que se acabara cuanto antes.

–Bueno, gracias por venir a despedirte –dijo, apartándose de él–. Buena suerte y esas cosas.

Cuando quiso darse cuenta, él se había ido.

# Capítulo 11

La intención de Jon era atravesar el pueblo para ir al sur, pero tomó el desvío a la playa. Ya se había despedido de la gente de la clínica y había pasado por la enoteca para ver cómo les iba a Kiki y a su gatito. Tenían un cómodo cajón bajo la caja registradora. La señora Pullman había desaparecido con rumbo desconocido.

Se bajó del coche y pensó cómo se había librado de Trina mientras andaba por las dunas hasta la arena firme.

Las dos últimas semanas había corrido por aquella playa para poder enfrentarse a la vida diaria, pero su ejercicio había pasado de ser terapéutico a vigorizador. Hoy sabía que después del trauma de la despedida de Lora necesitaba liberar un poco de energía antes de sentarse en el coche y volver a casa.

Su casa.

Lora. La mujer más exasperante que había conocido en su vida, pensó, mientras trotaba. Lora y sus lágrimas. Lora, siempre Lora. Dios santo, ¿qué iba a hacer sin ella?

¿Qué significaban aquellas lágrimas? ¿Qué habría hecho ella si él la hubiese besado? No lo había hecho porque sabía que la siguiente vez que besase a Lora sería la última vez que besase a una mujer sin pensar en lo que no podía tener. La única forma huir del deseo que sentía por ella era marcharse de Fern Glen para siempre.

Esperaba que todo saliese bien. La visita de Trina no lo había hecho desear volver a su vida anterior, de hecho, había tenido el efecto contrario. Seguramente porque ella había cambiado desde que él se había marchado, estaba más superficial, más quejosa… No como Lora. Lora, graciosa con un toque sarcástico. Con su buen corazón. Tan fascinante que le quitaba el aliento y tan irritante que deseaba besarla para que se callase.

Besarla para que se callase, besarla para… para demostrarle lo que sentía, porque ambos tenían que besarse o enfrentarse a una muerte súbita. No tenían otra alternativa, no la había habido desde el principio. La verdad se fue colando dentro de él igual que la niebla va envolviendo la playa: silenciosa y constantemente.

La verdad era Lora.

Trina no había cambiado, estaba igual que siempre.

Lo invadió una sensación extraña que comenzó en su tripa y le subió hasta la garganta, haciendo que lanzase una carcajada. Se revolcó en la arena, sacudido por la risa. Finalmente se levantó, pero no pudo controlarse mucho rato porque supo que hasta aquel momento su vida había sido un calmado río.

Ahora, parecía que una presa se había roto corriente arriba. Corrió al coche.

Asustando a las bandadas de gaviotas a su paso, gritó lo más alto que pudo:

–¡Trina no ha cambiado, estúpido! ¡Tú lo has hecho! ¡Tú eres quien ha cambiado!

Si había algo que Lora sabía hacer era ir tirando. Contrató a una mujer para que la ayudase. A Gloria se le daban bien los clientes y deseaba aprender de flores, pero de momento, Lora hacía todos los arreglos.

Trabajaba muchas horas, pero le daba igual. ¿Qué más podía hacer con su tiempo?

Había sabido por el Dr. Reed que Jon se había vuelto a Beverly Hills a buscar financiación para entrar en la sociedad. Ojalá Víctor dejase de mantenerla al día sobre la vida de Jon. No estaba segura de poder soportar que le contase algo sobre su vida amorosa. No, decididamente, no.

«A veces hay que seguir a tu corazón», le había dicho su madre. La frase le daba vueltas en la mente mientras arreglaba margaritas color rosa con una botita de bebé.

¿Y si vendiese la tienda y se fuese a Beverly Hills? ¿La querría Jon? No se habían separado en buenos términos; ella había estado irritable y lo había espantado.

¿Qué haría una vez que llegase allí? El dinero de los holandeses no alcanzaría para nada en un sitio tan caro. Tendría que trabajar para alguien más y posponer sus sueños. ¿Dónde encontraría un invernadero? ¿Habría invernaderos en Beverly Hills? ¿La compensaría el amor de Jon por lo que dejaría? Por supuesto que sí.

Pero él nunca había mencionado la palabra amor. Nunca le había dicho que se fuese con él. Había mencionado ir a verla, pero nada más.

Pero, ¿qué ganaba con esconderse entre sus plantas?

Se sentía segura… pero también muy sola.

Oyó la campanilla de la puerta y esperó que Gloria atendiese, pero luego recordó que su ayudante todavía no había llegado. Se asomó.

Jon Woods entraba, más moreno, con el cabello más desteñido por el sol. Un par de semanas en el sur de California y volvía a parecer una estrella de cine.

Durante un segundo se miraron, hipnotizados. Durante un segundo, Lora pensó en hacerse la indiferente para ver qué tenía que decir él. ¿Y si hablaba y él se horrorizaba? Durante un segundo, dio un paso atrás mentalmente. Pero luego sus emociones hicieron presa de ella y se lanzó a sus brazos. Jon la recibió.

–No puedo creer que estés aquí –murmuró ella, rodeándole el cuello con los brazos, besándolo, inspirando su aroma como si aquélla fuese la última vez que fuese a hacerlo.

¿Cautela? No, no, no. La época de la cautela ya había pasado.

–No pude quedarme allá –dijo él, acariciándole el pelo antes de enmarcarle el rostro y besarle las mejillas, la boca, los párpados, con la misma entrega que ella.

Cuando sus labios finalmente reclamaron los de ella, Lora supo que iría donde Jon le dijese, haría lo que él quisiese. Era suya, su corazón era suyo y ya era imposible retroceder. No sólo imposible, sino una tontería.

Riendo, giró con ella hasta volverla a bajar al refugio de sus brazos. Sus labios se unieron una y otra vez y, aunque había mucho que decir, de momento lo único que podían hacer era besarse.

–Al diablo con la floristería –murmuró ella finalmente.

–Bonita forma de hablar después de todo el esfuerzo que te ha costado esto –dijo él, arqueando las cejas–. Tengo algo que decirte.

Ella esperó con el corazón en la boca.

–Te quiero –le dijo él con voz ronca, como si nunca hubiese pronunciado aquellas palabras en su vida–. Estaba en la playa y, de repente, como un regalo del cielo, lo supe. Te quiero. No pienso irme de aquí a menos que me eches. Te quiero y creo que tú también me quieres a mí.

–Oh, Jon…

–Espera, que no he acabado –dijo él, llevándole un dedo a los labios–. Me hecho socio de la clínica veterinaria.

–Me mudaré a Beverly Hills –dijo ella rápidamente–. Yo también te quiero. Hace mucho que te quiero. No puedo estar separada de ti.

–Mira, Lora, sinceramente espero que no te mudes a Beverly Hills porque yo soy quien se muda aquí. Lo que he comprado es una parte de la consulta de Víctor. ¡Alguien tiene que ocuparse de los animales mientras tu abuela y él recorren los siete mares!

–No tienes por qué hacerlo…

–¿Sabes? Lo raro es que no lo hago porque tenga que hacerlo, Lora, sino porque quiero. No sólo por ti, sino también por mí.

–¿Y tu carrera, tu vida? Tendrás que empezar de nuevo aquí. No puedo pedirte eso.

–Mi vida está aquí y no recuerdo que me hayas pedido nada. ¿No te das cuenta, Lora? –le susurró al oído–. Nuestras vidas se unen aquí, en este pueblo que es parte de ti y de mí. Voy a construir una casa con un invernadero en la parte de atrás. Y una casa en un árbol, junto al arroyo. Aquí es donde quiero casarme, aquí es donde quiero criar a mis niños.

–¿Quieres casarte? –exclamó Lora.

–Sí señorita –dijo él, sonriendo–. De hecho, en este momento estoy rellenando una instancia para solicitar el puesto de socio vitalicio –añadió en el tono suave e íntimo que Lora había oído por primera vez cuando él hablaba a un gato para calmarlo y sugerir secretos. Una voz que llevaba una promesa en las alas de una caricia.

–Estamos considerando su propuesta, señor socio vitalicio –dijo ella, haciéndole bajar la cabeza hasta que sus labios se unieron.